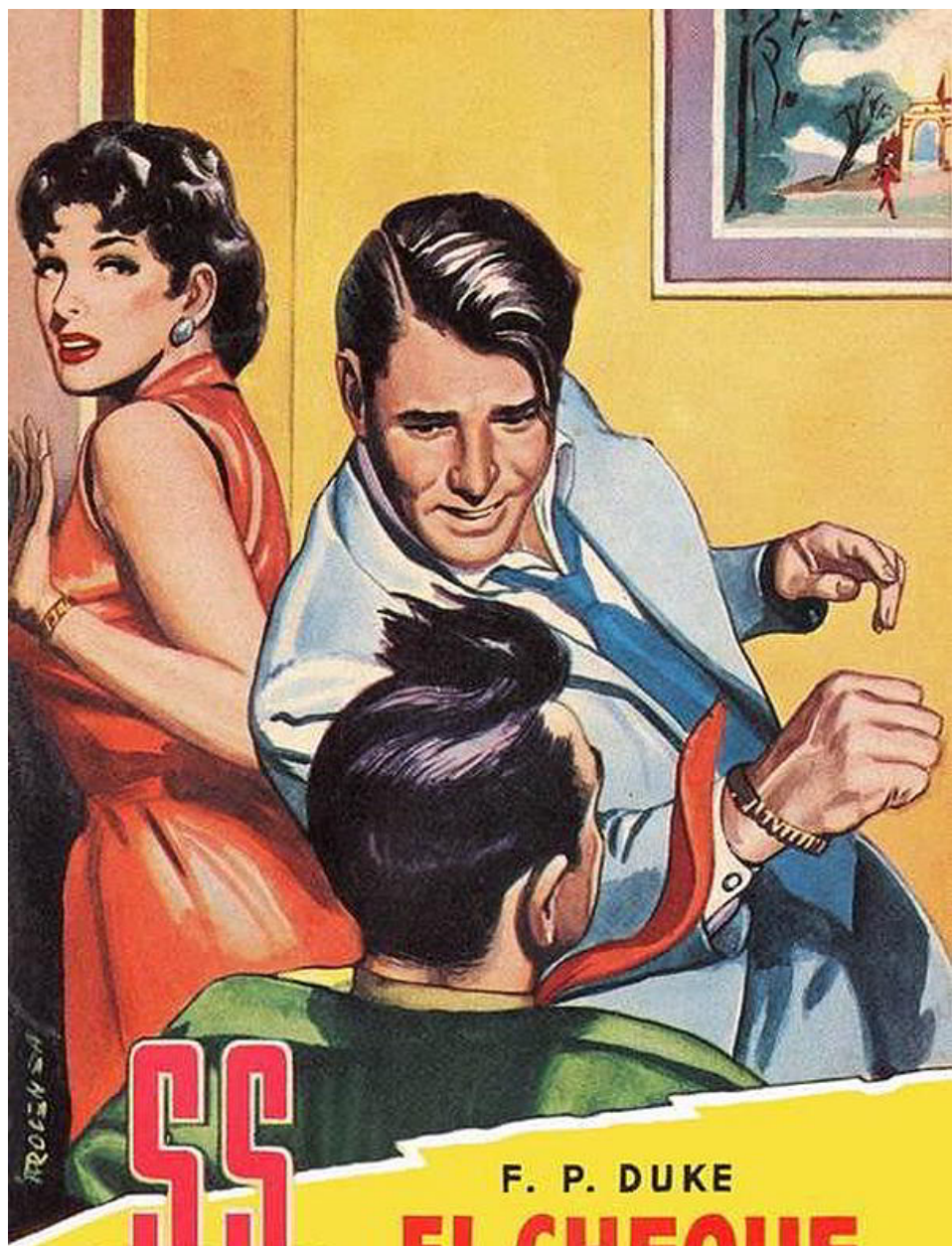




SS

**SERVICIO
SECRETO**

F. P. DUKE

EL CHEQUE FALSIFICADO

Aquella mañana el Inspector Jefe de Scotland Yard se encontraba muy preocupado con cierta información que su inspector preferido, Joe Graven, acababa de entregarle.

El joven Henry Jenkins, hijo de uno de los más prestigiosos magistrados de Inglaterra, se había suicidado en una avenida solitaria de Hyde Park, administrándose dos onzas de plomo en la sien derecha.

Por los informes que el inspector Graven pudo recoger, el asunto era muy espinoso y tenía cierta conexión con otros dos suicidios de jóvenes aristócratas, ocurridos con un intervalo de pocos meses.



F. P. Duke

El cheque falsificado

Bolsilibros - Servicio Secreto - 388

ePub r1.0

Lds 31.12.18



Título original: *El cheque falsificado*

F. P. Duke, 1958

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



F. P. DUKE

El cheque falsificado

1.^a EDICIÓN
ENERO - 1958



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

**OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR
ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**
384.— La contraseña.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© FRANCISCO BRUGUERA - 1958

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyección, 2 - Barcelona

El cheque FALSIFICADO

por F.P. DUKE



CAPÍTULO PRIMERO

UN PROBLEMA Y UNA VISITA

Aquella mañana el Inspector Jefe de Scotland Yard se encontraba muy preocupado con cierta información que su inspector preferido, Joe Graven, acababa de entregarle.

El joven Henry Jenkins, hijo de uno de los más prestigiosos magistrados de Inglaterra, se había suicidado en una avenida solitaria de Hyde Park, administrándose dos onzas de plomo en la sien derecha.

Por los informes que el inspector Graven pudo recoger, el asunto era muy espinoso y tenía cierta conexión con otros dos suicidios de jóvenes aristócratas, ocurridos con un intervalo de pocos meses.

Al parecer, Henry, con todos los vicios y muy pocas de las virtudes de sus ascendientes, llevaba una vida de placer y ostentación poco en consonancia con sus posibilidades económicas; no porque su familia careciese de capital, sino porque el austero magistrado señor Jenkins pretendía hacer de su hijo un hombre sobrio y le restringía enormemente su pensión.

El suicida era socio del «Rockery Club», uno de los círculos más aristocráticos y costosos de Londres, y apasionado del juego, cada día probaba fortuna en el tapete verde, pero con desgracia.

Por ello, siempre andaba empeñado y en manos de usureros más o menos pacientes y razonables; pero tal situación no la podía sostener mucho tiempo y la catástrofe y el escándalo se cernían sobre él de continuo.

Muchos de los socios, conociendo su situación, rehuían alternar con él en el juego y sólo los indiferentes o poco informados, admitían sus posturas de palabra, que eran saldadas con mucha dificultad.

Sin embargo, existía un socio que hacía objeto de sus preferencias al alocado Henry y le animaba a seguir probando fortuna, pues decía que ésta era caprichosa y siempre llegaba a cambiar.

Tal socio era Francis Wallace, un tipo muy notable y digno de estudio, que representaba unos cincuenta y cinco años, era de estatura mediana, fuerte a pesar de su edad, y vestía de un modo irreprochable.

Su rostro, de una movilidad nerviosa, poseía unos ojos pequeños y hundidos, pero profundos y glaciales, una nariz judaica, unos pómulos salientes y dos blancas y cuidadas patillas que le prestaban un aire marcial.

Hombre afable, cortés, de insinuante conversación y rico en anécdotas graciosas, parecía gozar en atraer a su lado a los jóvenes más alegres y dinámicos del Club y Henry fue uno de sus más asiduos amigos.

Wallace jugaba todos los días una partida y algunas tardes, se hacía cargo de la banca.

Aunque era muy popular en el «Rockery», no todos los socios se sentían a gusto a su lado. Ciertos incidentes ocurridos con motivo del juego, habían soliviantado a los más sensatos y éstos le acusaban de ser el propulsor de muchas locuras cometidas por los más jóvenes.

Los informes que se tenían de él eran bastante vagos, aunque nadie podía afirmar que denigrantes. Poseía una agencia un tanto exótica en el aristocrático barrio de Rochmore, cerca de Park Avenue, que se dedicaba a soslayar las dificultades técnicas o de índole judicial referentes a determinados documentos; y, al parecer, el negocio era productivo, pues Wallace vivía espléndidamente y habitaba un hermoso piso en Cavendish Square.

Una tarde, no hacía muchos días, Wallace formó banca y Henry, que precisaba una crecida cantidad para tapar ciertas brechas peligrosas en su crédito, decidió probar la suerte, exponiendo de una vez todo el dinero que su padre le entregara para aquel mes.

Durante una hora, el joven Jenkins se defendió en un estira y afloja que nada resolvía, pero al final, la fortuna le volvió la espalda y perdió cuanto poseía.

Rabioso, pálido, desencajado, se encaró con Wallace y con voz

ronca, le propuso:

—¿Me admite usted dos mil libras a una jugada?

Wallace entornó los ojos reflexionando. Luego, con voz meliflua, respondió:

—No tengo inconveniente, pero... mi consejo es que debe desistir de seguir tentando la suerte. Hoy no es el día que usted busca.

—No —declaró ansioso Henry—. Necesito solucionar hoy un asunto y me hace falta ganar esa cantidad. Si pierdo, tanto me da una cosa como otra.

—Bien, y en ese caso, ¿cómo saldaría la pérdida? —Fue la pregunta desmayada de Wallace.

—Acudiría a mi tía *Lady Brook*. Siempre me ha salvado de mis apuros y lo haría también esta vez.

—En este caso, no quiero hacerle la ofensa de no concederle veinticuatro horas de crédito. Acepto.

Los socios se mostraron intrigados por la escena. Nada podían reprochar a Wallace, que había aconsejado al joven que no siguiese jugando; pero el corazón les advertía que Henry iba a perder, creándose una de las situaciones más difíciles que había atravesado.

En efecto, la fortuna le fue adversa y perdió.

Wallace cedió la banca y, separándose de la mesa, salió a uno de los saloncillos seguido de Henry.

—Lo siento de veras, Jenkins —afirmó sin abandonar su eterna y blanda sonrisa—. Mi deseo era que no hubiese usted jugado... Adivinaba lo que iba a suceder, pero ya no tiene remedio. Le espero mañana a estas horas en mi oficina... con las dos mil libras, claro está.

Y encendiendo un magnífico puro, pidió a un criado su sombrero y su bastón.

Jenkins quedó anonadado. No podía saldar la deuda y tenía sus dudas de que su tía se hallase dispuesta a facilitarle aquella cantidad.

Al día siguiente, Henry se presentó en las oficinas de Wallace. Eran éstas un regular departamento, donde el ganador, tras una soberbia mesa de roble tallado, le esperaba con el recibo ya firmado para el saldo.

Cuando echó un vistazo al rostro del joven y observó su biliosa

palidez, comprendió que sus gestiones habían carecido de éxito y, endureciendo los rasgos de su rostro, dijo:

—Supongo que todo se habrá arreglado a satisfacción, ¿no es así? Lo lamentaría por usted, porque es un...

Henry cortó el elogio que iba a hacer de su apellido y replicó roncamente:

—Ha ido bien en parte. Mi tía me ha dado el dinero...

—¡Ah! Y le ha sermoneado como a un crío, ¿no?

—No. Mi tía es comprensiva. Me ha dado un cheque por las dos mil libras, pero... no se puede cobrar hasta dentro de quince días. Está esperando el cobro de sus rentas y... me ha pedido que lo arregle como pueda hasta entonces.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Wallace en tono sentimental—. Y ¿cuál es su proposición?

—Que acepte usted el cheque y me conceda esos días de demora. Si le causa algún perjuicio, añada los intereses y se los abonaré.

Wallace entornó los ojos —costumbre en él muy frecuente cuando reflexionaba o estudiaba los gestos de un rostro— y luego, abriéndolos de nuevo, repuso:

—Yo no soy un usurero, señor Jenkins. Si gano, me gusta cobrar, y si pierdo, pago. Pero no cobro intereses. Quiero no forzarle a una cosa desesperada y acepto el cheque. Haga el favor de transferírmelo legalmente.

—Está al portador —repuso violento el joven.

—No importa. Es costumbre mía. Cuando recibo un cheque que no se hizo para mí, quiero que quede constancia de quién me lo transfiere. ¿Qué más le da hacerlo si su tía ha de hacer honor a la firma?

El joven, después de una angustiosa vacilación, firmó en el dorso del cheque y se lo entregó.

Wallace abrió su caja de caudales, guardó en ella el cheque y, tendiendo su mano al joven, dijo:

—Bien, señor Jenkins; no tendrá queja de mi hidalguía. Espero en su beneficio que esto no se repita. Es deprimente para quien lo hace y para quien lo recibe.

Quince días más tarde, el teléfono del despacho del honorable magistrado Robert Jenkins, vibraba insistentemente y el hombre de

leyes tomó el auricular preguntando:

—Diga... ¿Quién llama?

—¿Hablo con el señor Jenkins?

—¿Se refiere usted al padre o al hijo?

—Concretamente al hijo.

—No está en este momento. Llame al Club y allí...

—Un momento; le he llamado allí y a varios sitios y no doy con él. Como el asunto es urgente, creo mi deber comunicárselo a usted que es su padre, por si puede hacer algo aunque lo dudo. Busque a su hijo de parte de Francis Wallace y dígame que he presentado en el Banco de Londres el cheque que le firmó su tía *Lady Clive* y que él me endosó. Lo han rechazado por considerarlo falsificado.

El magistrado dio un salto en su asiento y gritó:

—¿Eh? ¿Qué cuento me está usted contando? ¿Un cheque falso firmado por mí cuñada y endosado por mi hijo? Usted es un bromista de mal gusto o un impostor.

—¿Sí? Pues llame al Banco de Londres donde ha quedado depositado el cheque y allí le informarán. ¡Ah! Este cheque fue el resultado de una pérdida que sufrió su hijo jugando en el «Rockery» y puedo presentar cuarenta testigos. Lo lamento por usted.

Y Francis colgó el teléfono, dejando al noble magistrado presa de la más terrible angustia.

Llamó al Banco, donde le informaron que, en efecto, el cheque era falso y aunque pretendió recogerlo para evitar el escándalo, llegó tarde, pues ya se había cursado la denuncia a Scotland Yard.

Aquella misma noche, un agente de servicio en el parque descubrió el cadáver de Henry con la cabeza volada de un tiro y un revólver en su mano derecha.

La Prensa, siempre indiscreta, se enteró del suceso comentándolo a su placer en las columnas de todos los diarios y el pobre magistrado, presa de un trágico ataque de nervios, tuvo que ser trasladado a un sanatorio.

Este suceso había despertado en la policía recuerdos inquietantes de otros sucesos idénticos acaecidos en meses anteriores. Otros dos jóvenes aristócratas se habían suicidado de manera misteriosa y aunque la Prensa no había logrado captar nada escandaloso en estos suicidios, la policía pudo averiguar que habían mediado documentos y papeles sospechosos entre los familiares de

los suicidas y el honorable y siempre sonriente Francis Wallace.

Pero este suceso rebasaba la flemática paciencia del famoso centro policíaco y el Inspector Jefe estaba dispuesto a seguir de cerca las maniobras del agente para descubrir sus trucos y poner fin a aquella serie de sucesos que de manera tan misteriosa se producían en torno a Wallace.

Para ello, Mr. Jergenson, después de escuchar detalladamente el informe del inspector Graven, preguntó:

—¿Cuál es su plan en este caso, Joe?

—Realmente no lo sé. No podemos acusar a Wallace de nada ilegal, a no ser de hombre duro y calculador. El cheque le fue endosado legalmente y aunque sospecho que él estaba convencido de que era falso, lo aceptó creyendo que podría explotar este asunto... Tengo curiosidad por saber qué pretendería de Henry Jenkins al tenerle en sus manos y qué trató con él antes de decidirse a cobrar el cheque.

—Y yo, pero esto ya no es posible. ¿Ha investigado usted en los negocios de ese viejo de nariz judaica?

—Sí, pero discretamente. Sin datos en que apoyarnos, sería peligroso ponerle en guardia y que acudiese con alguna queja al Ministerio. Usted ya conoce las restricciones que sufrimos la policía en ciertos asuntos.

—Cierto. Es de lamentar, pero la Ley es así y tenemos que acatarla.

El timbre del teléfono vibró insistentemente y el señor Jergenson tomó el auricular.

—Al habla. ¿Quién es? —preguntó.

Cuando escuchó a través del hilo, reflejó una gran alegría unida a un gran asombro y exclamó:

—¿Cómo? ¿Mi ahijado Charles en Londres? ¿Cómo? ¿Está aquí? Háganle subir.

Al momento, un ordenanza anunció:

—El señor Charles Randell.

El inspector jefe se levantó vivamente y avanzó al encuentro del recién llegado con los brazos abiertos, en tanto que Randell, emocionado, se abrazaba a él dándole fuertes golpes en la espalda.

—¡Oh, padrino! —exclamó—. ¡Si le encuentro a usted más joven y fuerte que cuando marché al Canadá!

—¡En cambio, tú, grandullón —replicó el policía—, has crecido y has envejecido al mismo tiempo! Cómo se conoce que ser duque de Ascot requiere dureza de tipo.

—¡Por favor, padrino —replicó el joven—, déjese de títulos que me estorban! Ahora sólo soy Charles Randell, al menos por cierto tiempo. Quiero gozar un poco de libertad y prefiero ser teniente de la Policía Montada más que el duque de Tal.

Luego, soltándose del largo abrazo, volvió la cabeza diciendo:

—Pasa, Arthur; te presentaré.

Y señalando a un joven, como él, que le acompañaba y que se había quedado discretamente en la puerta, dijo:

—Padrino, éste es Arthur Clive, teniente como yo en la Montada, que ha venido conmigo a gozar un permiso bien ganado y a reponerse de ciertas heridas recibidas en actos de servicio.

Jergenson le ofreció su mano preguntando:

—¿Acaso es usted hijo del magistrado Cari Clive, de Falkestone?

—Sí, señor; hijo único.

—Lo celebro. Conozco mucho a su padre y tengo un excelente concepto de él.

—Muchas gracias, señor Jergenson.

Éste les invitó a tomar asiento y, dándose cuenta de que no había hecho la presentación de su inspector, le señaló, diciendo:

—Éste es Joe Graven, mi mejor inspector y mi brazo derecho en los asuntos más complicados.

Después de los saludos consiguientes Charles insinuó:

—Si están ustedes tratando de algo importante...

—Importante, sí, pero no estorbas —dijo el inspector jefe.

—El asunto ya es del dominio público. Se trata de la muerte de un joven llamado Jenkins.

—¿Jenkins? —exclamó Arthur—. Yo recuerdo a un Robert Jenkins, compañero de profesión de mi padre.

—Se trata de su hijo.

—¡Diablo! ¿Qué sucedió? ¿Calavera? ¿Mujeriego?

—Y falsificador. Quiso evadir una deuda de juego y falsificó un cheque a nombre de su tía. Es un caso muy curioso y enrevesado.

Y contó a ambos a grandes rasgos el suceso.

Luego, cambiando de conversación, dijo:

—Bien, pero cuéntame algo de tu vida. Seis años en la tundra sin

saber de ti.

—Sí, padrino y me encontraba muy bien allí de no haber sido por el fallecimiento de mi pobre padre. Esto ha truncado mi carrera y me reintegro a Inglaterra a hacerme cargo del título y del castillo que poseo en Escocia. Pero antes de pasar a la vida oficial aristócrata, quiero descansar unos días, permanecer en el anónimo y divertirme no como un duque, sino como un policía montado con licencia, al que nadie conoce aquí, pues me fui cuando apenas tenía dieciocho años y mis relaciones son nulas, sobre todo teniendo en cuenta, que casi todo el tiempo lo pasamos en Escocia, de donde mi padre salía poco. Por cierto que he venido discutiendo con mi compañero algo que le afecta.

»Arthur viene con licencia de seis meses a reponerse de unas graves heridas que recibió persiguiendo al asesino e incendiario más terrible del Canadá. Le capturó, pero a costa de tres balazos que le han tenido dos meses en el hospital. Ahora va a reunirse con su padre a Falkestone y cuando acabe la licencia, otra vez a las estepas y a los bosques. Se siente fatigado y con ganas de cambiar de destino, porque es joven, tiene aspiraciones y en la soledad de aquellas tierras, no conseguirá más que agotamiento, plomo en el cuerpo y algún ascenso. Es listo y le proponía que ingresase aquí en la policía metropolitana. ¿Para qué tengo yo como padrino al inspector jefe de Scotland Yard, si no es para ayudar a un muchacho que lo merece?

Arthur quiso protestar, pero Jergenson dijo:

—Si él tiene vocación, por mi parte le ayudaré cuanto pueda. Esto es algo distinto a aquello, pero se puede asimilar cuando se tiene condiciones.

—Estúdielo, padrino, sin prisa. Yo me iré con él unos días a ver a su padre y regresaré pronto. De momento, quiero permanecer en el anónimo y divertirme como un simple particular. Después..., ya veremos.

Los dos jóvenes se despidieron, estrechando las manos de los dos policías y dejando a éstos entregados a su trabajo.

Jergenson también tuvo que salir poco después. Una llamada urgente de la Presidencia le reclamaba allí.

Calculó que podía ser algo relacionado con la muerte de Jenkins, e iba preocupado porque el asunto se presentaba muy oscuro.

CAPÍTULO II

UN INGENUO CAE EN LA TRAMPA

Después del revuelo que el suicidio del joven Jenkins produjo entre los socios del «Rockery», los comentarios terminaron por enfriarse.

Para que se olvidasen quizá, Wallace había pasado varios días sin volver al club, pero pronto reapareció aparentando una actitud fría y expectante.

Sus consocios le saludaban ceremoniosamente sin lanzarse a exteriorizar su desagrado. Bien estudiado aquel desgraciado suceso, Wallace se había portado como un caballero, al recomendar públicamente al muchacho que no jugase y sólo por no cometer la grosería de menospreciar su crédito, había aceptado la partida.

Por ello, el asunto pasó a la Historia y Wallace volvió a alternar con los socios, en particular con los más jóvenes y divertidos y hasta volvió a actuar como banquero en algunas partidas de bacarat.

La preferencia de los frívolos jóvenes por mostrarse amigos de Wallace, tenía su explicación. Francis era hombre dispuesto a sacar a cualquiera de un pequeño apuro monetario, siempre que se cumpliese con él, y como nadie podía tildarle de usurero, pues jamás cobró réditos por sus préstamos, esto le había hecho popular y simpático entre los hijos de familia, socios del club.

Graven, provisto de un pase especial, empezó a frecuentar el círculo y todas las tardes pasaba allí un par de horas sin perder de vista las actividades de Wallace.

Pronto observó que entre los jóvenes amigos que el viejo se había captado, figuraba un muchacho joven, elegante y desenfadado, de una frivolidad excesiva, siempre dispuesto a tomar parte en cualquier fiesta o a jugarse unos cientos de libras con

despreocupación.

Este nuevo elemento del club se llamaba Saúl Boyd y, según los antecedentes que de él se tenían allí, era hijo de un traficante en madera, fallecido en Australia, donde Saúl había pasado parte de su juventud, hasta que la muerte de su padre le dejó en plena libertad de disponer a su antojo de su persona y de su fortuna.

Wallace, a quien había interesado la vivacidad del joven, hizo averiguaciones discretas sobre sus medios de vida y sacó la impresión de que su falso esplendor no podía durar mucho a la marcha forzada que se había impuesto, pues su cuenta corriente, que se inició a su llegada con veintidós mil libras, se encontraba reducida a bastante menos de la mitad.

Pero si Saúl había de terminar arruinándose, esto no parecía cosa tan inmediata y Wallace, hombre paciente y calculador, aguardaba tranquilamente esto para poner al muchacho bajo su «protección» desinteresada.

Una tarde, Saúl, que pasaba el rato hojeando los diarios, se levantó cómicamente indignado con el «Thimes» en la mano y, arrojándolo despectivamente sobre un velador, preguntó a los amigos más cercanos:

—¿No les parece a ustedes que es demasiada tabarra la que están dando los diarios desde hace unos días con la llegada a Londres del nuevo duque de Ascot? Cualquiera diría que se trata de Lord Wellington.

Uno de los asiduos intervino para decir:

—El reclamo, querido Saúl, es cosa muy de Norteamérica, y el duque viene influenciado de su vecindad con los Estados Unidos. Aquí era desconocido y Charles Randell necesita el aire huracanado de la Prensa para que las jóvenes casaderas de la aristocracia sepan que hay a la vista un buen partido.

—Bien, pero ¿por qué no imprime unos besalamano y los reparte entre la aristocracia, anunciando tan buen propósito? Si a las chicas casaderas les importa su llegada, que se la comunique a ellas y no a nosotros. ¡Es mucho duque ya el nuevo duque de Ascot!

—¿Le tienes envidia? —preguntó un contertulio.

—¿Yo, por qué? Nada me importa su persona, pera estoy harto de leer cada día: «El duque caza», «el duque va a reconstruir su palacio de no sé dónde»; «el duque ha cazado malhechores en el

Canadá como el que caza conejos»; «el duque ha alquilado no sé cuántos departamentos en el “Carlton”... Y ahora, por si faltaba algo, nos anuncian que va a escribir sus memorias de policía montado y que el “Thimes” ha adquirido, a buen precio, el derecho exclusivo de publicarlas».

Esgrimió el periódico y mostrando a todos la primera página, añadió:

—Fíjense en esto... Aquí, el retrato del duque con sus ojos soñadores, su perfil helénico y su aire fanfarrón, bien retocado por el fotógrafo; aquí, la noticia de la publicación de sus próximas memorias y, por si faltaba algo, el «farol» elegante que se ha marcado, donando para los huérfanos de periodistas un cheque de mil libras.

—Será un cebo para que otros piquen.

—No. Vean, el periódico publica el facsímile del cheque para que nadie dude de su magnanimidad.

El periódico rodó de mano en mano para contemplar la foto del cheque y Saúl, muy divertido, se sentó ante el velador y, tomando su pluma y un papel, se dedicó febrilmente a dibujar sobre él algo que, al parecer, no le resultaba muy difícil.

Algunos socios se acercaron a la mesa a contemplar con curiosidad su labor, sin hacer comentario alguno. Todos se sentían intrigados por su trabajo y esperaban con curiosidad que lo terminase.

Cuando Saúl estimó que estaba en regla, pulsó un timbre y, rápido, acudió grave un empleado del salón. Saúl, con gesto cómico, le entregó el papel, diciendo:

—Toma, el duque de Ascot regala cinco mil libras para los empleados pobres de los círculos ricos.

El hombre, con el asombro reflejado en el semblante, contemplaba el papel, preguntándose si aquel alegre socio estaría loco, o se estaba burlando de él.

El grupo de curiosos le rodeó, contemplando el dibujo.

Se trataba de un facsímile bastante detallado del cheque que publicaba el «Thimes». Saúl había modificado la cifra con un 5000 y la firma del documento estaba magníficamente imitada, demostrando ser un gran dibujante.

Pero todos, comprendiendo que se trataba de una broma para

parodiar al duque, rompieron a reír con estrépito y Saúl, arrebatando el papel de manos del empleado, sacó una libra y se la entregó diciendo:

—Toma, esto te será más útil que ese papelucho.

Alguien propuso jugar una partida de póker y el grupo se disolvió.

Saúl no quiso jugar y quedó solo. Wallace se acercó a él sonriendo melifluamente y, tomando el papel, lo examinó con atención. Luego advirtió:

—Posee usted grandes facilidades para ciertas imitaciones.

Saúl rió de buena gana y replicó:

—No es mala. Cursé varios años de dibujo en la Academia y me gustaba hacer diabluras. Cuando me negaban un permiso, yo me lo hacía imitando la firma del Director sin que los bedeles lo notasen.

—No precisa esforzarse para demostrarlo; pero, mí querido amigo, cuando ya no se está estudiando, y no se precisa apelar a esos pequeños trucos, resulta peligroso recordar ciertas habilidades. Usted es joven, algo loco, le gustan el placer y la diversión. Un día puede verse en un apuro y caer en la tentación de convertir en realidad condenable lo que hoy es sólo una gracia artística.

Saúl quedó un momento serio y luego replicó:

—Muchas gracias por su consejo, señor Wallace, pero no es preciso. Si un día me decidiese a salir de la legalidad y cometer una falsificación, no me limitaría a falsificar la firma de cualquier duque. Imitaría la del Director del Banco de Londres como más productiva.

Wallace, sonriendo con escepticismo, afirmó:

—Ésas son ya palabras mayores. La firma del honorable *Sir* Augusto McLaen, no es tan fácil de imitar.

—¿Qué no? —repuso Saúl, picado en su amor propio—. Voy a demostrarle que está en un error.

Tomó otro trozo de papel, sacó del bolsillo un billete y, después de varios intentos más o menos afortunados, rasgó un trozo de aquél y, entregándoselo dijo:

—Dígame si con un poco más de esmero esta firma no se parecería a la del propio *Sir* Augusto.

Wallace examinó atentamente el escrito y advirtió:

—Peor aún, mi amigo. Creo que en bien de usted, no debe hacer

estas ostentaciones, porque podrían acarrearle algún disgusto serio. Ciertamente que yo me hago cargo del temperamento de los jóvenes y doy a las cosas su justo valor, pero no todos son Francis Wallace.

Alguien llamó a Saúl para tomar parte en el juego y el joven, sin dar importancia a sus falsificaciones, abandonó el salón. Wallace, por su parte, volvió a examinar los papeles y, doblándolos con cuidado, se los guardó.

* * *

Días después corrió por el círculo una noticia sensacional. El duque de Ascot había sido admitido como socio del «Rockery» y *Sir* Richard Simons iba a hacer la presentación oficial.

En efecto, una tarde, cuando mayor era la concurrencia en el lujoso local, *Sir* Richard, acompañado de un joven alto, recio, pero flexible, de rostro tostado y simpático y de grandes y profundos ojos, penetraba en el salón principal y, reclamando un poco de atención, presentó al nuevo socio, haciendo su semblanza de un modo elocuente.

Charles Randell, hijo del difunto duque, aspiraba al honor de ser compañero de asueto de tantos jóvenes aristócratas como formaban la peña del círculo y confiaba en que todos y cada uno viesan en él, más que a un nuevo aristócrata, a un joven alegre, dinámico, ganoso de gozar del ambiente divertido del club, dentro de la moral y corrección que allí reinaban.

Le fueron presentados todos los socios.

Francis Wallace no podía quedar sin presentar. El viejo agente sentía una viva curiosidad por conocer al duque personalmente y por establecer con él una relación amistosa.

También Saúl fue presentado al joven aristócrata. El australiano, dinámico y jovial, estrechó con fuerza la mano del recién presentado y con su franqueza y camaradería proverbiales, se le ofreció desde el primer momento para servirle de guía si lo precisaba, o para secundar sus planes de juerga, si en algún momento buscaba una ayuda eficaz en tal sentido.

Charles agradeció a todos la cordial acogida y, siempre magnánimo, mandó descorchar unas cuantas botellas para invitar a los presentes.

Durante más de dos horas, charló con unos y con otros sobre

diversos temas, demostrando ser un joven culto y de imaginación despierta y, por último, entabló conversación con Saúl.

Durante algunos días, el duque acudió asiduamente por las tardes estrechando sus lazos de amistad con sus compañeros de club, prometiéndoles invitarles a una fiesta el día que su castillo estuviese restaurado.

Después, espació sus visitas alegando que estaba muy ocupado en escribir sus memorias para el «Thimes» y pronto su presencia en el club perdió actualidad y la gente dejó de ocuparse de él.

La vida del círculo volvió a adquirir su ritmo normal y nada nuevo turbó su tónica.

Cuando el duque no se presentaba y Saúl no tenía motivo para seguir estrechando sus lazos de amistad, entretenía sus ocios jugando al póker o al bacarat y unas veces perdía y otras ganaba, aunque las pérdidas superaban a los ingresos.

Un día que Wallace recabó para él la banca, Saúl se propuso ganarle un millar de libras arriesgando una crecida cantidad.

La partida se animó pronto. Los socios, sugestionados por la audacia de Saúl, fueron aumentando sus posturas y Wallace, sin hacer objeción a tal aumento, admitía cuánto dinero querían arriesgar.

Poco a poco, la mayoría de los puntos se fueron retirando; unos porque se conformaban con lo ganado y, otros, porque no estaban dispuestos a perder grandes sumas.

A las ocho de la noche, sólo quedaban frente a la banca cinco puntos audaces y Saúl, quien durante las primeras horas había conseguido ganar, pero después empezó a perder de un modo visible.

A las nueve, sólo eran tres y las fichas de Saúl tocaban a su fin. Una última postura se las llevó y el joven, un poco pálido, preguntó a Wallace:

—¿Me abre usted un crédito hasta mañana?

El viejo, tras meditar un momento, replicó:

—¿No sería mejor que lo dejase usted por hoy, Saúl? Ha debido usted perder unas tres mil libras.

—En efecto, y por eso no me resigno. Espero recuperarlas y no creo que me haga la doble ofensa de no permitirlo y de no concederme crédito durante unas horas.

Francis se resignó, advirtiéndolo:

—Quiero que estos señores sean testigos de que le he instado a no jugar más por hoy. Es molesto que luego surjan incidentes desagradables y los demás crean que yo le induje a hacerlo.

Había en la advertencia un acento glacial que molestó a Saúl. Éste replicó con viveza:

—No se preocupe por mí, tengo con qué responder y nada alterará el ritmo de mi alegre vida.

La partida se reanudó y todos siguieron con interés el duelo personal de ambos contendientes.

Durante más de dos horas, la partida continuó. Las fichas cedidas por Wallace, que sumaban justamente tres mil libras, iban desapareciendo del lado de Saúl y pasando al montón del banquero y eran más de las diez cuando el joven, pálido, empujó su último dinero a una carta y esperó.

Salió la contraria y Saúl, rabioso, se levantó preguntando:

—¿Me admite las dos últimas mil libras?

—Juegue —fue la fría respuesta del banquero.

Los naipes fueron adversos a Saúl, quien, desesperado, se retiró de la mesa.

Wallace, con pulso tranquilo, se dedicó a amontonar por colores y tamaños las fichas ganadas y antes de que Saúl abandonara el salón advirtió:

—Supongo que conocerá mi domicilio. Tengo las oficinas en Rochmore y me encontrará en ellas mañana de diez a dos y de cuatro a siete. Le espero, señor Boyd.

Éste se retiró lanzando una mirada agresiva al banquero y, mustio, con la cabeza baja y el gesto cansado, reclamó su sombrero y su bastón y abandonó el círculo.

La noticia del suceso corrió rápidamente por todo el «Rockery» y alguien se estremeció de angustia. Se recordaba el caso idéntico de Henry Jenkins y la actitud abatida de Saúl, parecía indicar que el trágico desenlace se iba a repetir en breve.

* * *

A la mañana siguiente, cerca de las once, Saúl se presentó en las oficinas de Wallace.

Se trataba de un departamento magnífico, con un pequeño

recibidor con amplios y cómodos sillones tapizados y una reluciente mesa de caoba con revistas ilustradas.

A la izquierda, se extendía una galería de cristales con dos ventanillas abiertas, indicando el lugar donde eran atendidos los asuntos de primera intención.

A la derecha, una puerta de roble macizo con un rótulo en esmalte que decía: «Dirección», daba entrada al despacho de Wallace.

El despacho había sido instalado con gusto exquisito. Todos los muebles eran de roble tallado y la caja de caudales, último modelo de la ciencia mecánica en cerraduras modernas, advertía mudamente que el dueño de la agencia sabía guardar bien cuantos documentos se le confiaban.

Saúl se hizo anunciar y, momentos después, el secretario le hacía pasar al despacho.

Wallace, correctamente vestido, estaba sentado ante su mesa de despacho cuajada de papeles y documentos y al ver al joven, se levantó a medias señalándole un asiento.

—Bienvenido sea usted a este antro comercial, mi querido amigo. Veo que es usted un hombre puntual en cumplir sus compromisos y le felicito.

Saúl se sentó indolentemente y después de encender su pipa, dijo con voz un poco insegura:

—Suelo ser puntual en todo, señor Wallace, pero hay ocasiones en que los buenos propósitos fallan y ésta es una de ellas.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el viejo arrugando el entrecejo de un modo interrogante.

—Que vengo ahora mismo del Banco. Ayer, un poco caliente con la partida, me confié demasiado y acabo de comprobar que mis reservas momentáneamente no alcanzan a la cantidad perdida. Estoy esperando recibir una transferencia de Australia y, en tanto llega, me es imposible cumplir mi compromiso.

Wallace advirtió con duro acento:

—Eso debió pensarlo usted ayer cuando se lo advertí.

—Es cierto; y no trato de disculparme. Me atolondré y he aquí el resultado.

—Bien. Y ¿cuál es su plan para resolver la situación?

—No tengo más que uno y por eso he venido. Dentro de un mes,

aproximadamente, recibiré el dinero que le he indicado y podré hacer frente a la situación. Concédame ese plazo y si es cuestión de abonar réditos...

—Lo siento, pero no voy a poder complacerle —fue la fría respuesta de Wallace.

—¿Y qué perjuicio le produce esa demora? Usted no es hombre que viva estrechamente y no pueda esperar.

—Ésa es una opinión de usted, pero no la mía... Si hubiese atendido los cientos de peticiones de esa índole que recibo, a estas horas estaría pidiendo limosna. Lo lamento, pero no puedo complacerle.

—Bien, no puedo hacer más. Si espera, recibirá su dinero, si no espera, lo perderá aunque sea mi ruina.

Wallace se quedó un momento pensativo mirándole de un modo descarado a los ojos mientras Saúl, indiferente y frío, sostenía la mirada.

Se adivinaba en el gesto del agente un estudio profundo del personaje que tenía frente a él, como si buscase en el brillo de su mirada, la explicación de una incógnita que no sabía cómo resolver.

Por fin se levantó, cerró cuidadosamente la puerta con el pasador interior y, recostándose de espaldas sobre la mesa, miró intensamente a Saúl, diciendo:

—Sólo podría acceder a su petición con ciertas condiciones que no sé si usted se avendrá a aceptar.

—Dígamelas —fue la sencilla respuesta.

—Es algo duro, pero, en mi concepto, lo único que me puede garantizar el cobro. Un mes tiene muchos días; usted puede desaparecer como el humo y yo perder esos miles de libras. No, eso no lo acepto, si no poseo una sólida garantía de que tal cosa no ha de suceder.

—Bien, explíquese —repuso impaciente Saúl.

—Le concedo ese plazo sin cobrarle réditos, si me entrega en prenda un cheque con la firma falsificada del duque de Ascot y una carta en la que reconozca la falsificación.

Saúl se levantó vivamente, exclamando:

—¡Eso es una canallada!

—Pues no hablemos más del asunto. Tiene usted de plazo hasta las diez de la noche para liquidar su deuda.

Saúl, al observar el gesto de Wallace indicándole la salida, reaccionó y trató de borrar el mal efecto de sus palabras, buscando la forma de convencerle, pero Francis, irreductible, repuso:

—No se hable más, señor Boyd. No le obligo a aceptar, pero rechazo otra fórmula.

Saúl, al parecer abrumado por la situación, pareció ceder a su indignación y advirtió:

—Si acepto, eso es un doble peligro para mí. ¿Por qué no ha de servir para que me lleve usted a la cárcel dando a la publicidad ese documento?

Wallace rió con estridencia al contestar:

—¿Usted cree que yo soy un filántropo o un necio que por el gusto de verle en la cárcel, voy a perder mi dinero? No; no me interesa publicar esos documentos si me devuelve mi dinero, pero quiero ésa garantía para cobrar.

Saúl, convencido por las razones de su interlocutor y sin otra salida viable para conjurar el conflicto, repuso:

—Bien, pero yo no tengo a mano la firma del duque y...

—No se preocupe por eso —replicó Francis sonriendo—. Un día retiré de la circulación el producto de una broma de usted. Su hábil falsificación hecha en el círculo, la guardé para que no sirviese de comentario y la tengo aquí en mi caja de caudales, junto con el número del «Thimes» donde apareció reproducido el cheque del duque. Puedo darle un cheque en blanco contra el Banco de Londres y esos facsímiles para su trabajo.

Saúl tras un momento de vacilación, repuso hosco:

—¡Démelos!

Wallace abrió la caja de caudales de forma que el visitante no apreciase como manipulaba en ella y sacó los documentos ofrecidos. Los colocó sobre la mesa, puso a su lado un cheque en blanco y dijo:

—Como esto habrá de llevarle tiempo, le ofrezco mi antedespacho para que trabaje con aplomo.

Abrió una pequeña puerta al fondo y le mostró una pequeña pieza que tenía el aspecto de un salón de estar. Sobre una mesita de laca, había un escritorio y papel en blanco. Wallace colocó los facsímiles sobre la mesa e, indicando la silla, insinuó:

—Aquí podrá trabajar cómodamente. Mientras, yo redactaré el

texto de la carta que debe firmarme.

Abandonó a Saúl y, regresando al despacho, se entregó a la tarea de redactar la carta, que decía así:

«Mr. Francis Wallace.

»Muy señor mío:

»Si es usted tan sentimental que quiere evitar el suicidio de un hombre pleno de vida, le ruego no ponga en circulación el cheque de ocho mil libras que, firmado por el duque de Ascot y dirigido a su nombre, le transferí ayer como saldo de la deuda de juego contraída con usted. La firma está falsificada por mí y se lo rechazarán con el consiguiente escándalo.

»Espero recibir dinero de Australia en breve. Concédame un margen de un mes y le prometo pagarle esa cantidad junto con los réditos que le correspondan.

»Para evitarle la duda de un nuevo engaño, firmo esta carta que en todo momento salvaguardará su dinero y su reputación, cargando sobre mí las consecuencias de un trágico proceso, si es que el jurado llega a tiempo de juzgar esta canallada mía.

»Muy agradecido le da las gracias, su affmo».

«Saúl Boyd».

Un cuarto de hora después, la puerta del antedespacho se abrió y Saúl, pálido pero sereno, entregaba a Wallace el cheque con la firma falsificada del duque.

Francis las comparó y quedó satisfecho. La imitación era perfecta.

Guardó el cheque en la caja y entregó la carta para que el alocado joven la firmara. Éste, sin apenas leerla, estampó su firma en ella.

Y le despidió con una cariñosa palmada en la espalda, manifestando su esperanza de que todo quedase resuelto satisfactoriamente en el plazo señalado.

CAPÍTULO III

WALLACE NO ES UN FILANTROPO

Saúl siguió haciendo su vida habitual, jugando con prudencia y alternando con socios del círculo, entre ellos con el duque, con el que había simpatizado grandemente y con el que alternaba con asiduidad.

Algunas veces, iban a los *cabarets*, donde corrían alegres juergas, cuyo final era verse metidos en un auto a hombros de los empleados y trasladados a sus respectivos alojamientos.

El mes que Wallace concediera de plazo a Saúl, fue transcurriendo con monotonía y la víspera del cumplimiento, Wallace advirtió al alocado joven:

—Supongo que no tendré necesidad de recordarle que mañana le espero en mi despacho.

—No. No tiene que recordármelo. A las once iré a verte.

Wallace sonrió complacido y el joven se dirigió a la sala de juego, donde pasó más de dos horas intentando ganar una cantidad que la suerte le negó.

A la hora fijada del día siguiente, estaba en el despacho de Wallace, quien le recibió cordialmente, diciendo:

—¿Cuál es su cuento de hoy, amigo Boyd?

—¿Por qué lo pregunta? —repuso Saúl hoscamente.

—Simplemente, porque soy hombre que sabe vigilar sus intereses y he podido averiguar que hasta la fecha, no ha recibido esa fantástica transferencia de que me habló.

—Haría usted un magnífico detective —fue el irónico comentario de Saúl—. En efecto, mi tío se ha retrasado en el envío y sintiéndolo mucho...

—No puede usted cumplir... ¿No es eso?

—Justamente. Es lamentable para usted y para mí, y no veo solución, a menos que prorrogue usted ese plazo fatal...

—¡Ya! Y así, hasta el día del juicio final. No, señor Boyd. Yo no puedo hacer más concesiones y si hoy no salda usted esa cuenta, me veré precisado, con dolor de mi corazón, a poner el cheque en circulación pase lo que pase.

—Bien. Póngalo usted, no puedo evitarlo.

—¿Y qué dirá su amigo el duque cuando lo sepa?

—No lo sé ni me importa ya. Las locuras se pagan y yo debo pagar la mía, pero de todas formas, usted debe pensar que no va a ganar nada con ello, porque no cobrará.

—Pero le denunciaré por falsificador.

—Y seguiremos en el mismo círculo vicioso. Yo no soy hombre para aclimatarme a las delicias de una cárcel. Reconozco que me he creído un Creso con veinticinco mil libras que se me han ido de entre las manos como la espuma y que al final no soy nadie... Ahora no voy a empezar una nueva y miserable vida después de haber gozado otra mejor y, cuando quieran detenerme, será tarde.

—¿No le tiene cariño a la vida? —preguntó Wallace.

—Más que usted, pero sin dinero... ¿para qué sirve la vida? Me hice ilusiones tontas, que se han derrumbado en muy pocos meses y el tránsito a una nueva existencia sería horrible. Como mis horas están contadas, creo que tanto me da una cosa como otra.

Wallace, observando el gesto de trágica desesperación del joven, preguntó de nuevo:

—Y suponiendo que le concediese un último plazo de unos días y que ese tío suyo le mandara dinero para saldar esa deuda, ¿qué haría de nuevo con dinero?

—Eso me estoy yo preguntando desde hace unos días. Confiaba en dar un buen golpe en el tapete verde y poder prolongar esta vida ficticia, pero me he convencido de que la suerte no me es propicia y es mejor terminar de golpe.

Wallace, después de meditar mucho, se acercó a él y preguntó insinuante:

—¿Le gustaría seguir viviendo esa vida tan amable y fácil sin que le faltasen cien libras en el bolsillo?

—¡Eso ni se pregunta!

—Pero esa ventaja tiene un precio.

—Me lo figuro.

—Yo puedo ofrecerle esa vida muelle si se entrega a mí en cuerpo y alma.

—¿Quiere concretar en qué consistiría esa incondicional entrega? Si va a exigirme que mate a alguien para robarle y repartirnos el botín, no cuente conmigo. Si tuviese espíritu de asesino lo haría por mi cuenta.

Wallace levantó las manos con horror y aseguró:

—No. Yo también soy hombre a quien le repugna la sangre. Creo que en Londres hay muchos medios de ganar dinero sin privar a nadie de su preciosa existencia. La gente es cándida e ingenua — puede usted mirarse en ese espejo y asegurarlo—, pero hay algunos que poseen millones y deben pagar una contribución por esa candidez. Usted es un muchacho listo, simpático, atrayente, bien educado, y puede serme muy útil para unos grandes proyectos que tengo. Yo puedo administrar sus cualidades y sacar utilidad de ellas en beneficio común, siempre con relativo peligro. Piense en mi proposición y contésteme mañana.

—¿Qué me ofrecerá si acepto?

—Tendrá usted un piso digno de un hombre rico y una asignación de quinientas libras al mes para sus gastos, aparte de algunos gajes que le señalaré. También puedo ofrecerle una participación en las ganancias.

—¿Y si me negara?

—Mañana por la mañana, pondría el cheque en circulación.

—Y yo podría denunciar sus proposiciones punibles...

—¡Demuéstrelo! Yo tengo su carta, que basta para condenarle y anular cualquier acusación, que se juzgaría un acto de venganza. Por lo demás, pueden registrar mi casa y mis papeles, que nada encontrarían. Yo no soy un hombre vulgar, como puedo atestiguarlo.

Saúl, con voz ronca, replicó:

—Señor Wallace, había oído ciertos rumores contra usted, que no quise creer, pero observo que es usted un perfecto granuja y muy listo.

—Y usted un hombre muy limpio, abocado a ser un perfecto granuja también. Piense que la vida no se vive más que una vez y que es de tontos no aprovechar la ocasión cuando se le brinda a uno

fácil y sin peligro.

Pero Saúl, sin decidirse, objetó:

—Bien, acepto el plazo que me ofrece para pensarlo. Debo dar un salto en las tinieblas y no sé qué decidir.

Y despidiéndose con una inclinación de cabeza, abandonó el despacho para entregarse a la meditación.

* * *

Al día siguiente, Saúl, acusando las huellas del insomnio, volvió a casa de Wallace.

—¿Qué contestación me trae usted? —preguntó éste.

—Que acepto... No tengo otra salida. Dígame qué es lo que debo hacer.

—Sencillamente nada —afirmó Wallace sonriendo satisfecho—. Sólo tendrá que continuar divirtiéndose con cautela y cultivar asiduamente la amistad de los socios del círculo. Mañana cambiará usted de domicilio, trasladándose al hotel Carlton. ¿No es allí donde se hospeda su amigo el duque?

—Sí. ¿Hay algo tramado contra él?

—De momento no hay más que las instrucciones que le doy. Cúmplalas al pie de la letra y su vida será amable y sin inquietudes. Todos los meses verá usted aumentada su cuenta corriente en quinientas libras, que recibirá por diversos conductos. Y de momento nada más.

—Bien, pero si me hospedo con el duque, tendré que alternar con él más asiduamente. El hotel me costará caro...

—Le abonaré el exceso por cambio de hospedaje. Por lo demás, no necesita usted el palacio de Buckingham para celebrar recepciones. Puede marchar a cumplir mis órdenes.

—Pero ¿y el cheque y la carta?

—Los conservaré en rehenes para evitar una delación. Soy hombre precavido y no hago las cosas sin meditarlas. Planeo algo grande y cuando lo consiga, usted tendrá una excelente comisión y entonces le devolveré sus papeles. Mañana pase por aquí a estas horas a recibir instrucciones.

Y con un gesto imperioso, le señaló la salida sin permitirle nuevas preguntas.

A la mañana siguiente, cuando Wallace llegó a la oficina se

dirigió a su despacho, diciendo a un empleado bajito, chato y con gafas de concha que trabajaba sentado a una pequeña mesa:

—Jones, si viene alguien preguntando por mí, no me molesten en una hora porque no atenderé a nadie. Si viene un joven llamado Saúl, hágale esperar hasta que yo salga. Tengo un asunto urgente que resolver y no quiero que nadie me interrumpa.

Con el asentimiento del empleado, Wallace se encerró en su despacho y lo cerró usando un resorte que hacía surgir unas barras imposibles de forzar.

Luego, pasó a la pieza inferior y, abriendo una bella librería empotrada en la pared, palpó los adornos del entrepaño, hasta que el mueble giró en silencio a la derecha, dejando al descubierto el hueco oscuro donde estaba empotrado.

Wallace cerró tras él, sacó una linterna eléctrica y alumbró un estrecho tabuco huérfano de todo moblaje. Después, se acercó a la pared fronteriza y abrió una especie de mirilla que le permitía observar lo que había al otro lado. Cuando se sintió confiado, levantó un tablero del piso y apretó un botón oculto en el hueco. El lienzo de pared se corrió a un lado y Wallace se halló en un pequeño gabinete de trabajo, en cuyo centro una gran mesa mostraba lapiceros, frascos de tinta, pinceles, pinturas, cartabones, reglas y bocetos, al parecer de anuncios artísticos.

En un extremo, un sillón con un almohadón deslustrado indicaba el lugar donde el operario de aquel gabinete debía trabajar.

Wallace hizo un gesto de contrariedad al observar la ausencia del operario. Decepcionado, volvió por el mismo camino y cuando hubo borrado las huellas de su misterioso paso, tomó el teléfono y marcó un número.

—Oiga —dijo—. Aquí el señor Wallace. Dígale a Wall que se ponga al aparato.

—Lo siento, señor Wallace, pero lleva dos días sin venir. Mandó recado con su hija que estaba enfermo y esto nos tiene retrasados en algunos trabajos urgentes.

—Gracias. Yo averiguaré qué le sucede.

Colgó el teléfono y sacando del bolsillo un enorme puro lo mordió con enojo. La ausencia del llamado Wall le había causado una contrariedad que no podía disimular.

Y encendiendo el puro, se dedicó a reflexionar.

Wallace era un hombre listo y con infinitos recursos para sus negocios.

Cuando se hallaba en construcción la finca en la que tenía instaladas sus oficinas, se construía a la espalda de la misma una nueva finca, que como la que él alquiló, estaba destinada exclusivamente a oficinas.

Cuando visitó la casa para tomar posesión de su departamento, observó que otro de los huecos de la finca trasera pegaba con el suyo y se apresuró a alquilarlo.

Más tarde, cuando estuvo en posesión de ambos pisos, un día apareció con unos cuantos obreros procedentes de una localidad lejana, y durante unos días los tuvo dedicados a efectuar ciertos arreglos, que consistieron en comunicar los dos pisos por medio de aquel pasadizo.

Un hombre de su confianza, hábil carpintero, colocó la librería y fabricó los paneles corredizos, y cuando terminó su trabajo, le envió a Sudamérica con un buen cargo en unos grandes almacenes de muebles, haciendo desaparecer casi todo testigo de aquella misteriosa comunicación.

Luego, instaló en el departamento posterior una pequeña agencia de anuncios artísticos, a cuyo frente puso a un hombre ajeno a sus solapados manejos.

Jefe de los dibujantes, era Wall Belfin, excelente dibujante y grabador, cuyo historial no conocido por sus subordinados, era una argolla de acero que le ataba de pies y manos a las exigencias de Francis.

Belfin fue un obrero muy considerado cinco años atrás en la Casa de la Moneda. Llevaba prestando allí servicio durante dieciséis años, y su conducta fue siempre intachable.

Pero un día, cuando se imprimía una nueva tirada de billetes de cien libras, al verificar el registro diario que se les hacía a los obreros al abandonar el trabajo, el concienzudo registrador descubrió bien oculto entre el forro del abrigo de Wall, uno de los billetes que se imprimían y aunque el descubrimiento causó dolor y sorpresa, la dirección juzgó el hecho y solamente atendiendo a la hoja de servicios de Wall, que era intachable, se limitaron a separarle del cargo, negándole, como era de rigor, el certificado de

buena conducta.

Wall negó con energía que él hubiese ocultado en su abrigo el fatídico billete y atribuyó el hecho a la mala fe de alguien que le quería mal, pero nadie aceptó la excusa y se vio en la calle con el estigma de ladrón.



Así se falsifica el dinero

Wall estuvo a punto de arrojararse al Támesis y si no lo hizo, fue

pensando en que tenía una hija por quien velar. Debía luchar por ella y lo haría.

Buceó mucho hasta encontrar trabajo, pero apenas empezaba a actuar, avisos misteriosos denunciando su persona le ponían al descubierto y era despedido automáticamente, desesperándole hasta el paroxismo.

Hasta que un día, cuando más abatido se hallaba, recibió un aviso de Wallace para que se presentase en sus oficinas, y el dibujante, esperanzado, acudió a la cita.

Wallace empezó diciendo que conocía su historia y sus antecedentes, pero que no importándole éstos, se hallaba dispuesto a asegurarle un trabajo tranquilo y remunerador si aceptaba sus proposiciones.

Wall no lo pensó. Antes que suicidarse y dejar en la miseria a Margarita, estaba dispuesto a todo y Francis le llevó a sus talleres de dibujo y le nombró jefe con un sueldo muy decente.

El infeliz se mostró muy agradecido y no sabía cómo ensalzar a su bienhechor; pero éste, cuando transcurrió un mes y creyó a Wall apegado a su empleo, le exigió que dibujase fielmente el facsímil de un billete de cien libras, para un trabajo comercial de un cliente que exigía mucho.

Wall se esmeró y el dibujo fue una fiel reproducción del original, tanto en colorido como en detalles.

No mucho más tarde, Wallace le presentó un billete de cien libras, inquiriendo:

—¿Qué le parece, como han reproducido su trabajo?

Wall se asustó al verlo. Era un billete falso y él había sido el autor de la falsificación.

Al interpelar furioso a Wallace, éste replicó irónico:

—¿Usted cree que yo le he acogido con su historial y le he brindado un buen empleo y un buen sueldo, para que se lo gane sin exposición? No. Necesito de su arte y quiero comprárselo teniéndole bien cogido para no ser víctima de una denuncia suya. Este billete no servirá más que para eso, pero usted me habrá de firmar que fue el autor del dibujo.

—¡Nunca! —implicó con firmeza Wall.

—Bien, en ese caso ha cesado usted de trabajar en mi agencia. Se verá precisado a suprimirse del mundo, porque evitaré que le

den trabajo y su hija se morirá de hambre.

El infeliz dibujante luchó mucho con su conciencia, pero al observar que su hija, después de la tremenda miseria que había pasado, se sentía feliz y contenta, se horrorizó ante el panorama que se le volvió a presentar si se quedaba sin trabajo y aceptó.

A fin de cuentas, para el mundo era un ladrón y aumentar el deshonor no era más que otra faceta en su vida.

Si la gente había aceptado como real su robo sin ser cierto, al menos que le tildasen de algo deshonorado en lo que tuvieran un punto de razón.

Firmó el documento que Wallace le presentó y volvió a hacerse cargo de su empleo.

No era mucho lo que de él se exigía. Se dedicaba con preferencia a la confección de anuncios artísticos y a la imitación de alguna firma que Wallace le pedía de vez en cuando, o de algún párrafo de algún documento.

Fue entonces cuando Wallace le reveló el secreto de la doble estancia. En ella montó un pequeño gabinete, para que trabajase impunemente y cuando lo hacía en él, cerraba el despacho oficial con orden de no ser molestado y pasaba al secreto, donde visitaba a su prisionero para vigilar su trabajo especial.

Pero Wall, el peso de los años, la miseria sufrida, el dolor moral de haber visto a su hija pasar por trances tan amargos, unido al remordimiento de saberse envuelto en tan sucios negocios, había minado su existencia y se encontraba muy enfermo.

Wallace, tras meditar sobre la ausencia de su dibujante, tomó una determinación. Le necesitaba para un trabajo urgente y precisaba que el artista, sano o enfermo, le solucionase el conflicto.

Y sin pensarlo más, abandonó el despacho y, tomando un taxi, se dirigió a Finsbury Park, en donde Wall habitaba una humilde casita de un solo piso.

Estaba dispuesto a sacarle del lecho si era preciso, pero se lo llevaría con él a terminar el trabajo y si después reventaba, a él no le importaba su vida.

CAPÍTULO IV

MARGARITA ACEPTA UNA PROPOSICION MONSTRUOSA

La casa habitada por el ex grabador y su hija, era modesta, pero bien cuidada por Margarita, la hija del enfermo, una preciosa joven de veintidós años, esbelta, rubia como el oro, de grandes y expresivos ojos y de cuerpo airoso y cimbreante.

Margarita había recibido una educación esmerada, pues mientras trabajó su padre en la Casa de la Moneda, como disfrutaba de un buen sueldo y sólo tenía a su cargo a su esposa y a la joven, se preocupó de su porvenir y la educó en un buen colegio.

Cuando la joven cursaba la carrera del Magisterio, sobrevino la hecatombe. Falleció su esposa de una pulmonía y luego le despidieron de la fábrica. Esto le dejó en la miseria y Margarita se vio obligada a abandonar el estudio para atender a su padre como mejor pudo.

Cuando su ruina fue total y no pudieron seguir ocupando el pisito que disfrutaban en Fitzoy Square, se trasladaron a un tabuco en Eastleigh, cerca de Hampckire, lugar poco recomendable, pero que hubieron de aceptar por la fuerza de las circunstancias.

Solamente cuando Wallace acogió al ex grabador y le brindó aquel buen empleo —bueno por el sueldo— pudieron abandonar su cuchitril y trasladarse a Finsbury Park, barrió obrero compuesto casi todo de casitas como la que ocupaban, pero ésta limpia y aseada.

La joven, ahorrativa y gran administradora, pudo ir adquiriendo lo más elemental para rellenar el piso y poco a poco, los muebles, fueron ocupando los puestos a ellos destinados, convirtiéndose la casa en un alegre nido, donde la joven, risueña y feliz, cantaba como un pájaro.

La única nube que ensombrecía su felicidad, era observar que el viejo dibujante se iba apagando lentamente, minado por una enfermedad que tanto tenía de tristeza como de reminiscencias de su antigua falta de alimentación.

Los médicos habían advertido a la muchacha que lo que su padre necesitaba era una larga temporada de reposo, una alimentación escogida y media docena de meses en un sanatorio a la orilla del mar, pero cuando ella le hablaba del caso, él afirmaba que su descanso llegaría el día que le enterrasen, pues ni tenía recursos para seguir el costoso plan, ni podía dejar abandonada a su hija falta de su amparo.

Desde hacía algún tiempo, el viejo Wall se sentía más agotado y más falto de fuerzas para acudir al trabajo y dos días antes, al pretender, por la mañana, levantarse del lecho, sufrió un mareo que le obligó a permanecer acostado, sin alientos para abandonar la casa.

Conociendo a Wallace, temió que éste se sintiese enojado por su ausencia, pero mandó aviso al estudio para que en todo momento supiesen de él.

Aquella mañana, Margarita acababa de administrar una tisana al enfermo, que quedó bastante tranquilo de la fatiga que le consumía, cuando un auto se detuvo a la puerta y al asomarse la joven a la baja ventana, vio la figura un tanto grotesca de Wallace, con sus blancas patillas, su chistera y su ajustada levita.

Wallace, al verla asomada, preguntó:

—¿Vive aquí Wall Belfin?

—Sí, señor, es mi padre. ¿Deseaba usted algo de él?

—Sí. Haga el favor de abrir, soy su jefe y deseo verle.

La muchacha, un poco nerviosa, franqueó la entrada y los agudos ojos de Wallace observaron la limpieza, el orden y el ambiente sencillo que reinaba en la casa.

—¿Quiere decir a su padre que estoy aquí?

—Un momento, señor. Hace muy poco que quedó dormido después de una noche fatal de tos y me había propuesto no molestarle por nada del mundo, pero si le urge...

La joven cruzó un corto pasillo y abrió una estancia al final. Wall, a, quien había despertado el ruido del claxon, preguntó al ver a su hija:

—¿Quién es, Margarita?

—Papá, es tu jefe que viene a verte.

Wall palideció al anuncio de tal visita y con voz velada, contestó:

—Hazle pasar y no nos interrumpas. Es muy raro para sus cosas y no le agradan las interrupciones.

La muchacha hizo pasar al viejo a la alcoba del enfermo y, cerrando discretamente la puerta, se entregó a sus domésticas faenas.

Realmente, no había dado gran importancia a la visita, pues amante de su padre, creía que éste se merecía la molestia que su jefe se tomaba visitándole.

Cuando Wallace se vio a solas con Wall endureció los rasgos de su rostro y exclamó:

—¿No ha encontrado usted una ocasión mejor para ponerse enfermo? Es usted lo más inoportuno que he conocido.

—Señor Wallace —replicó el enfermo con fatiga—, usted puede apreciar que no es holgazanería. Me ha visto usted todos estos días realizando esfuerzos para acudir al trabajo, pero ya no puedo más. La cabeza me da vueltas y el pecho se me desgarrá por la tos... No puedo trabajar así...

—Pues tiene usted que hacerlo mañana mismo. Tengo una cosa urgentísima que resolver y usted sabe que esa clase de trabajos ninguno otro puede hacerlos.

—Pero no puedo, señor Wallace. ¿No lo ve usted mismo?

—No veo nada, Wall. Le pago bien para que me sirva y debe hacerlo aunque se muera sobre el tablero. Le necesito mañana por la mañana y le dirá a su hija que no vendrá a comer ni a cenar. El trabajo le ocupará bastantes horas y ha de quedar concluido mañana mismo.

—Lo siento, pero no puedo. Es más, creo que debo atender los consejos del médico y descansar algún tiempo o... dejaré a mi pobre hija en la más espantosa orfandad.

Wallace, furioso al oír al artista, rugió:

—¿Descansar?... ¿Marcharse? ¿Dejarme abandonado cuando necesito de usted con premura? No lo sueñe, Wall, y escuche esto. Si mañana no le veo en el taller a su hora, acabaré con todos esos sueños infantiles que posee. Descubriré a su hija la verdad de su

doble vida y le amargaré las pocas o muchas horas que le quedan. Ya lo oye.

Wallace se levantó furioso dispuesto a marcharse y el enfermo, aterrado, se incorporó en el lecho para suplicar piedad, pero acometido de un síncope, cayó desplomado.

Wallace le contempló fríamente y, saliendo al pasillo, volvió a la sala, diciendo a Margarita:

—Me voy. Creo que debe usted volver al cuarto con su padre y atenderle; se ha desmayado, pero pasará pronto. ¡Ah! Adviértale que mañana sin falta le espero a las ocho.

Margarita, asustada, no tuvo tiempo de replicar. Corrió a la alcoba de su padre y se lo encontró desmayado y con una palidez que le aterró.

Alocada se dirigió a un establecimiento próximo desde donde llamó al médico por teléfono. Afortunadamente, aquél se encontraba en su casa y acudió en seguida.

Cuando examinó a Wall, movió la cabeza con pesimismo y preguntó:

—¿Ha sufrido alguna contrariedad violenta?

—No lo sé, doctor —respondió la muchacha sollozando—. Hace un momento le visitó su jefe y no sé lo que hablaron. Quizá se ha disgustado porque su jefe pretende que vuelva mañana al trabajo.

—¡Ese hombre es un salvaje! —gritó el médico—. ¿Volver al trabajo? Ni soñarlo, señorita Belfin. Su padre no podrá ocuparse de nada lo menos en un mes, y esto, teniendo con él un cuidado exquisito.

Recetó una medicina, que la joven adquirió inmediatamente y durante varias horas, Wall pareció como si estuviese muerto, sin moverse lo más mínimo.

Por fin, poco a poco, fue recobrando vida y era ya de noche cuando abrió los ojos y volvió a la realidad.

Miró espantado en derredor y al descubrir a su hija, llorosa, sentada al pie del lecho, apretó su mano levemente y murmuró:

—¡Qué buena eres, pequeña, y cuánto te hago sufrir!

—No digas niñadas, papá —dijo ella besando su ardorosa frente—. Tú sabes que por ti haría el mayor sacrificio del mundo.

—Lo sé, hija mía, y por eso mismo... ¿Dónde está él?

—¿Quién, papá?

—Wallace.

—Se fue. Es un monstruo.

—No lo sabes bien, hija mía. Es... algo peor.

Un golpe de tos, que medio le ahogó, le tuvo privado de hablar durante algún tiempo; luego, musitó roncamente:

—Hija mía, presumo que voy a vivir poco, tan poco que el corazón me dice que mis horas están contadas y como no quieroirme de este mundo con la conciencia sucia de haberte ocultado el gran secreto de mi vida, quiero desahogar ahora mi pecho contigo, aunque después me maldigas.

El pobre viejo, con voz velada y cada vez más falto de fuerzas, hizo un relato breve, pero conciso de su odisea y de la forma en que Wallace le tenía aprisionado.

—Ya sé que no tengo disculpa —terminó diciendo—, pero me queda el consuelo de pensar que lo hice por ti porque tú lo mereces todo... hasta el sacrificio de que yo muera en un presidio.

—¡No, eso no será! —afirmó la joven con los ojos brillantes de rabia al darse cuenta de toda la maldad que encerraba el alma de aquel villano—. Yo hablaré con él y le convenceré.

—¡No lo intentes, hija mía! —suplicó el enfermo espantado—. Sería peor, pues al saber que le he descubierto, será capaz de tomar mayores represalias.

La muchacha, al observar el terror de su padre, no insistió por miedo a agravar su estado, pero en su fuero interno se prometió visitar a Wallace y hasta se juró que si su padre moría por su culpa, era capaz de matarle, aunque después ella también terminase en un penal.

* * *

Al día siguiente, el médico ordenó administrar al enfermo una inyección de morfina para conseguir que descansase y cuando Margarita supo que durante algunas horas dormiría bajo los efectos de la droga, tomó una decisión heroica. Iría a ver al viejo tirano y se enfrentaría con él. Si Wallace se obstinaba en denunciar a su padre, ella le denunciaría a él pagándole con la misma moneda.

Cuando le fue anunciada la muchacha, Wallace se mostró sorprendido, pero lleno de curiosidad por saber lo que pretendía de él, dio orden de hacerla pasar al despacho y ordenó que le avisasen

si llegaba Saúl.

Wallace indicó una silla, pero Margarita, fingiendo no haber captado la invitación, exclamó:

—Señor Wallace, vengo a decirle a usted sencillamente que lo que hizo ayer con mi padre es monstruoso e indigno de un hombre que se tilda de educado y humano.

El viejo, que no esperaba aquella reprensión, frunció las cejas y mirando a la muchacha con dureza, replicó:

—Señorita, he tenido la cortesía de recibirla a usted por tratarse de una mujer, pero si ha venido para erigirse en juez severo de mis actos, creo que nada tiene que hacer aquí. Es a su padre al que necesito.

—Mi padre no podía venir y usted lo vio ayer bien claro. Sin embargo, cruel y despiadado, le amenazó si no acudía hoy al trabajo. Pues bien, vengo a decirle a usted que está muy grave y quizá no se encuentre en condiciones de volver nunca más a este antro indigno. Si curase no volvería jamás.

—¿Quién lo iba a impedir? —preguntó él amenazador.

—¡Yo! —afirmó la joven bravamente.

Wallace rompió a reír muy divertido y repuso:

—No sabía que poseyera usted ese poder sobrenatural. ¿Le ha informado su padre de lo que le puede suceder si se atreve a contravenir mis órdenes?

—Sí, me ha informado.

Wallace la miró con asombro e insistió:

—¿De verdad que le ha informado totalmente?

—Le he dicho que sí... Ahora escúcheme bien. Mi padre está al borde del sepulcro, es fácil que no se reponga de este golpe, porque usted se lo asestó bien certero, pero no desdén mi amenaza; si usted se atreve a denunciar a mi padre usando ese documento que le hizo firmar amparándose en el cariño que él me tiene, yo le juro que a mi vez le denunciaré y haré que le persigan por falsificador y fullero.

Wallace se levantó indignado al oír la amenaza y estuvo a punto de lanzarse sobre la muchacha, pero serenándose rápidamente, objetó:

—Posiblemente lo intentaría, pero se vería defraudada en sus propósitos. Tengo mis medidas bien tomadas y su padre iría a morir

a la cárcel, no lo olvide. Tiene un historial antiguo que agravaría su situación y nadie le creería. Por otra parte, usted no saldría del pleito, pues todo el mundo sabría que es usted la hija de un ladrón y un falsificador.

—¡Mentira!... ¡Mi padre no fue un ladrón!

—Quizá no lo sea; que lo demuestre refutando el fallo de los tribunales que le juzgaron. Pero yo podría demostrar que es falsificador, porque tengo pruebas.

—Que se volverían contra usted. Ha trabajado para sus chantajes y estafas.

—No. Ha trabajado para otros. No sería yo el que le denunciase, sino alguien que se haría pasar por cómplice suyo en el asunto. Tengo todo bien preparado para evitar cualquier trampa en que me quieran meter.

Margarita, a medida que él hablaba, sentíase más deprimida. Comprendía que se las estaba habiendo con un ser tan depravado como listo y saldría derrotada en cualquier batalla iniciada contra él, si no era que por miedo intentaba suprimirla, pero la salud y la vida de su padre requerían de ella el máximo esfuerzo y estaba dispuesta a realizarlo a costa de lo que fuese preciso.

Variando súbitamente de táctica, suplicó:

—Pero usted no debe exponerse a ver mezclado su nombre en un asunto tan escandaloso. Nada le cuesta conceder a mi padre una libertad que a lo peor para nada sirve. Está muy enfermo y el médico asegura que sólo se salvaría yendo medio año a un buen sanatorio.

Wallace, que se había dedicado a contemplar a la joven con interés, intrigado por su belleza y energía, así como por su aire de distinción, preguntó bruscamente:

—¿Querría salvar de verdad no sólo la vida sino también el honor de su padre?

—¿Estaría aquí si así no lo quisiera?

—Pues bien, tiene en su mano lo que anhela.

—¿Qué ha de pedirme a cambio? —preguntó ella tensa.

—Reemplazar a su padre en el trabajo.

—¡Yo no sé dibujar!

—No se preocupe por eso, su trabajo será muy femenino. Necesito una mujer joven, bonita y atrayente, para seducir a un

hombre y usted es la mujer ideal para ello.

—¿Qué es lo que me propone usted? —preguntó Margarita, sintiendo que el rubor encendía sus mejillas.

—Casarle con él —fue la respuesta fría e incisiva.

—¿Está usted loco? ¿Cree acaso que me voy a casar con el primero que me propongan sin saber quién es?

—No se preocupe por eso, porque se trataría simplemente de una comedia. Tan pronto como se uniesen, serían divorciados con el tiempo justo para tramitar el expediente y más tarde, recibiría una gratificación de cinco mil libras, amén de los gastos de sanatorio y curación de su padre, de los que yo me encargaría mientras llega el momento de la boda.

—¿Y el documento y la libertad absoluta de mi padre?

—Todo lo obtendría, porque ultimada su misión, no lo necesitaría para nada. Piénselo, porque jamás se le presentará una ocasión como ésta para salvar a su padre y ganar cómodamente una buena cantidad de libras.

Margarita quedó rígida sin atreverse a responder a tan extraña proposición. La oferta era tentadora, no por lo que encerrase de egoísta para ella, sino porque liberaba a su padre de aquella argolla moral que le aniquilaba y al mismo tiempo, le brindaba los medios económicos para llevarle al sanatorio donde podría salvar su vida.

Pero pese al deseo que sentía de llevar a cabo tan filial misión, el sacrificio le parecía tan horrendo, y el inmediato porvenir tan obscuro, que su espíritu se rebelaba negándose a aceptar. No sólo debía casarse con un hombre a quien no conocía, sino que nadie podía decirle qué responsabilidad criminal podría caberle en aquel tenebroso asunto y por ello no se decidía a aceptar la proposición.

—Deme más detalles del asunto y le contestaré —repuso.

—No puedo, porque es mi secreto, pero para calmar sus escrúpulos, le diré una cosa. Usted se casará, cada uno saldrá por un lado y al mes justo se habrá tramitado el divorcio. En cuanto a la persona, sepa que se trata de un hombre con quien seguramente le gustaría verse casada en la vida real.

—Acepto con dos condiciones. Una, que esa boda sólo será una comedia sin ningún trato especial entre ese hombre y yo, y otra, que inmediatamente se ocupará de hacer que trasladen a mi padre a un sanatorio, donde abonará por adelantado seis meses de estancia

y a mí me seguirá abonando su sueldo mientras actúe.

—No hay inconveniente —repuso Wallace resplandeciente de júbilo—. Hoy mismo puede ocuparse de buscarle el sanatorio que más le agrade y ajustar el precio de la estancia. Me pasa la factura y... Espere, le daré un cheque por el importe del sueldo adelantado de esos seis meses. ¿Desea alguna garantía más?

—Me basta.

—Muy bien, pero piense que no admito traiciones ni defecciones. Tendrá que enamorar a un hombre, casarse con él y divorciarse. En su momento recibirá instrucciones más concretas sobre su actuación.

Margarita asintió y Wallace extendió el cheque que ella guardó en su bolso con mano trémula.

En aquel momento, le avisaron que Saúl acababa de llegar. Wallace advirtió a la joven.

—En el vestíbulo encontrará a un joven. Fíjese bien en él porque tendrá que alternar en la misión. No... no se trata de él, sino de otro, pero si sirve mi consejo sepa que ése no es un buen partido para usted, que pretende mostrarse honesta y virtuosa. En su historia hay una mancha tan grande como la de su padre. ¿Entiende?

Y haciendo un elegante gesto de despedida, la acompañó hasta la puerta, recordándole:

—No olvide que en cuanto su padre esté en el sanatorio, la espero para actuar a mis órdenes hasta el final.

Saúl, que paseaba displicente por el recibidor, volvió la cabeza al salir la muchacha del despacho y quedó admirado de su gracia, su porte y su aire atrayente. Sin querer, clavó en ella sus ojos y la siguió hasta que desapareció por el pasillo hacia la escalera.

Margarita, a su vez, atendiendo el consejo de Wallace, miró a Saúl de soslayo y se preguntó quién sería aquel joven, elegante, despreocupado y de aspecto simpático, quien según Wallace estaba ligado a él por lazos tan trágicos e irrompibles como los que ataban a su padre y, desde aquel momento, a ella misma.

Saúl, después de seguirla con los ojos, avanzó hacia el despacho, empujó la puerta y su primera pregunta al entrar, fue:

—¿Quién es esa joven tan linda que acababa de salir?

Wallace contestó secamente:

—Ahora una cualquiera, pero desde mañana será su hermana de usted y como tal habrá de tratarla. Pase y le diré cosas muy interesantes, pues ha llegado el momento en que debe usted justificar el sueldo que gana y que hasta ahora no lo ha justificado.

CAPÍTULO V

INTENTOS DE APROXIMACION

Tres días más tarde, el viejo y caduco Wall era trasladado en una ambulancia a Colchester, para ser instalado en un sanatorio que se levantaba a la orilla del mar.

Margarita no se había andado con rodeos para buscar para su padre el mejor sanatorio, y aunque Wallace puso un gesto muy agrio al recibir la costosa factura por los seis meses, la abonó sin oposición.

El enfermo se negaba a semejante gasto, pues creía que su hija iba a empeñarse en cosas superiores a ella, pero la joven le aseguró que los gastos corrían por cuenta de Wallace, que se había brindado a abonarlos.

—No puedo creerlo, Margarita —dijo—. Wallace no tiene entrañas y es incapaz de semejante sacrificio por nadie.

—No digas simplezas, papá —afirmó la muchacha con una forzada sonrisa—. Wallace te necesita y puesto a tasar tus servicios, comprende que gana más curándote que dejándote morir cuando es tiempo de salvarte.

—Sí, es lógico, pero lo que siento es eso, curarme, si he de tener que continuar sirviendo sus oscuros planes.

—No te entristezcas por eso, papaíto. Quizá cuando estés bueno, encuentres la manera de esquivar ese compromiso. Lo principal es que te repongas... por mí.

—Tienes razón. Debo hacerlo por ti. Pero dime: ¿Cómo ha podido cambiar tan radicalmente de criterio, después de su brutal amenaza?...

—Te lo diré, pero no me riñas. Aprovechando tu sueño, fui a verle y a suplicarle. Tuve la suerte de conmoverle y después de

disculparse por sus violencias, me ofreció en compensación abonar los gastos de tu enfermedad. Eso es todo.

—Bien, pero... ¿cómo vivirás tú mientras?

—Me ha prometido abonarme mensualmente tu sueldo. Dice que hace pocas obras de caridad, pero que cuando se decide a hacer una, la completa.

El enfermo miró inquieto a su hija, que parecía rehuir sus miradas e imploró suavemente:

—Margarita, ¡por Dios!, dime la verdad. ¿No te ha propuesto nada deshonesto a cambio de su magnanimidad?

Margarita sintió que se ahogaba al oír la pregunta, pero apelando a su heroísmo, repuso con tranquilidad:

—No. Créeme. Si algo bueno hay en él, es que ni me ha hecho el amor ni me ha insinuado nada ofensivo.

—¿Crees que lo hará?

—¿Por qué había de hacerlo?

—No sé. Es decir, sí lo sé. Tú eres joven, bonita, atrayente y... ¡Júrame que ni aun por salvar mi vida atenderías cualquier insinuación de ese monstruo!

—Te juro que nada que afecte a ese hombre podrá vencer mi decisión —afirmó ella enérgica.

—Te creo, hija mía, y ahora puedo irme tranquilo, anhelando restablecerme pronto para volver junto a ti. Pondré cuanto pueda para acelerar mi curación.

Margarita, emocionada, besó a su padre y le dejó marchar en la ambulancia, prometiendo ir a verle cuando las circunstancias se lo permitiesen.

Cuando la muchacha se encontró sola, una inmensa tristeza la invadió. Ahora, lejos de su padre, que era para ella todo en el mundo, se sentía más desamparada que nunca y comprometida a un trabajo que ignoraba cómo sería capaz de llevar adelante.

Pero fiel a su promesa y deseando rescatar aquella fatídica confesión, que era la sombra de un panel entre ella y su padre, se dispuso a cumplir su cometido, venciendo la cruel repugnancia que le producía.

Cuando por fin visitó a Wallace para comunicarle que estaba a su disposición, el usurero dijo:

—Como habrá usted comprobado, yo la he servido lealmente.

Espero que cumpla igual conmigo hasta el final.

—¿Cuándo debo empezar mi misión y en qué consiste?

—Primeramente, visitará dos o tres modistos de fama y encargará un buen vestuario. No le doy carta blanca para que se haga ropa como para llenar un camión, pero sí puede hacerse media docena de trajes de última moda, lindos y sugestivos y, sobre todo, un par de ellos de ésos que ustedes llaman de noche. Se verá precisada a alternar en locales de lujo y debe aparentar ser la mujer que yo deseo que represente.

—¿Cuál es mi papel para que yo tenga idea de la clase de vestidos a escoger?

—Será usted la hermana de ese joven que vio ayer y éste la presentará a un aristócrata que tiene mucho dinero. Ahora ya sabe cuál es su personaje.

—Bien, pero necesitaré zapatos, sombreros, guantes, bolsos, medias... Alguna joya, una salida de teatro...

—Sí, sí, claro —afirmó Wallace sudando copiosamente—, eso me va a costar una fortuna, pero «París bien vale una misa». Aquí tiene un cheque de dos mil libras. Adquiera lo preciso y ya ajustaremos cuentas.

Ella, con saña, preguntó alevosa:

—¿Debo lucir alguna joya? No olvide el papel que me asigna. Yo no pido nada para mí ni lo deseo, pero si he de ser buena actriz, debo proceder a tono.

—Claro... claro... ya me encargaré yo de eso.

El ordenanza llamó para anunciar a Saúl. Wallace dio orden de hacerle pasar.

Cuando tuvo a los dos reunidos, cerró la puerta y los pasó al antedespacho.

—Voy a presentarles —dijo—. La señorita Belfin y Saúl Boyd.

Éste ofreció efusivamente su mano a la joven, mientras ella se limitaba a ofrecerle la suya fríamente.

—Tanto gusto, señorita Belfin —afirmó Saúl—. Presiento que seremos buenos amigos.

—Se equivoca usted, señor Boyd, seremos simplemente dos aliados circunstanciales, que trabajaremos a las órdenes del señor Wallace sin más conexión ni amistad. No me importa su moral de usted, porque no la voy a compartir, pero sí la mía. Si un suceso

trágico me alía a usted, esto no significa que debo mantener amistad con quien moralmente no lo merece.

Saúl enrojeció al oír a la muchacha, pero luego, reaccionando, rompió a reír y replicó:

—Muchas gracias por la advertencia, señorita Belfin. Ignoro su vida y los motivos de esta alianza, pero respeto sus opiniones; no seremos amigos, puesto que usted lo rechaza, pero seremos buenos aliados.

Wallace, encantado de la energía de la joven, insinuó:

—Me parece bien su actitud, Margarita. Con ello nos evitaremos ciertos peligros. Se trata de trabajar unidos en un asunto muy delicado y cualquier sentimentalismo podría estropearlo todo. Siga usted esa misma conducta, Boyd, y todo marchará perfectamente.

—Serán ustedes complacidos —afirmó el joven.

—Bien. Ahora oigan lo que deberán hacer. Saúl se trasladará al Carlton donde pedirá dos buenas habitaciones y otras dos contiguas para su hermana, que en breve llegará de Nueva York. Usted se inventará la historia que quiera para justificar que tiene esta hermana y por qué viene a Londres.

—¿Justificar ante quién? —preguntó Saúl.

—Eso no le importa por ahora, pero es preciso que invente usted una historia cuanto más sentimental mejor, para interesar al duque. Su amistad de usted servirá para ligar también la de su hermana y las tres serán uña y carne en el futuro.

—¿Cuál es su plan? —preguntó Saúl—. No me importa la finalidad, pero sí el objeto, para saber cómo debo maniobrar en este espinoso asunto.

—Para usted no será espinoso, porque la parte más difícil correrá a cargo de su aliada. Usted se limitará a presentarla y a intentar que el duque se interese por ella y no acierte a separarse de su lado. Margarita tiene que enamorar al duque o al menos interesarle sentimentalmente. Lo demás vendrá después.

—Enterado. ¿Qué más debo hacer?

—De momento nada más. Mientras, Margarita prepara su equipaje, pues debe llegar por tren y usted deberá bajar a esperarla —si es posible, con el duque—. Usted se instala en el mismo hotel que éste y le prepara para alternar con su fingida hermana. Yo arreglaré todo lo concerniente a la joven y hasta la procuraré

documentación con el nombre preciso para evitar cualquier descuido que pueda estropear mis planes. Eso es todo.

—¿Debo fijar fecha de llegada?

—A principios de la semana entrante. Aquí tiene un cheque para que reserve ahora las habitaciones y haga su traslado. Véame a diario para recibir instrucciones.

Y señalando la puerta, añadió:

—Puede marcharse, pues ya no le necesito.

Saúl, comprendiendo que el viejo quería hablar a solas con la muchacha, abandonó la agencia, pero intrigado por la nueva situación y deseando adquirir datos de aquella joven altiva y digna, a quien Wallace había enredado en su tela de araña, se ocultó en un portal fronterizo y esperó a que Margarita abandonase el edificio.

Cuando Wallace quedó a solas con la muchacha, preguntó:

—¿Tiene que pedir alguna aclaración?

—No. He aceptado una misión y debo cumplirla. Lo que sí me creo obligada a advertir es que está jugando usted una partida de ajedrez a ciegas. Mueve usted los peones sin saber si coinciden, y esto es peligroso, porque pretende nada menos que yo enamore a un duque, como si por una influencia extraña se pudiese disponer del corazón ajeno.

—No se preocupe por eso. Haga lo que haga, tendrá que casarse con usted y esto es suficiente para mí.

—¿Tan seguro está usted de conseguirlo?

—Usted habrá de verlo en el momento oportuno. Soy hombre que jamás hace nada a medias. Puede juzgar por usted.

Como de momento no tenía que dar nuevas instrucciones, despidió a la muchacha, recomendándole que activase lo relacionado con la modista y que le avisase el momento en que estaba en condiciones de actuar.

Margarita abandonó la agencia agitada y llena de sobresalto.

Tan distraída iba que no se dio cuenta de que alguien se colocaba a su lado, saludándola simpáticamente:

—Bien, mi querida aliada. ¿Es que pretende que le atropelle algún auto y le impida representar su brillante y seductor papel?

Margarita levantó la cabeza, dándose cuenta entonces, no sólo de la presencia de Saúl, sino de que se había descuidado descendiendo del bordillo de la acera expuesta a ser atropellada por

algún vehículo.

Ruborizada por el descuido, se apresuró a volver a la acera y mirando glacialmente a Saúl, preguntó:

—¿Es que me estaba espiando?

—No. La estaba esperando, que no es lo mismo.

—¿Es que desea algo de mí?

—Sí. Charlar un momento con usted. Vamos a ser aliados en una causa «noble», ideada por nuestro común «amigo» Francis Wallace, y creo que no estaría de más cambiar impresiones y empezar a conocernos más a fondo.

—Lo lamento, pero no dispongo de tiempo para escucharle.

—No le robaré minuto alguno. Me limitaré a acompañarla adonde vaya y por el camino...

La joven, que se dirigía a su casa, sintió miedo de que él supiese dónde vivía y más aún que la vieses en compañía de él y, parándose en seco, replicó:

—Menos aún. Voy a mi casa y no quiero que la gente interprete de un modo sospechoso su compañía.

—Lo comprendo y comparto su opinión. Concédame un cuarto de hora tomando un aperitivo en cualquier establecimiento y prometo no acompañarla, ni realizar indagaciones acerca de su persona. Creo que no puedo ser más cortés.

Margarita, comprendiendo que no podría librarse de él si no aceptaba su propuesta, replicó:

—Bien; me veo forzada a complacerle contra mi voluntad. Dígame donde vamos a ir.

—Al primer bar que encontremos al paso.

Treinta yardas más adelante, un café poco concurrido les brindó asilo y Saúl, eligiendo el rincón más solitario, se sentó, invitando a la joven a que le imitase.

Ella, grave y rígida, se despojó del sombrerito, dejando flotar al aire su rubia y bien rizada cabellera y Saúl no pudo por menos que sentirse sugestionado por la belleza sana y sin artificio de aquella joven bonita, que desde el primer momento le había interesado.

El camarero les sirvió un aperitivo y cuando quedaron a solas, ella preguntó impaciente:

—No lo piense y dígame lo que tenga que decirme.

El reflexionó un momento y repuso:

—Realmente no sé cómo empezar, señorita Belfin. Estoy tan huérfano de antecedentes suyos, que quisiera hablar seriamente con usted y me siento temeroso de molestarla sin propósito deliberado.

Ella no comprendió aquella sutil delicadeza y contestó con tono incisivo:

—¿Cómo trataría usted a cualquier mujer con la que se aliase para cometer una canallada?

—Perdón, yo sé cómo la trataría, pero con usted no puedo obrar así. Ha tenido la valentía de marcar una línea divisoria que al parecer nos separa y éste es mi apuro. Si realmente supiese quién es usted, sabría cómo decirla lo que pienso.

Ella, desconcertada, declaró después de un momento de vacilación.

—Como tarde o temprano tendrá usted que conocer mi personalidad, no tengo inconveniente en anticiparle mi filiación. Soy una muchacha honesta y virtuosa, que hasta este momento nada indigno tiene que reprocharse. Si he accedido a representar a ciegas un papel infame y repugnante, no lo hago por mí, sino por salvar a mi padre de las garras de este monstruo, que lo tiene cogido por medio de un documento cuyo rescate es el que me interesa. Ahora, si usted se puede mostrar a mis ojos tan heroico y libre de pecado como yo, acaso pueda mirarle con más simpatía y juzgarle una víctima del destino, como lo soy yo.

Saúl quedó un momento serio, para después contestar:

—No. Realmente no estoy en sus condiciones y por lo tanto, no puedo parangonarme con usted... Si pregunta por mí en los centros donde alterno, le dirán que soy un joven alegre, amable, algo frívolo, pero decente y honrado dentro de mi frivolidad. Me creen rico y como a tal me acogen y tratan, aunque en realidad, mi riqueza es un tanto ficticia... Heredé un buen puñado de libras en Australia y vine a Londres ganoso de disfrutarlas, sin darme cuenta de que esa cantidad era como el que guarda agua en una cesta. Hasta ahora, tampoco tengo que reprocharme ninguna acción inicua, pero como usted, seré dentro de poco un perfecto granuja forzado por las circunstancias.

—¿Qué le ata a usted a ese miserable? —preguntó ella.

—Algo similar a lo que ata a su padre. Un documento que puede llevarme a la cárcel para muchos años.

—¿Falsificación? —preguntó Margarita intrigada.

Saúl vaciló un momento y por fin, repuso:

—Sí y no. Un día me calenté los cascos jugando en el «Rockey» y ese granuja me ganó unos miles de libras. No pude pagárselas y para no verme deshonrado y en la miseria, le firmé un cheque con una firma falsificada y una carta reconociendo que la falsificación era mía. Confiaba en recibir a tiempo dinero para rescatar esa fatal declaración, pero no fue así y me vi prisionero de Wallace. Eso es todo.

Margarita no se atrevió a hacer comentario alguno. Estudiaba los ojos alegres y reidores de Saúl, su apuesta figura, su rostro simpático y atrayente y la nobleza que emanaba de su fuerte personalidad y se decía que no existía razón para que un joven decidido, lleno de vida y de energías, pudiese haberse dejado ganar por la molicie y el lujo de una vida falsa, para caer después en una ciénaga de la que ya no podría salir nunca purificado.

Él, como si adivinase sus pensamientos, repuso:

—Ya sé lo que está usted pensando y lo comparto, pero eso no es obstáculo para que en el fondo de mi alma, queden muchos residuos buenos que explotar. Lo que pueda ser de mí, no me importa. Soy hombre, mi calidad de tal me obligaba a medir mis actos y no lo hice; mala suerte y a pagar las consecuencias. Pero me da pena que usted, pura y sin mancha, sacrificándose por una causa sublime, se vea envuelta en el mismo ambiente y termine por purgar un delito cuyas raíces son distintas al mío.

—Gracias por su conmiseración, pero con eso no podrá librarme del oprobio y de la vergüenza de saberme un día no lejano tan indigna como quien más.

—No, porque el motivo la dignificará. Quisiera hacer algo por usted en este terrible trance, pero de momento no veo manera. Quizá algún día...

—Gracias por el consuelo que pretende brindarme, pero es inútil. Tanto usted como yo, nos debemos a lo que no podemos evadir y habremos de cumplirlo lealmente o atenernos a las trágicas consecuencias.

—Ésa es la triste realidad. De todas formas, para mí será un consuelo saber que usted actúa bajo una presión extraña que en nada afecta a su honradez y... me alegraría que esta primera

impresión que tiene de mí, se viese un poco mejorada. No soy un depravado ni un criminal nato y aunque sirva a una causa infamante, me sentiría aliviado al saber que los que actúan conmigo no me juzgan tan despiadadamente.

Había tal acento de sinceridad en las palabras del joven, que Margarita, un tanto emocionada, y dando al olvido sus propias preocupaciones, se sintió inclinada a mostrarse benévola con él.

—No se preocupe, porque ya lo he olvidado. Creo que lamento lo que le dije en el despacho de Wallace y...

—No se exculpe. Me basta con que me crea un amigo sincero, dispuesto a ayudarla cuanto pueda y prometo intentarlo hasta donde lleguen mis fuerzas.

—Gracias; lo tendré en cuenta aunque para nada sirva.

Margarita, entendiendo que ya no había más que hablar, se dispuso a abandonarle.

Saúl, satisfecho del resultado de la entrevista, la acompañó hasta la puerta ofreciéndole su mano:

—No me brindo a acompañarla, porque comprendo sus escrúpulos, muy justificados.

—Me alegro que así sea. Debo guardar las formas y evitar que nadie se fije en mí y haga más difícil mi situación.

—¿Nos veremos pronto?

—No lo sé. Creo que estaré preparada para actuar dentro de siete u ocho días.

—Bien. No me creo autorizado a invitarla entretanto, más que nada por si ese cerdo de Wallace nos ha puesto algún espía y complica nuestra situación. De todos modos, dentro de poco tendremos que convivir y tiempo tendremos de seguir cambiando impresiones para defendernos de ese buitre... si es posible.

Ambos se estrecharon las manos y Margarita, grácil y nerviosa, se alejó seguida por la mirada de Saúl. Éste, subyugado por la valentía de la muchacha, se quedó un buen rato clavado en la acera, viendo cómo se alejaba hasta que la perdió de vista.

Lo que el destino le tenía preparado, aún estaba lejos y, cuando llegase, ya vería la forma de sortearlo lo más hábilmente posible, para escapar de la red tendida por aquel miserable usurero.

CAPÍTULO VI

PREPARANDO LA TRAMPA

Saúl, cumpliendo las instrucciones de Wallace, se trasladó al hotel Carlton, haciéndose reservar cuatro magníficas habitaciones con balcón a la calle y puertas de comunicación entre sí.

Ya que el usurero abonaba el gasto, se aprovecharía de su forzada generosidad, por lo que los departamentos reservados eran dignos de los ocupados por el duque.

Cuando se halló instalado y Margarita próxima a aparecer, Wallace reclamó de su aliado datos concretos para saber cómo marchaba el asunto.

—¿Ha hecho usted saber al duque la próxima llegada de su ficticia hermana? —le preguntó.

—¿Cuál era mi misión sino ésta? —repuso Saúl—. Se lo he hecho saber mostrándome algo contrariado por su llegada. Mi hermana Margarita es una muchacha bien educada, guapa, lista, pero un poco corta de genio, se ha educado con unos tíos muy severos de York y, claro es, la muchacha no está en situación de alternar con desenvoltura en sitios como los que nosotros frecuentamos. Mi amigo el duque, que es un hombre muy demócrata, ha tratado de librarme de esa preocupación, asegurando que en pocos días se aclimatará al ambiente y se ha brindado a ayudarme acompañándonos a lugares donde la pobre se vaya acostumbrando a nuestra frivolidad.

—¿Ha ofrecido ir con usted a la estación a buscarla?

—Le he comprometido indirectamente. Como yo no tengo auto, me ha ofrecido el suyo. Espero que, como de costumbre, lo conduzca él mismo y esto le obligue a ir también.

—Perfectamente, mañana a las diez, que llegará el tren, bajará

usted a buscar a Margarita. Esta noche saldrá para una estación cercana y en ella tomará el tren que llega a Londres procedente de York. Ya le he dado las últimas instrucciones y espero que no cometa ninguna imprudencia propia de su nerviosidad. En usted confío para que salga al paso de cualquier flaqueza suya.

Saúl, que quería irritar al viejo, preguntó:

—¿Dónde se ha agenciado usted esa muchacha tan linda?

—Donde me agencio todo lo que necesito —fue la respuesta evasiva.

—No lo dudo, pero no tiene aire de ser mujer de mundo en el mal sentido de la palabra.

—No, no lo es, pero trabaja por cuenta ajena. Necesita algo y eso tiene un precio que debe abonar, como usted.

Wallace no dio más explicaciones y Saúl tuvo que conformarse con tan ambiguos detalles.

Al día siguiente, como había prometido, Saúl bajó a la estación de King's

Croos, acompañado del duque. Este conducía su soberbio «Sedán» de seis plazas.

Margarita, con dos grandes baúles, una enorme maleta y un maletín de mano, viajaba en un coche de primera.

La muchacha vestía un sencillo, pero elegante traje corte sastre, un sombrero recogido y un tul para evitar el polvo del viaje. Cuando el tren estuvo cerca de la estación, se acodó en la ventanilla y contempló con angustia el paisaje que le iba acercando a la gran urbe, donde había de librar una de las batallas más grandes y peligrosas de su vida, para rescatar la vida y la libertad de su padre.

Cuando el tren, resoplando como un monstruo cansado, penetró en el andén deteniéndose lentamente, Margarita divisó la airosa y elegante silueta de Saúl, que revisaba los coches buscándola y sin saber por qué, se sintió más animada y menos violenta sabiéndole a su lado.

Después de su conversación en el café días atrás, su opinión respecto al frívolo joven había variado fundamentalmente. Más que un malvado, le juzgaba un loco y sentía pena por verle mezclado en aquella siniestra conspiración de la que, como ella, podía salir para ocupar una celda en Pentonville o en otro presidio inglés.

Saúl descubrió por fin a la joven y corriendo hacia el vagón, cumplió tan a lo vivo su papel, que tomó a la joven entre sus brazos al apearse y elevándola en alto, estampó dos sonoros besos en sus mejillas, al tiempo que exclamaba gozoso:

—¡Mi querida hermanita!

Ella sintió como si hubiese estallado un ardiente volcán en su rostro al recibir el agravio de aquel par de besos y estuvo tentada de levantar la mano y descargarla sobre el rostro del osado, pero se contuvo a tiempo y llevó el pañuelo a los ojos para secar dos lágrimas de rabia que habían acudido a ellos.

Saúl comprendió que se había excedido en dar veracidad a la comedia y disculpó sus lágrimas comentando:

—¡Pobre Margarita! La emoción le ahoga. Claro, tanto tiempo sin vernos... ¡Ea! Seca esas lágrimas y sonríe, que has llegado a un mundo de color de rosa. Ven, Margarita, ven que voy a hacerte una gran presentación.

Tomó de la mano a la azorada muchacha y, poniéndola delante del duque, dijo:

—Charles... Ésta es mi hermanita Margarita, lo único que yo tengo y quiero en el mundo. Margarita, éste es nada menos que mi amigo el duque de Ascot, el hombre más simpático, bueno y elegante de toda Inglaterra.

Ella tendió su fría mano al duque y éste la tomó estrechándola efusivamente.

—Mucho gusto, señorita Boyd. Créame que es para mí un placer contarla desde hoy entre mis amistades y que tendré un gran honor en procurar ayudarla a que no se aburra en esta enorme Babel y pase a nuestro lado ratos muy agradables.

—Pues claro que los pasará, Charles —dijo Saúl—. Mi hermanita es una muchacha un poco tímida, pero en el fondo es alegre y un poco sentimental. Espero que hagamos un magnífico trío.

—Así lo creo —repuso sencillamente el duque.

Dos mozos acudieron a hacerse cargo del equipaje de Margarita y ésta, aturdida por el momento de violencia en que empezaba a encontrarse y atormentada por aquellos dos traicioneros besos administrados por Saúl, trataba de disimular su rabia y tenía la cabeza inclinada para ocultar su turbación.

Cuando llegaron al auto, el duque la tomó de la mano

invitándola a subir con fina galantería.

Fue entonces cuando ella, más dueña de sí, fijó su atención en el aristócrata.

Margarita tomó asiento en la parte trasera y Saúl se sentó a su lado. El duque contra su costumbre, había requerido esta vez los servicios del chofer y por ello ocupaba un asiento frente a los dos hermanos.

Ella y él se contemplaron con curiosidad. Margarita, preocupada por su situación, comprendía que estaba haciendo el ridículo al no hablar, mientras él, sin darse cuenta de su mutismo, charlaba alegremente y le hacía promesas de diversiones dignas de una princesa.

Saúl, dándose cuenta de la cortedad de la muchacha, le dio un suave empujón para advertirla que estaba desempeñando catastróficamente su papel y comentó:

—Bien, Margarita, comprendo tu emoción por el desplazamiento y la extrañeza del ambiente, pero esto no es obstáculo para que digas algo. Te advierto que estás en familia y que mi amigo Charles, sabe hacerse cargo de todo.

Ella, sonriendo forzosamente, repuso:

—Tienes razón, Saúl, estoy un poco nerviosa y asustada, usted —añadió dirigiéndose al duque— sabrá perdonarme. Espero que esto no me dure mucho y con ello cambiará un poco el concepto que puede haber formado de mí.

—¡Oh, no tema! —exclamó alegremente el duque—. Me hago cargo de todo. Yo he pasado seis años en la tundra sin hablar con nadie meses enteros y cuando llegué a Londres, parecía un provinciano. Esto pasará pronto.

El hielo se había roto y Margarita, un tanto más tranquila y dando al olvido el incidente de la estación, tomó parte en la conversación general, demostrando que era una muchacha amena y de talento poco ñoño.

Cuando llegaron al hotel, Saúl la condujo a las habitaciones que tenía reservadas para ella. Margarita quedó confusa ante la magnificencia del departamento y todo le parecía un sueño del que no sabía cómo ni cuándo iba a salir.

—¿Te gustan? —preguntó su fingido hermano.

—Sí, mucho; demasiado regias para mí.

—No digas niñadas, Margarita. Dos personas de nuestra posición, no podemos habitar en una casa huéspedes de Eastleigh.

Dos camareros colocaron el equipaje en el cuarto ropero y Saúl, dirigiéndose a la joven, advirtió:

—Supongo que querrás asearte un poco y cambiarte de ropa. Te dejamos, mientras, vamos a tomar un aperitivo. Luego te llevaremos a comer a Hopiun House.

—¿Qué es eso? —preguntó ella extrañada.

—Un restaurante exótico que titulan «La Casa del Opio», pero no te asustes que allí no se fuma la clásica droga, ni hemos de terminar la velada tumbados en un diván soñando con paraísos artificiales. Allí todo es normal.

Ellos abandonaron la estancia dejando a Margarita sola.

La joven, cuando se vio libre de la presencia de los dos hombres, se dejó caer sobre uno de los asientos, entregándose a amargas reflexiones.

Había empezado a representar su papel en la tragicomedia no muy brillantemente, pero sin grandes tropiezos gracias a la habilidad y mundo de Saúl. Estaba molesta con él por su atrevimiento al besarla en la estación, pero en el fondo comprendía que él también tenía que amoldarse al personaje que representaba y ello le obligaba a aparecer efusivo con la joven en aquella ocasión para dar una mayor sensación de amor fraternal.

Por otra parte, al examinar la persona del duque, se sentía un tanto confusa. Le parecía un muchacho alegre, frívolo, llano como otros muchos que ella había conocido, pero no acertaba a encajarle en una aristocracia tan pura de sangre. Le parecía bien educado, pero sin esa «pose» que según su entender, debían poseer los aristócratas ingleses.

Pero si como él había anticipado, había pasado seis años en la Policía Montada cazando forajidos, sus modales tenían que haber sufrido la contaminación del ambiente duro en que se había desenvuelto, y esto justificaba a sus ojos que su exquisitez fuese poco refinada. Pero comprendiendo que no debía descuidarse, pues no tardarían en volver en su busca, se apresuró a despojarse de las ropas del fingido viaje y tras tomar un reconfortador baño, abrió sus maletas y se dedicó a buscar un traje a propósito para la comida.

Uno de tafetán verde con sencillos adornos cuya hechura sobria,

no le daba un realce exagerado, fue el elegido. Luego, tomó un sombrero, también verde, recogido con una sencilla flor en la parte delantera y rebuscando un par de guantes y un bolso de seda, se contempló al espejo.

—Creo que debo reconocer que he nacido para duquesa. Lástima que todo esto no sea más que una trágica máscara indigna de una mujer decente como yo.

Sus reflexiones fueron cortadas por unos discretos golpes dados en la puerta. Ella, sobresaltada, exclamó:

—Adelante.

La puerta se abrió y Saúl apareció en el vano. Llegaba solo y al observar la elegante figura de la joven, quedó boquiabierto contemplándola con asombro.

—¡Por San Jorge! ¿De verdad que es usted misma?

Ella le miró con severidad y preguntó agriamente:

—Supongo que esto no le dará nuevo motivo para sentirse entusiasmado y volver a darme otro par de besos como con los que me ultrajó en la estación.

El, cambió el gesto por otro más grave y repuso:

—Perdón. Comprendo que esté usted enojada conmigo, pero... me posesioné demasiado de mi papel y quise mostrarme a los ojos de mi amigo tan apasionado hermano, como había fingido serlo. No me lo tome tan en cuenta, porque no tuve la intención de agraviarla.

—Bien. Ya no tengo más remedio que darlo al olvido, pero espero que no prodigue esas manifestaciones de cariño fraternal, porque se expone a que el espectáculo que dé sea catastrófico para todos.

—Procuraré reprimirme, aunque le confieso que me costará mucho trabajo. Si yo hubiese tenido una hermana tan linda como usted, no me cansaría de besarla nunca y si Dios hubiese hecho que en lugar de hermana fuese otra cosa para mí...

Ella se ruborizó amenazando con arrojarle el bolso y Saúl, reprimiendo una sonrisa humorística, agregó:

—No me tome en cuenta las majaderías que diga, Margarita. Soy un hombre alegre, dinámico y jovial y siento un verdadero culto por elogiar a la mujer si, como usted, es un emporio de bellas cualidades. ¿Vamos? Mi amigo Charles nos espera abajo en el auto

para ir a almorzar y no es correcto hacerle esperar tanto.

—¿Cuál es la segunda parte de mi papel? —preguntó ella.

—Mostrarse alegre, comunicativa y menos asustada. No olvide que su misión es interesar al duque y que si no me ayuda a ello, todo el retrato moral que he hecho de usted quedará desvanecido y nada se conseguirá. El duque no es un ferroviario cualquiera, porque varios miles de libras no se consiguen de cualquier forma.

—¿Y a mí qué me importan?

—Claro que no, pero no olvide que con ellas va a rescatar la vida y la libertad de su padre y que eso, para una buena hija como usted, vale por todos los millones.

Y tomándola del brazo con familiaridad, la sacó de la estancia para llevarla al ascensor.

Minutos después, el soberbio auto volaba por las calles de Londres camino de «Opium House».

* * *

Durante quince días la situación varió muy poco.

El duque, cada vez más interesado por la joven, se mostraba solícito con ella y siempre estaba inventando fiestas, excursiones, almuerzos, veladas y diversiones, para ir la acostumbrando al ambiente de Londres y hacer de ella la señorita que quería representar.

Pero a pesar de este interés por parte de él, jamás se propasó a insinuarle con ella en otro terreno, ni a patentizar que su entusiasmo iba más lejos que el de un buen amigo y camarada.

Saúl aprovechaba cuantos momentos podía para dejar sola a la pareja, pretextando asuntos ineludibles y el duque se la llevaba a pasear al Parque, o la invitaba a almorzar, sin que Saúl apareciese a tiempo muchas veces.

Éste, de vez en vez preguntaba a Margarita:

—¿Cómo lleva usted su labor?

—No lo sé, francamente —replicaba ella nerviosa—. Temo que Wallace no esté muy satisfecho de mi actuación por el poco resultado obtenido. O su amigo es de piedra, o yo soy una mujer tan poco seductora, que no soy capaz de conmover a una estatua.

Saúl estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo y repuso:

—Hemos de tener un poco de paciencia y Wallace también.

Quince días no son nada para conmover el corazón de un hombre y menos de un aristócrata lleno de prejuicios. Charles no ha pensado hasta ahora unir su vida a la de ninguna mujer, porque antes pretendía desquitarse de los seis años que ha pasado en la soledad de la jungla y es muy difícil comprar su libertad en tan poco tiempo. Debemos trabajar sin desesperanza.

Margarita, apenada, comentó:

—Me duele horriblemente contribuir al engaño de un hombre tan bueno y tan simpático, que me cree una verdadera señorita. ¿Qué dirá el día que sepa que soy algo bajo y grosero, digna de ser escupida a la cara?

—No piense en eso, Margarita. Usted sabe íntimamente que sigue tan digna como siempre y que ese sacrificio que realiza, lo hace por la causa más noble que una hija puede intentar. ¡Ojalá yo tuviese el mismo pretexto y la misma disculpa que usted!

Estas conversaciones terminaban siempre amargamente para la muchacha. Cada vez que pensaba en el final de aquella extraña aventura y en el papel indigno que se había asignado, sentía tentaciones de renunciar a él, pero el recuerdo de su padre podía más que sus escrúpulos y siempre terminaba resignándose y llorando con rabia y desconsuelo.

Asediada a atenciones por el duque, había exigido de su falso hermano que le proporcionase varias ocasiones para desligarse de las asiduidades del duque y poder escapar a Colchester a visitar al enfermo.

Éste, gracias a los cuidados que le prodigaban, a la tranquilidad de que gozaba y a la satisfacción de saber que mientras él permanecía inactivo, su hija no sufriría hambre, parecía revivir por momentos y a cada visita la joven le encontraba más firme, más animoso y mucho más mejorado.

Este progreso del enfermo le prestaba ánimos para no desmayar en su peligrosa misión. Ciertamente que estaba trabajando para una causa perversa, cuyo sombrío alcance adivinaba aunque no conseguía abarcarlo en todas sus dimensiones, pero su sacrificio iba obteniendo una recompensa de la que se beneficiaba Wall.

Éste, a cada visita de la joven, le decía:

—Hijita, estoy muy bien, pero que muy bien; yo creo que con sólo otro mes que pase aquí podría volver a nuestra casita y

reanudar mi trabajo.

—No —replicaba ella con firmeza—. Nada de un mes, papáito. El médico ha dicho que necesitas seis de reposo y cura, y no estarás un día menos. Ten en cuenta que tu jefe ha pagado ya la estancia de seis meses y que no te acosa para que acortes el plazo.

—¡Oh, sí! Wallace es muy bueno conmigo... No me lo explico, pero es muy bueno. Jamás sospeché que un monstruo como ése, pudiese albergar tales sentimientos... Lo único que me duele es pensar que cuando salga de aquí, debo volver a ser su terrible presa y a cooperar en sus latrocinios. Sólo de pensarlo siento ganas de morirme de una vez.

—No digas eso, papáito —replicaba ella—. Yo espero que todo se arregle a satisfacción. Wallace dice que piensa retirarse pronto de los negocios, y a lo mejor, cuando salgas de aquí, lo hace y te devuelve la libertad.

—¿Y tú lo crees? No; Wallace es un ave de rapiña que no se sacia con nada. Sueña con el oro y por adquirirlo es capaz de todas las cobardías del mundo.

—Bien, papá, no te esfuerces en pensar en eso. Lo que tenga que suceder sucederá sin necesidad de cavilar tanto. Confiemos en Dios, que es justo, y acatemos sus designios.

Margarita abandonaba el sanatorio satisfecha, pero dolida por la pena que consumía al pobre viejo. Hubiese dado media vida por poder decirle que para evitarle nuevos sacrificios, se estaba sacrificando ella, pero comprendía que no podía revelarle el secreto y se conformaba con saber que el resultado iba siendo satisfactorio para el angustiado grabador.

Margarita agradecía la asiduidad y el interés del duque y prometía dedicarle todo el tiempo posible, y él se sentía satisfecho con esta promesa, que cada vez restaba a la muchacha más libertad para realizar sus escapadas al sanatorio.

CAPÍTULO VII

ORDENES TERMINANTES

Un día, poco después, Saúl recibió orden de presentarse con Margarita en el despacho del astuto agenciero. Éste necesitaba saber cómo cumplían su misión y nada más práctico que preguntarle a los interesados.

—No estoy muy contento del interés que han puesto ustedes en este asunto en el que tanto se juegan —advirtió Wallace—. Ha transcurrido un mes, que me ha costado unos miles de libras, y no veo nada práctico en su labor. Han de tener en cuenta que no empleo mi dinero en proporcionarles diversiones, ni una posición que ninguno de los dos es capaz de mantener por sí mismo.

Saúl se disculpó diciendo:

—¿Hubiese hecho usted más que nosotros? ¿Acaso cree que esto es la representación de «Romeo y Julieta» en la que ambos se enamoran de modo fulminante? Mi amigo el duque es un hombre ahído de libertad y costará trabajo conseguir que cambie de criterio por sorpresa.

—Conforme, pero cuando hay por medio una mujer bonita, dispuesta a rendir su corazón, este corazón no puede ser de piedra.

—¿Sería usted capaz de rendir el suyo en un mes puesto en su caso? —preguntó audazmente Saúl.

—Hoy no —contestó el viejo—, pero hace treinta años no hubiese resistido ese fuego intencionado.

—Pero en el caso de Charles que procede de las regiones árticas, el hielo está tan metido en su corazón, que es muy difícil fundirlo.

—¡Frases hechas nada más! Lo que hace falta, es interés en fundirlo y yo no puedo esperar más. Me urge dejar liquidado este asunto y les conmino a realizar un mayor esfuerzo en conseguirlo.

—¿Quiere usted que le pida relaciones al duque en nombre de mi bella hermanita? —preguntó sardónico Saúl.

—No diga usted simplezas; quiero que ella obligue al duque a pedírselas, que no es igual.

—¿Y si no lo consigue? ¿Cree usted que esto es un trabajo de escritura que se logra con una pluma en la mano?

—Si no lo logra, se verá obligada a forzar la situación llevando a cabo un plan que tengo. Porque me da miedo obligar a esta joven a efectuarlo, es por lo que exijo de ella una mayor insinuación. Señorita, le advierto que esto no es cosa de juego. Tiene usted quince días para conseguir del duque una declaración en regla y si su frialdad o mala suerte no lo consiguen... Entonces, tendrá que realizar algo que le dicte y que será más violento para usted.

—¿Qué más va a pedir de mí? —preguntó ella sobresaltada.

—En su momento se lo diré —respondió bruscamente el interpelado—, pero esté segura de que será para usted más deprimente que conseguir por la persuasión y por sus encantos, lo que de otra forma sólo podrá lograr por un acto menos fácil.

Como el viejo se obstinaba en no dar más detalles, Margarita tuvo que conformarse con aquella amenaza que la dejó soliviantada y con menos aplomo para seguir representando su papel.

Una de las tardes en que Saúl la dejó en unión del aristócrata en el *cabaret* que solían frecuentar, ella, dominando su turbación, aprovechó un momento propicio para preguntarle:

—Charles, ¿por qué no se casa usted? ¿No le parece que esta vida vacía que lleva no es muy agradable para un joven como usted lleno de espiritualidad y vida?

El la miró sorprendido y rompiendo a reír, contestó:

—¡Ah, no he pensado en eso todavía, créame! Tengo aún mucha existencia por delante para amarrarla con los lazos del matrimonio, que atan mucho. He pasado tantos años de aburrimiento, que prefiero divertirme hasta la saciedad, antes de volver los ojos al mañana matrimonial.

—Sí, pero eso tiene que terminar alguna vez.

—Claro es —afirmó él riendo—. No pienso morirme solterón y sin dejar un heredero fuerte y robusto que luzca orgulloso mi título cuando yo muera. Pero esto bien puede suceder dentro de un año o de dos... ¡Quién sabe!

—A menos que se cruce en su camino una mujer seductora que acorte el plazo, ¿no es así? —preguntó ella.

—Nadie puede predecir lo que ha de suceder, Margarita, pero procuraré que esto no suceda..., al menos antes de lo que proyecto. Por esto, verá que mis diversiones se limitan a alternar con amigos o a pasar los ratos en locales poco propicios para encontrar una futura duquesa.

—Me está usted agraviando, Charles —se atrevió a decir la joven—. Por lo visto, yo sólo soy un «amigo» para usted.

—¡Oh, no! Usted es la mujer más encantadora que he tratado desde hace mucho tiempo. Pero usted es la hermana de un excelente amigo y eso basta para que la trate con el mismo afecto que a él y la incluya en el círculo de mis amistades poco peligrosas en ese sentido. Usted tendrá sus proyectos para el futuro y yo no debo...

—No se asuste por ello —interrumpió ella—. Mis proyectos son, esperar que surja el príncipe encantado que me redima de la soltería y ése... parece que tarda en llegar.

—No se consuma por eso... Usted es muy joven y no ha de tardar en encontrarle. Si quiere, le ayudaré a buscarle entre mis muchas y excelentes amistades.

Ella se sintió sinceramente ofendida con la proposición y replicó secamente:

—Gracias, pero si no he de valer yo sola para rendir a un hombre a mis plantas, no merecen que fuerzas extrañas le ayuden a caer. Sería un bochorno para mí.

—Por el cual no tendrá que pasar, se lo aseguro. Usted es una mujer que haría feliz a muchos hombres. Yo tengo un amigo que se ha fijado en usted y que...

—No se moleste en presentármelo, Charles —rehusó ella sobresaltada—; quiero encontrarle yo sola y sin forzar la ocasión.

Aquella noche, cuando la joven se retiraba con Saúl, éste le acompañó a sus habitaciones.

Al preguntarle cómo iba su trabajo, Margarita se dejó caer sobre un sillón llorando.

—¡Horrible, Saúl! —comentó—. Me he llevado el fracaso más grande de mi vida.

—¿Por qué?

—Porque casi me he declarado a su amigo para forzar los acontecimientos y me ha rechazado rotundamente. Como consuelo, me ha propuesto presentarme a un amigo que dice estar interesado por mí.

Saúl, serio y grave, dijo:

—Lo siento, Margarita, porque presumo que las cosas van a adquirir un giro más grave para todos. El plazo que ese viejo pirata nos ha concedido está para expirar y es seguro que apele a procedimientos menos suaves para lograr sus planes.

—¿A qué puede apelar? ¿Usted lo sabe?

—No; y le confieso que siento miedo de saberlo.

—También yo, porque al parecer voy a ser la víctima.

—Confiemos en que todo se arregle.

—No por medios naturales, Saúl, usted lo está viendo. Además he perdido la confianza en mí, me creí una mujer algo seductora y observo que mis ardidés femeninos carecen de eficacia. ¿Habrás algo más doloroso que eso para una mujer que se cree atractiva y linda?

—Lo comprendo, pero tenga un consuelo, Margarita. Está usted fracasando en algo en lo que no está interesada, afortunadamente para usted y eso debe servirle de consuelo. Lo trágico sería que estuviese usted enamorada de Charles y se viese despreciada por él.

—Tiene usted razón; siempre es un consuelo para el corazón, pero no para la vanidad de una mujer.

—Resígnese como yo... Si en mi mano estuviese resolver sus asuntos y los míos a satisfacción de todos... sería el hombre más feliz de la tierra.

—Lo agradezco. ¿Qué hacer ahora?

—Esperar; no podemos hacer otra cosa.

En esta espera, se pasó el plazo fatal concedido por Wallace y cuando éste, por boca de Saúl, supo el resultado de los esfuerzos de la joven, bramó furioso:

—¡Esa mujer es fría como un palo! ¿Para qué le sirve esa belleza altiva que posee, si no sabe emplearla? No, así no podemos seguir. Me está costando muchas libras y mi plan no puede fracasar por estupideces. Tendré que variar de procedimientos.

—¿Qué puede hacer entonces? —preguntó Saúl intrigado.

—Se lo diré para que vaya preparando la escena. Hacerse seducir por él.

—¿Cómo? —gritó Saúl asustado—. ¿Qué está usted diciendo?

—No me ha entendido, ¿verdad? Me explicaré. Hay que preparar una escena en la que el duque pueda ser sorprendido en actitud equívoca y que sirva para obligarle a una reparación que... sólo puede ser el matrimonio.

—¿Cree usted que eso es tan fácil?

—Lo es. Un día cualquiera, ya le diré cuál, usted hace que Margarita entre en la estancia del duque de modo familiar. Ella debe pedirle que le invite a unos «cocktails» y fingir que se ha mareado y que va a caer al suelo. El entonces, galante, se apresurará a tomarla en sus brazos para evitar la caída y ella se abrazará a él nerviosa. En este momento, el duque será sorprendido y usted le exigirá una reparación de su honor mancillado y, si es preciso, ella debe asegurar que él a cambio de aquel exceso le había prometido casarse.

—¿De qué va a servir mi testimonio solo?

—El de usted solo, no, porque yo estaré allí también en calidad de testigo incidental. El duque no podrá librarse de la encerrona y ante el temor a un escándalo, claudicará.

Saúl, pálido de rabia al oír el plan del viejo, no pudo contenerse y le insultó:

—¡Es usted un canalla y un miserable!

—¿Sí? ¿Es usted acaso un angelito? ¿Ha olvidado que es un tramposo y un falsificador al que tengo cogido del cuello, como a una rata asquerosa? ¿Y ella? ¿Ha olvidado también que su padre es otro falsificador a quien también tengo sujeto con otra argolla? ¿No quería la salud y la vida de su padre? Pues que se lo gane o les destrozaré a los dos. Han de hacer lo que yo proyecto porque para eso son mis esclavos, óigalo bien, y si alguno se rebela, sufrirá las consecuencias de ello.

Wallace se había exaltado de un modo horrible. Sus ojos agudos y profundos despedían chispas y sus manos huesudas y afiladas temblaban de coraje.

Saúl estuvo a punto de lanzarse sobre él y ahogarle, pero conteniéndose, dijo fríamente:

—Está bien. Usted gana porque tiene los triunfos en la mano, pero no siempre será así. Dígame cuál es su plan y cuándo debemos ponerlo en práctica.

—Advierta a su bonita «hermana» sobre lo que ha de hacer y cuando se encuentre con fuerzas, me avisa. Dígale que añado dos mil libras para cada uno si todo sale bien y logramos hacer caer al duque en la trampa.

—No me conformo con eso —repuso audaz Saúl—. Ignoro lo que a usted le producirá el golpe, pero presumo que serán muchos miles de libras y exijo más... No olvide que el duque no podrá zafarse del lazo que usted le tiende, pero nadie puede impedir que, rabioso por la canallada, me desafíe y tenga que batirme con él. Si esto sucede, mi vida vale más de dos mil libras.

El viejo ponderó la razón y repuso:

—Bien; reconozco el riesgo y lo taso. Le daré cinco mil libras y otras tantas a la muchacha. Somos aliados, trabajamos en el mismo asunto y debemos correr los mismos riesgos, aunque yo los corra económicamente. Están aprendiendo ustedes a ser tan granujas como yo, y eso me congratula. Cinco mil libras para cada uno, pero a condición de que la cosa salga perfecta.

—Saldrá, yo me encargo de ello —aseguró Saúl enérgico.

Y furioso, abandonó el despacho para dirigirse al hotel a dar cuenta a su compañera de las órdenes recibidas de Wallace.

* * *

Aquella noche, cuando se retiraron después de cenar con el duque, Saúl aprovechó un momento para decir a Margarita:

—Tengo que hablar con usted. He estado a ver a Wallace y tengo órdenes concretas que transmitirle.

Margarita miró furtivamente al joven y creyó observar en su rostro una dureza desacostumbrada que le alarmó.

Aunque había juzgado un poco despectivamente a Saúl, no sólo se iba acostumbrando a él, sino que poco a poco se mostraba agradecida por su interés hacia ella.

Dentro de lo posible, manifestábase deseoso de ayudarla en su espinosa misión y este detalle iba limando las asperezas de los primeros días.

Cuando el duque se retiró a sus habitaciones, Saúl se dirigió a las de Margarita y, cerrando para no ser sorprendidos, indicó a la muchacha que se sentara.

—¿Qué le sucede? —preguntó ella—. Parece que le encuentro

muy serio.

—Sí. Y no es costumbre en mí tomar las cosas por el lado trágico por graves que se presenten, pero en esta ocasión, las circunstancias pueden más que mi voluntad. Se avecinan momentos críticos y le juro que si me encuentro inquieto, no es por mí, sino por usted.

—Muchas gracias, pero no veo el motivo.

—Lo hay, Margarita. Hasta ahora, su misión ha sido plácida y hasta normal, pero a partir de este momento, la táctica de ataque va a variar, y mucho me temo que ni sus nervios ni su conciencia respondan a la realidad.

—¿Quiere usted no destrozarme más de lo que estoy y decirme lo que se avecina por trágico que sea?

—No tengo más remedio que decírselo. Si pudiera callarlo, no se lo diría nunca.

—Bien, ¿de qué se trata?

—Pues, visto que ha pasado el plazo que se nos concedió sin resultado práctico, Wallace ha decidido apelar a los remedios heroicos para enredar a mi amigo y me ha dado orden de advertirle que hay que preparar una escena de aparente seducción por parte de usted.

—No le entiendo.

—Me explicaré. Usted debe aprovechar un momento propicio con el pretexto que le parezca, para entrar en las habitaciones del duque y charlar íntimamente un rato con él. Le pedirá algo de beber, fingirá que la bebida le ha mareado, o que se pone enferma y simulará un desmayo. El duque se apresurará a tomarla en sus brazos para evitar que caiga usted al suelo y en ese momento, usted se abrazará a él diciendo algo que le comprometa a los ojos de posibles testigos. Ése será el instante en que yo sorprenda la escena y exija al duque una reparación que no puede ser otra que la boda.

—¿Y de qué valdrá que usted sorprenda la escena y afirme que él trató de abusar de la situación si sin testigos extraños no podrá mantenerla?

—No faltará el testigo, porque será el propio Wallace. Fingiremos que acabamos de llegar al hotel para invitarla y al no encontrarla en sus habitaciones, acudimos a preguntar al duque, sorprendiendo la escena. Charles no podrá evadirse con semejante testigo, mucho más cuando todo el mundo le ha visto en su

compañía y ya para algunos maliciosos entre usted y el duque existe algo más que una simple amistad.

—¡No, jamás cometeré semejante villanía! —rechazó ella pálida y aterrada.

Saúl, asustado, la tomó por un brazo diciendo:

—¡No chille, por Dios, que pueden oírla! Ya sabía yo que se rebelaría contra eso, pero no hay opción.

—La hay. Abandonaré esta misión y...

—Y condenará usted a su padre al presidio y quizá a la muerte. Recapacite sobre las causas y sus efectos.

—Pero eso es una monstruosidad. Yo no soy una mujer perdida, capaz de semejante canallada.

—Lo admito y lo comprendo, pero es usted víctima de ese tirano. Estúdielo con calma y váyase haciendo a la idea de que no hay más solución. Wallace le da dos o tres días para decidirse y para que temple sus nervios, y no estropee el drama en su escena culminante.

Margarita rompió a llorar amargamente y Saúl, lleno de conmiseración, se acercó a ella con ánimo de consolarla, pero ella le rechazó, gritando:

—¡Váyase!... ¡Váyase!... ¡No quiero ver a nadie!

Saúl, cabizbajo y grave, obedeció abandonando la estancia en silencio y entristecido.

CAPÍTULO VIII

SAUL HACE UN JURAMENTO

Durante dos días, la joven encerrada en sus habitaciones se negó terminantemente a ver a nadie, alegando que se encontraba indispuesta.

El duque solícito, envió varios recados con la doncella interesándose por su salud y Saúl trató de hablar con ella algún momento, pero en vano.

Pero las horas pasaban y era preciso decidir algo.

Por un momento, pensó en abandonar el hotel y desaparecer de Londres, pero comprendía que con ello nada adelantaría. También estudió la posibilidad de denunciar a Wallace, pero la lógica le decía que el miserable se vengaría denunciando a su padre y a Saúl, con lo cual perjudicaría a todos.

Saúl, observando que el tiempo pasaba y ella no tomaba resolución alguna, hizo que le pasaran una nota advirtiéndole que tenía necesidad de verla.

Por fin la joven se decidió, dándole permiso.

Pese a su carácter frívolo y despreocupado, en el rostro de Saúl se observaban signos de seriedad e inquietud y la luz extraña de sus ojos indicaba que estaba tan preocupado como Margarita.

Ésta le miró inquisitiva y preguntó:

—¿Qué desea de mí con tanta urgencia?

—Una contestación, Margarita. Mañana debo visitar a Wallace y debo llevarle una respuesta.

Ella, como flagelada por un latigazo, se irguió altiva y con ojos chispeantes replicó:

—Pues bien, le va a llevar un no categórico. Wallace es un estafador miserable y usted un canalla parecido a él.

Saúl retrocedió aterrado y con voz dolida, musitó:

—Margarita, ¿por qué es usted tan cruel conmigo? Bien sabe que soy una víctima como usted.

—No. ¿Cómo se va a comparar usted conmigo? Yo me veo forzada, siendo una mujer limpia y sin mácula, a secundar estos planes canallescos por una causa noble, por salvar la vida y el buen nombre de mi padre, pero usted... Un hombre joven, inteligente, con amplios horizontes para ser una persona decente, ¿qué idea noble le guía para secundar los planes de ese miserable?

—Pues... yo también trabajo para salvar una vida y un nombre: el mío. Como su padre, cometí una falsificación y Wallace me echó el dogal al cuello. Si vacilo y no sigo adelante, mi vida y libertad están en peligro.

—¿Para qué puede servirle una vida así? Además, su caso no es el de mi padre. Éste, que ha sido toda su vida un hombre honrado, fue acusado de robar un billete de cien libras en la Fábrica de la Moneda cuando él sabía que prácticamente nadie podía hacerlo. No, mi padre no lo robó, porque no era idiota, pero alguien tenía interés en perderle y ocultó el billete en sus ropas para que se lo encontrasen y le condenaran.

—No lo discuto, ni lo pongo en duda, Margarita —afirmó el joven—, pero ¿cómo lo prueba? En este momento, su padre y yo somos dos falsificadores y usted quiere olvidar que trabaja para la salvación de él como yo para la mía... Quizá un día...

Saúl cortó la frase mordiéndose la lengua para no seguir hablando, pero ella al darse cuenta, preguntó:

—Hable... Quizá un día... ¿Qué pasará un día?

—¿Le interesa saberlo?

Margarita se encogió de hombros, comprendiendo que era absurdo confiar en aquella evasiva. Luego añadió:

—Me da usted pena simplemente. Yo haré o no haré esta canallada para rescatar ese documento y salvar a mi padre. Después, si lo hago, consagraré mi vida a hundir a ese canalla y llevarle a la horca.

—Cuando usted quiera y pueda intentarlo, será tarde. Yo también quiero rescatar ese documento y vengarme de él, pero no es éste el momento propicio para hacerlo.

—¿Por qué?

—Sería muy complejo y peligroso explicárselo, pero quizá contando con su ayuda sería mucho más fácil.

Ella le miró con fijeza al oír aquella ambigua afirmación, y le instó a explicarse.

Saúl dudó un momento y, después, con amargura, respondió:

—Dígame cómo y, si lo estimo factible, le ayudaré.

—¡Bah! No sería usted capaz. Le parecerían muy raros y absurdos mis métodos y creería que le engaño.

—Indíqueme siquiera alguno de esos métodos.

—Si usted lo quiere, sea, pero sé que me hará hablar inútilmente. El mejor medio de ayudarme y ayudarse, sería el de secundar los planes de Wallace y en lugar de obstaculizarlos, realizarlos con la misma fe que los llevaría a cabo si los considerase honrados.

—Eso es absurdo. Declaro que no le comprendo.

—Me lo figuraba, por eso no trato de hacer esfuerzo alguno para convencerla. Sé que además del miedo a su situación, tiene usted muchos prejuicios en contra mía. Todos ellos razonables y sería necio o sublime exigirle que tuviese fe en mí. Dejémoslo así...

Pero Margarita, que había dejado prender en su alma un átomo leve de esperanza desesperada, afirmó:

—No. Haga algo más por convencerme. Le repito que siento lástima por usted y me agradecería encontrar un punto de apoyo para creer en sus deseos de enmienda.

—Yo también le repito que lo lamento, pero no puedo ser más explícito. Estoy más cogido que usted y, sin embargo, sé que tengo más posibilidades de salir triunfante que usted, pero por medios que le parecerían absurdos y extravagantes. Su ayuda me sería tan útil que allanaría y acortaría el camino para todos.

Ella, dolida por su ambigüedad, preguntó secamente:

—¿Es que no confía usted en mi discreción?

—Confiaría en ella ciegamente. En lo que no confío es en sus nervios y en su espíritu.

—¿Por qué no los pone a prueba para convencerse? El, desesperado, afirmó fieramente:

—¿No lo estoy intentando? Lleve a cabo sin vacilación y con energía las órdenes de Wallace y, al final, el éxito y el beneficio, quizá sean más para usted que para mí.

Margarita, con gran lógica, repuso:

—No comprendo cómo realizando una canallada con un hombre tan bueno y leal, puede llegarse a un fin completamente distinto. ¿No comprende el absurdo?

—Lo es, no lo discuto... Ahora bien, escúcheme; de grado o por fuerza, usted tendrá que hacerlo o todo lo habrá perdido. Si no lo lleva a cabo con habilidad y dominio de nervios, no sólo no salvará a su padre, sino que todo se hundirá y quedará usted también presa en las redes que trata de romper; en tanto que si actúa con fe, pensando que todo ha de salir bien aunque parezca lo contrario, esa confianza la salvará en el momento cumbre.

Margarita, testaruda, trató de impulsar a Saúl a que fuese más explícito y preguntó:

—¿Por qué tiene usted tanto interés en que me porte como si fuese una mujer depravada, incapaz de sentir escrúpulos ante una acción de ese calibre?

—Porque así no fracasaría usted ni fracasaría yo. Si Wallace no llega al final de sus planes, yo no puedo darle la batalla, porque es ahí, en lo que él cree su meta, donde puedo asestarle el golpe. ¿Lo comprende ahora?

—Quiero comprenderlo aunque con gran trabajo.

—Ya es algo a mi favor.

Decidida a intentar un último esfuerzo, replicó:

—Bien; quiero creer en su sinceridad y quiero creer en ella, porque no ignoro que tiene usted su vida y su libertad pendientes de un hilo. ¿Hay alguna persona en el mundo por la que usted sienta verdadero cariño y por la que esté dispuesto a jurar que no me engaña?

El la contempló emocionado y contestó:

—Sí... Hay una, pero... ella no lo sabe. No tengo madre y no puedo jurar por ella, pero si acepta usted que por esa persona estoy dispuesto a jugarme la vida y a perderme de nuevo cien veces, entonces, se lo juro por ella.

Había tal pasión y tal acento de sinceridad en su promesa, que Margarita, subyugada, murmuró:

—¡Le tengo que creer, Saúl!

El dejó florecer en sus labios una amplia y alegre sonrisa y afirmó:

—Siendo así, estoy seguro de que la batalla final será nuestra, pero ¡por Dios!, piense que el esfuerzo que tendrá usted que realizar será sobrehumano. Su conciencia se rebelará airada a la hora de ponerlo en práctica y si no mata usted la voz de su conciencia y la sustituye por la fe en lo que le he jurado, nada habremos conseguido. Ahora, medite, y deme la contestación mañana por la mañana, para que yo sepa cómo he de obrar en consecuencia... Y, sobre todo, no olvide esto: si algo de lo que usted debe realizar pudiera hacerlo yo por usted... lo haría de corazón, pero no puedo. Todo ha de ser obra de una mujer y esa mujer es usted.

Ella no dijo nada y él ofreciéndole su mano, esperó una palabra de ella.

La joven le tendió la suya que él estrechó con emoción y sin añadir nada más salió de la estancia.

* * *

A la mañana siguiente, Saúl llamó discretamente a la habitación de la muchacha.

—Adelante —ordenó ésta.

El joven clavó en ella sus penetrantes ojos y algo le advirtió íntimamente que todo iba a marchar bien. Margarita, menos triste que la noche última, se había retocado ante el espejo y presentaba mejor aspecto.

—¿Está usted algo mejor?

—Sí. Anoche asesiné mi conciencia y después de una batalla homérica, hoy me siento otra mujer. Si viene usted en busca de la contestación, le diré que puede decir a ese miserable, que estoy dispuesta a llevar a cabo la representación del último acto del drama.

—No sabe usted lo que me alegra oírle hablar así, y no es sólo porque quedo tranquilo de que todo marchará bien, sino porque mi vanidad me dice que he sido yo el que he conseguido infiltrar en usted ese rayo de esperanza que no vislumbraba por parte alguna. Un día cuando todo quede ajustado, se alegrará de haber confiado en un hombre que, aunque pésimo, no lo es tanto como usted se lo ha forjado.

Luego, cambiando de tema, añadió:

—¿Viene a almorzar con nosotros? Conviene que vea al duque

para ir preparando el momento culminante.

—Sí, espérenme en el bar.

—Bien. Después de comer, veré a Wallace para ultimar todo. Creo que me quedará sin nervios si esto dura mucho.

Almorzaron alegremente en «Cyrus» y Margarita, transformada, se mostró alegre y vivaz como si la felicidad le rebosase por todos los poros de su cuerpo.

El duque, encantado de aquella recuperación, se mostró con ella más solícito que nunca y terminado el almuerzo, le propuso ir a bailar al «Excelsior».

—Yo no podré acompañaros —advirtió Saúl—. Tengo una cita a las cinco, pero cuando termine, iré a recogerlos.

Margarita partió para el baile y Saúl se dirigió a entrevistarse con Wallace.

Éste le recibió hostilmente, pues estaba convencido de que no le llevaría buenas noticias.

—¿Qué tiene usted que decirme? —preguntó agriamente.

—Que por nuestra parte, puede usted disponer el momento de la farsa cuando quiera.

—¿Se ha convencido ya esa idiota?

—Sí, pero agrádzcamelo a mí. Se había negado rotundamente, pero yo con habilidad conseguí convencerla.

—¿No irá a flaquear en el momento cumbre?

—Estoy convencido de que no. Hay en ella una energía de que no la creía capaz. Hablarle de su padre es una panacea para inyectarle ánimos.

—Lo celebro por ustedes —repuso Wallace sarcástico—. Me veo apadrinando la boda de dos granujas, y luego leer la noticia en los «Ecos de Sociedad».

—En efecto, con un padrino como usted o se lee su nombre en la página aristocrática del «The Times», o en las columnas del «The Pólice Gazzete» que edita Scotland Yard.

—Espero que nuestros nombres no honren tan vulgar publicación —comentó riendo la salida—. Sería demasiado honor para tan desprestigiado departamento. Y volviendo a lo que importa; mañana por la noche daremos el golpe. Prepárelo todo para que poco antes de la cena se desarrolle el drama.

—¿Cuáles son sus instrucciones «póstumas»?

—Dirá usted inmediatas. Yo iré a buscarle a eso de las ocho y media, usted me espera en el vestíbulo para acompañarle a su habitación y en cuanto la chica esté dispuesta, haremos nuestra apoteósica aparición en el momento culminante. Lo demás corre de mi cuenta.

Saúl abandonó las oficinas alegre y despreocupado. Estaba cansado de aquel paréntesis violento que nada resolvía, y que, en cambio, dejaba transcurrir el tiempo en una gran tensión nerviosa y deseaba que la mina estallase para dejar algo aclarado aquel sombrío horizonte.

Cuando Margarita regresó del «Excelsior» donde la recogió con el duque, la acompañó a su cuarto advirtiéndole que al día siguiente debía llevar a término su espinosa misión. Ella nada dijo, pero sus manos temblaron y dos lágrimas de angustia resbalaron por sus lindas mejillas.

CAPÍTULO IX

LA TRAMPA

Al día siguiente, Saúl se esforzó en arreglar las cosas para que todo se desarrollase con arreglo a los planes de Wallace.

Habían acordado asistir después de la cena a un concierto en «Queen's Hall», una de las salas más concurridas de Londres. El concierto empezaba a las diez y media y el duque se preparaba para asistir a él.

Margarita se excusó alegando que también necesitaba prepararse y se retiró a sus habitaciones.

Alrededor de las ocho y media, y mientras cada uno de ellos se dedicaba a prepararse para asistir al concierto, Saúl descendió al vestíbulo donde ya Wallace le esperaba consumido por la impaciencia.

Ésta, pálida y nerviosa, pero decidida, esperaba el momento angustioso de tener que proceder como una mujer sin escrúpulos ni decencia, pero algo que no sabía qué era, le había hecho cobrar tal fe en Saúl, que esperaba aquel crítico momento más que con angustia, con curiosidad e impaciencia, para acabar cuanto antes la farsa.

Pero cuando vio entrar a su aliado, todo su valor se vino a tierra y un temblor nervioso agitó su cuerpo.

Él, al observar su angustia, la contempló, preguntándole:

—¿Qué es eso, Margarita? ¿Es que va a vacilar ahora?... ¡Por Dios, no se da cuenta del mal que va a hacerse!

Ella, reaccionando, replicó:

—No, no se asuste; ha sido un momento de flaqueza, pero ya pasó. Hay un juramento de usted que sin saber por qué me da

alientos. Si yo hubiese jurado algo por la memoria de mi madre, me sentiría ofendida de que alguien dudase de que no fuera a hacer honor a él.

—Me alegro oírle hablar así. Puede tener fe en mí, porque reitero mi juramento. Y ahora, vamos.

La muchacha, que se había puesto un vestido de tafetán verde muy seductor, tomó su pañuelo y muy decidida marchó al cuarto del duque, llamando a la puerta.

—Adelante —respondió Charles, que se hallaba ante el espejo ajustando el duro cuello de su camisa.

Margarita penetró con firmeza y el duque al verla, dejó sobre el tocador la corbata que estaba dispuesto a anudarse y exclamó sorprendido:

—¡Caramba, qué placer verla por aquí! ¿Sucedó algo?

—Realmente no lo sé, Charles. Tengo un nerviosismo y un malestar que no acierto a definir.

—¿Puedo hacer algo para aliviárselo? —preguntó él.

—¿Lo sé yo, acaso? Quería quedarme sola y la soledad me crispa los nervios. No sé qué hacer.

—¿Es que no va a venir al concierto?

—Estallarí de los nervios... No..., no puedo.

—¿Por qué no toma un *whisky*, a ver si se le pasa?

—No lo he probado nunca. ¿Quiere usted servírmelo?

—El duque tomó la botella y sirvió un buen vaso a la joven. Ésta lo tomó vaciándolo de un solo trago.

Luego se sentó con gesto de cansancio.

—¿Se encuentra usted mejor?

—No sé... ¿Qué tendré en estos malditos nervios, que pueden más que yo?

El duque, bromeando, se atrevió a insinuar:

—Creo que le conviene casarse, Margarita. Eso aquietta mucho los nervios.

Ella rió con fingida alegría, comentando:

—Cualquiera diría que lo sabe usted por propia experiencia. Lo malo es que no hay un desesperado que quiera cargar conmigo.

—No diga eso —exclamó él tomando la corbata y colocándose ante el espejo, pues el tiempo apremiaba—. Yo tengo un amigo que...

—¡Al diablo con su amigo, Charles! Yo no quiero maridos por recomendación. ¿Me permite que me tome otro *whisky*? Parece que no me sentó mal.

—Ahí tiene la botella, sírvase lo que guste.

Ella fingió beberse otro vaso, aunque sólo puso soda y luego afirmó:

—El caso es que para mí solo hay un hombre que me gusta, pero ese hombre... ¡es idiota!

Charles rió al oír la descarada declaración e indicó:

—Dígaselo. A lo mejor, él siente lo mismo que usted y no se atreve a declararse.

—¿Usted cree? Si fuera así...

Volvió a llenar el vaso de soda fingiendo que lo hacía de *whisky*, y después de mirar furtivamente a su reloj de pulsera, se levantó apurando la bebida delante del espejo para que él la viese.

—¡Por Dios, Margarita, no beba tanto que le va a hacer daño! —advirtió él, seriamente.

—¿Usted cree? Más daño me hace el desprecio de ese hombre que..., que...

Dejó caer la copa al suelo, que se rompió con un sonido argentino y se bamboleó amenazando con caer. Charles, que la contemplaba a través del espejo, se volvió rápidamente y la tomó en sus brazos en los que ella se dejó caer desfallecida.

—¡Margarita!... ¿Qué fue eso, acaso el *whisky*?

—No, Charles —murmuró ella—. Has sido tú, que me tienes con los nervios destrozados.

Y estirando los brazos, atrajo hacia ella el rostro del duque, estampando un sonoro beso en su frente.

En aquel momento, la puerta se abrió con violencia y Saúl, seguido de Wallace, penetró en la estancia.

Al descubrir el cuadro, se adelantó violento y separando a Margarita de los brazos del duque, rugió:

—¿Qué has hecho, Charles?

El duque contempló azorado a su amigo y respondió:

—Nada condenable por mi parte, Saúl, te lo aseguro. Fue ella la que...

—¿Cómo te atreves a insultar a mi hermana, miserable? Margarita es una muchacha muy honesta y tú...

La joven, dejándose caer medio desfallecida en un sillón y con la lengua estropajosa como si estuviese borracha, afirmó:

—¡Oh, claro, hermanito...! Yo soy una muchacha honesta... y... él... ¡hip!... es un hombre muy bueno que me quiere mucho. ¡Hip!... Me lo ha jurado, ¿sabes?

Charles, indignado, avanzó hacia ella, gritando:

—¿Qué está usted diciendo? El *whisky* le ha mareado y...

—Claro, claro... Tú me hiciste beberlo... Yo no había bebido eso nunca y tú...

Saúl, trágico y decidido, se acercó a Charles que le miraba furioso, comprendiendo que había sido víctima de una infame maquinación y gritó:

—Charles, te creí un noble amigo y por eso te confié a mi hermana en muchas ocasiones, estimando que jamás serías capaz de una canallada semejante. Te exijo una reparación y me la darás o... ¡te mataré!

—¿Estás loco, Saúl? —replicó el duque—. Yo no la llamé. Ella vino aquí por su propia voluntad. Dijo que se sentía nerviosa y le ofrecí un vaso de *whisky*. Luego, ella por su cuenta, tomó dos más y estuvo a punto de desmayarse. Al verla caer, la cogí en mis brazos y entonces...

—Sí, entonces abusaste de su estado y la besaste.

—¡Pero si fue ella la que me besó a mí!

—¡Mientes! Te creía un caballero y eres un rufián. Afortunadamente, la Providencia me ha deparado un testigo de tu hazaña. El señor Wallace que venía a visitar a mi hermana para invitarla a una fiesta, ha sido testigo de todo y apelaré a su palabra honrada.

Wallace, con un gesto magnífico, dijo:

—Cuenta usted conmigo para lo que sea preciso, Saúl. Desgraciada o afortunadamente, he visto y oído bastante para no tener dudas sobre lo que puedo declarar.

—Gracias, señor Wallace. No esperaba menos de usted.

El duque, rojo de ira, se adelantó a Saúl con los puños crispados, gritando:

—¿Qué miserable trampa es ésta que me han tendido ustedes? ¿Qué se proponen con ella?

—¿Trampa? Ninguna. Ésa es la que tú tratabas de tender a mi

hermana, pero no te valdrá. Exijo de ti una reparación fulminante y la obtendré o te llevaré a los tribunales.

—¿Qué pretendes, un chantaje?

—No digas tonterías, Charles. Yo no necesito dinero ni lo gano con malas artes. Te exijo sólo que le des a mi hermana la satisfacción que debes.

—¿Y es?

—No hay más que una. El matrimonio.

—¿El matrimonio? ¡Ni lo soñéis! ¿Tú hermana convertida en *Lady Ascot*? ¡Una aventurera!

—¿Aun te permites insultarla? Bien, no voy a exigirte nada en este momento. Te doy veinticuatro horas para aceptar la solución. Si pasado ese plazo no la aceptas, te llevaré a los tribunales. ¿Vamos, Margarita?

La joven se levantó tambaleándose y murmuró:

—Sí, vamos, Saúl, estoy muy cansada... La cabeza me da vueltas... Adiós, querido, hasta mañana.

Y dejándose tomar entre los brazos de Saúl, abandonó la estancia, pálida como una muerta.

Cuando Saúl la dejó en su habitación observó con zozobra que la joven estaba realmente enferma. No podía sostenerse en pie y un temblor convulsivo agitaba su cuerpo. El la depositó amorosamente sobre un cómodo sillón y Wallace, que entró detrás y sólo se preocupaba de su asunto, dijo sin fijarse en el estado de Margarita:

—Le felicito a usted, señorita. Ha estado realmente soberbia.

La joven, realizando un esfuerzo sobrehumano, se incorporó en su asiento y con los ojos llameantes de indignación, gritó:

—¡Márchese de aquí, bandido! ¡Márchese de aquí, o soy capaz de empezar a gritar denunciando todo lo ruin y canalla que es usted!

Wallace, sorprendido por aquellas increpaciones, la miró extrañado y luego, sonriendo cínicamente, repuso:

—Ya se le pasará a usted. Eso es producto del *whisky*.

Pero ella, amenazadora, rugió:

—Esto es producto de poseer un resto de dignidad, aunque por su culpa la haya perdido hace un momento. ¡Dios mío! ¿Qué pensará ese hombre de mí?

—¿Necesita que se lo repita? Piensa que es usted una aventurera

cazadora de dotes y su hermanito un sinvergüenza redomado. Realmente no se equivoca.

—¿Qué pensará de usted entonces? —bramó ella.

—¡Oh! No creo que haya sacado una buena impresión después de oírme afirmar que estoy dispuesto a declarar lo que no existe. Realmente, la opinión del joven duque no me preocupa. Vengo observando hace tiempo que no me mira con buenos ojos cuando nos encontramos en el Club, aunque no me explico por qué.

—Será porque su fama de hombre «noble» ha traspasado las fronteras. Hay muchas cosas que son del dominio público y le acusan abiertamente —afirmó Saúl.

—Nadie está libre de murmuraciones falsas —repuso modestamente el usurero—. De todas formas, me alegro de haberle dado motivos para que no me salude con razón... Ahora creo que a esta señorita un poco histérica, le conviene descansar. Ha realizado su trabajo con una justeza que me congratula y me voy satisfecho de ella.

Saúl le tomó por un brazo violentamente, advirtiéndole:

—Usted no se marcha sin dejar concretado lo que falta.

—Muy poco realmente —repuso Wallace—. Mañana visitará usted al duque para saber lo que ha decidido, y si se niega a la reparación..., procederemos contra él.

—Creo que debe usted asistir a la entrevista. Ha sido testigo de cargo y pueden surgir proposiciones que yo no sabré si debo aceptar o no.

—No acepto ninguna que no sea el matrimonio. Mis planes son la boda y rechazo otras soluciones.

—¿Y si se niega?

—Le obligarán los tribunales a hacerlo. Él lo sabe aunque trate de evadirlo, terminará por aceptar. Mañana por la noche volveré y nos entrevistaremos con él.

Hizo un gesto de despedida con la mano y abandonó la estancia fríamente.

Cuando Margarita y Saúl quedaron a solas, la joven rompió a llorar presa de una crisis de nervios.

—Vamos, Margarita, no se ponga usted así. Piense en lo que le dije y tenga usted fe en mí.

—¿Y qué adelanto con ello? ¿Es que eso va a evitar el mal que

he hecho al duque, que tan caballerosamente se ha comportado siempre conmigo?

—No... Ya lo sé, que no, pero... confío en que a todos les llegue la hora de la venganza. Usted ha salido del trance con un cuarto de hora malo, ahora me toca a mí dar la cara y no crea que mi actuación es más brillante que la suya.

—¿Por qué?

—Porque debo enfrentarme con él obligándole a aceptar ese matrimonio absurdo. La entrevista será violenta y mucho me temo que ya no le quede más venganza que una.

Ella le miró, asustada, preguntando con voz trémula:

—¿Un duelo?

—Es lo más probable. Él sabe ya que soy un miserable, pero aunque le repugne hacerlo, quizá me desafíe.

—¿Y se expondrá a ser muerto por usted?

—¿Le duele que así pueda suceder? —preguntó Saúl sin poder ocultar su emoción.

—¿Por qué no? Después del engaño...

—¿Y si el que cae soy yo? ¿Ha pensado usted en ello?

—No, no había pensado y le aseguro que lo sentiría lo mismo. Ha procurado usted ser conmigo lo mejor posible y se lo agradezco, aparte de que por propio egoísmo tengo que desear que salga bien del lance.

—Gracias —murmuró Saúl—. Ahora creo que le conviene dormir un rato. Hágalo y no pienso más en el asunto. Esto ha sido como una amarga medicina que hay que tomar a la fuerza. Después de saborear su amargor, lo mejor es olvidarla.

—Sí, pero usted olvida que aún no hemos terminado.

—Claro es, falta el desenlace. Tendrá usted que casarse con él.

—¡Oh, no! Jamás tendré ya fuerzas para ponerme delante de él de nuevo.

—Tendrá que hacerlo. Váyase haciendo a la idea, pero ése será el último acto del drama; después se descorrerá el telón y le habrá llegado la hora de reír.

—¿Usted lo cree posible?

—Si no desmaya usted en el momento decisivo, lo creo. Confíe en mí, le repito.

Ella movió la cabeza con aire de duda y repuso:

—No sé por qué confío... Los hechos lo están desmintiendo y sin embargo... no sé...

—Así debe ser, Margarita. La fe es algo impalpable y misterioso que vibra en nosotros y lo sentimos, aunque sea de forma inmaterial, pero existe y late. Siga alimentándola y créame que no le pesará.

Saúl estrechó la mano fría de Margarita y después de mirarla con pena y dolor, abandonó la estancia con gesto sombrío.

Le torturaba la situación angustiosa de la muchacha, pero de momento no podía hacer nada para remediarla. Quizá algún día...

CAPÍTULO X

HACIA EL FINAL DEL DRAMA

Saúl y Wallace se presentaron la noche siguiente en las habitaciones del duque, después de hacer que le pasaran recado de que deseaban verle.

Durante el día, Saúl había ordenado su equipaje y el de Margarita, trasladándose al «Majestic», en el que se instalaron tan regiamente como en el «Carlton».

El duque, serio y nervioso, recibió a los visitantes. Sin siquiera ofrecerles un asiento, advirtió:

—Les ruego que sean breves. Hay visitas que producen demasiado enojo para poder soportarlas mucho tiempo.

—Por nuestra parte seremos breves, señor duque —repuso Saúl dándole tratamiento por primera vez—. Venimos en busca de una contestación categórica.

—No tengo ninguna que darles, o por mejor decir, la que puedo dar es de un tono que se ruborizarían las paredes al escucharla.

—Puede usted desahogar su rabia como quiera, porque no nos molesta. ¿Qué ha decidido usted?

—Pues... ¿Cuánto dinero necesitan ustedes para salir de Inglaterra y que no se vuelva a oír su nombre en todo el Continente?

—Absolutamente ni un penique, señor duque. El honor de mi hermana no se tasa con dinero. Si ésa es su costumbre, por esta vez la verá malograda.

—¿No le basta con cincuenta mil libras?

—No hablemos de dinero, sino de boda.

—¿Qué adelantaría usted con que me casase con su hermana si no la quiero y después de este lance me resultaría repugnante vivir

a su lado?

—No viva. Yo no voy a exigírselo. Una vez casados, puede usted pedir el divorcio, pues creo que será lo más conveniente para los dos.

—¡Ya! Usted busca que ese dinero que le ofrezco, vaya respaldado por una boda que la eleve hasta los salones de la aristocracia. ¡Bonito chantaje!

—No pierda el tiempo en divagaciones y decida.

—No acepto eso.

—Bien. Mañana presentaré la denuncia y haré que la Prensa se ocupe del asunto. La honra de mi hermana correrá de boca en boca, pero su reputación no quedará muy bien parada. ¿Qué se dirá del hombre probo, militar recio y aristócrata respetado, que se dedica a seducir doncellas injuriando la amistad fingida? ¿Qué pensarán de su actuación como miembro de la Policía Montada? Justamente supondrán que ha vivido no persiguiendo a los fuera de la Ley, sino vejando a la gente al margen de ella.

Charles hizo ademán de lanzarse sobre Saúl, pero se contuvo y, rechinando los dientes, exclamó:

—Bien se aprovechan ustedes de mi situación. ¡Una boda! ¡Yo casado con una aventurera!

—¡Ése es un insulto que usted le lanza! Para el mundo se casará usted con la hermana de Saúl Boyd, miembro del «Rockery Club», al que todo el mundo saluda con respeto.

—Bien —bramó el duque—. Dígame sus condiciones.

—Nada más que eso. La boda.

—Pero para, inmediatamente después de salir de la iglesia, tomar cada uno un rumbo distinto.

—Perfectamente. ¿Piensa usted pedir el divorcio?

—Al día siguiente.

—En ese caso, la boda se celebrará en secreto. Buscaremos una iglesia de un condado próximo y todo se arreglará en silencio. Me basta con la partida de casamiento para dejar a salvo el honor de mi hermana. Después, usted le asigna una pensión de quince mil libras al año y solucionado este enojoso asunto.

El duque, violentándose sin freno, se vio obligado a aceptar, y allí mismo se redactó el documento.

La boda se celebraría quince días después en la iglesia que ellos

designasen y el duque no sería molestado más que para asistir a la ceremonia, exigiendo que no se diese publicidad al asunto hasta después del enlace para evitar la asistencia de curiosos.

Ultimado todo, el duque agregó:

—Mañana pase a recoger un cheque de dos mil libras para los gastos.

—Perfectamente, creo preferible que lo deje usted en un sobre a mi nombre en el despacho de recepción. ¿Para qué vamos a violentarnos con nuevas entrevistas?

—Tiene usted razón. Me denigraría demasiado alternando con usted. De todas formas, tenemos que vernos de nuevo antes de la boda, señor Boyd.

—¿Sí? ¿Para qué?

—Para esto. Porque pienso matarle para que no disfrute de este sucio negocio.

Y levantando la mano, le arrojó al rostro el guante que sujetaba en ella.

Saúl lo recogió del suelo y, serenamente, advirtió:

—Perfectamente, puesto que es su gusto. Pero no espere que le ofrezca esa satisfacción. En cuanto a usted, sabe que tiene la vida asegurada porque no será de ese modo como evite cumplir su compromiso. Soy el ofendido y elijo la espada para darme la satisfacción de abrirle un pequeño agujero que le recuerde más vivamente este lance. Mañana recibirá mis padrinos.

—Yo le daré los nombres de los míos.

Saúl recogió el documento y, dignamente, abandonó la estancia seguido de Wallace, que no había desplegado los labios durante la entrevista.

Cuando salieron del hotel, Wallace comentó:

—Siento esta complicación, pero no la esperaba.

—Es igual. ¿A usted qué le importa la vida de la gente que actúa como muñecos a su alrededor? De sobra sabía que éste era el final obligado. En verdad que siento ganas de asesinarle y concluir así este asunto.

Había tal fiereza en el acento de Saúl, que Wallace sintió miedo y se apresuró a advertir:

—Todos nos hemos jugado algo para ganar, Saúl. Usted, con este asunto se va a ver libre de la deuda que tenía conmigo y va a cobrar

un puñado de miles de libras... ¿Creía poder ganarlas sin exposición? Lo mismo digo de la muchacha; la libertad y la salud de su padre más el dinero que va a recibir, tienen un precio.

—Y usted que expone menos, ¿qué ganará?

—He gastado mucho. Usted ha sido una carga para mí. Si me quedan libres veinte o veinticinco mil libras, no es una recompensa extraordinaria y no olvide que a la hora de ganarlas, yo seré el que tenga que dar la cara y exponerme a otro peligro.

Luego, recordando el desafío, advirtió:

—Espero que su cuestión personal con el duque no tenga un final trágico para ninguno. No olvide que si le mata, todo se habrá perdido.

—¿Debo dejarme matar entonces?

—No. Usted ha escogido la espada. ¿La maneja bien?

—Sí. Y Charles también.

—Procure inutilizar a su adversario levemente y añadiré quinientas libras a lo ofrecido.

—Bien. ¿Qué debemos hacer después?

—Preparar todo lo concerniente a la boda. Yo le daré detalles e instrucciones del sitio donde debe celebrarse. Lo principal es que salga usted bien del lance.

* * *

Cuando Saúl regresó al hotel, se entrevistó con Margarita. Ésta se encontraba un poco más calmada.

Al verle preguntó ansiosamente:

—¿Qué ha sucedido, Saúl?

—Todo quedó arreglado. Dentro de quince días se celebrará la boda.

Ella palideció intensamente al oírlo.

—Pero ¿de verdad debo casarme con él?

—Ésos son los proyectos de Wallace.

—¡Oh, no puede ser! Yo no puedo vender mi libertad y mi honor, aunque...

—No se violenta. No olvide que usted es Margarita Belfin, y no Margarita Boyd y que por lo tanto, no es usted sino un ser imaginario que va a casarse.

—Sí, pero aun así... ¿No cometo una falsedad?

—Indudablemente. Pero ya la cometió al asumir una personalidad que no es la suya. No piense en eso y deje correr el tiempo. Ha estado usted magnífica en todo y debe seguir así hasta el final, si verdaderamente aspira no sólo a conseguir la libertad de su padre, sino a hundir a Wallace.

—Pero... ¿tendré que irme con él..., después de... la boda? —preguntó ella tímidamente.

—No. Al salir de la iglesia, usted volverá al hotel y él se irá a donde le parezca. La boda se celebrará en secreto y al día siguiente se entablará la demanda de divorcio. El duque le asigna una pensión de quince mil libras.

—¿Para mí?

—No. Para Margarita Boyd. No sé qué pretenderá Wallace arrancándole esa asignación. Ya lo sabremos.

—¿No ha sucedido nada más? —preguntó ella, medrosa.

Saúl dudó un momento en responder y luego respondió:

—Sí, pero no creo que tenga mucha importancia. Mañana me batiré con el duque.

—¡No! —exclamó ella, levantándose impetuosamente y aferrándole por los brazos—. ¡Eso no, no quiero!

—¿Qué puedo hacer yo si fue él quien me desafió?

—Pero puede caer alguno de ustedes por mi culpa y yo..., yo...

—Vamos —repuso Saúl, sonriendo animosamente—, no se desespere. He elegido arma y la manejo bastante bien. El duelo será a espada y procuraré hacerle el menor daño posible. Si hubiese sido él el ofendido, nos tendríamos que batir a pistola, que la maneja estupendamente y no daría un penique por mi vida. Todo se arreglará.

Margarita se dejó caer desalentada sobre el sillón y Saúl, después de recomendarle calma, abandonó la estancia.

Los detalles del duelo se solucionaron rápidamente. Saúl no quiso mezclar a Wallace en aquel asunto y eligió dos tipos de aspecto marcial, que dijo eran amigos suyos. Parecían militares retirados, como militares parecían los padrinos del duque.

Concertadas las condiciones, al día siguiente muy temprano, dos autos partieron con dirección desconocida llevando cada uno a un duelista y a sus padrinos.

Mediado el día, Saúl apareció en el hotel yendo directamente al

cuarto de Margarita que había quedado presa de la angustia.

El joven aparecía con un brazo —el izquierdo— fuertemente vendado y sujeto al pecho por un cabestrillo.

—¡Oh! —exclamó ella azorada—. ¿Le hirió?

—Sí, pero no se alarme. Fue algo escandaloso, mas no grave. Un pinchazo en el antebrazo que me impidió continuar el duelo. El duque maneja muy bien la espada, pero ya pasó todo.

—¿No volverá a retarle?

—No creo... Al menos mientras esté herido.

—Es terrible todo esto —aseguró Margarita—. Le juro que no me siento con ánimos de continuar esta farsa.

—Pues ahora es cuando hay que llevarla hasta el final. Lo peor ha pasado y nuestra revancha se acerca.

—¿No podría usted adelantarme algo para que estuviera más segura de mí misma? Ya ha podido observar que a pesar de todo, no me he traicionado.

—Se hubiese traicionado de conocer mis planes, los que por otra parte aún no están muy maduros, porque hay algo que ignoro y a lo que tendré que subordinar mi actuación. Domine un poco esos nervios y tenga fe en mí. No olvide que he jurado por alguien triunfar y quiero que esa persona se alegre al saber que tuvo la virtud de inculcarme esta fe maravillosa.

Saúl abandonó la habitación y se dirigió a las oficinas de Wallace para darle cuenta del resultado del duelo.

Wallace se mostró encantado de un final tan poco dramático y aunque se conolió falsamente de que su aliado hubiese resultado herido, en el fondo aquello le importaba un ardite.

Dio orden al joven de que Margarita se cuidase de preparar el ajuar de boda y advirtió:

—Cuando todo esté listo, avíseme. Yo me cuidaré de tener lo demás preparado para el día de la boda.

—¿Dónde se va a celebrar?

—Ya se lo diré. Esos detalles son cuenta mía.

—¿Debo invitar a alguien?

—No. El asunto quedará en el mayor secreto.

—¿Y los testigos?

—Yo los proporcionaré.

Saúl no pudo arrancarle más detalles y aunque esto le causó

gran contrariedad, pues necesitaba saber cómo se iba a mover su verdugo para estudiar sus planes futuros, tuvo que resignarse a caminar a ciegas.

Al regresar al hotel, dio cuenta a Margarita de la conversación sostenida con el viejo usurero, y la joven, aunque cada vez se sentía más inclinada a no proseguir la farsa, tuvo que resignarse y no desmayar.

Aprovecharía aquellos días para hacer una visita a su padre, recomfortándose con saber que continuaba recuperándose en su salud y después, iría a la modista a encargarse el fatídico traje de boda.

CAPÍTULO XI

VISPERAS DE TRAGEDIA

Las oficinas de Francis Wallace en Richmore, estaban instaladas en un suntuoso edificio de reciente construcción, todo él destinado a departamentos comerciales.

Se abría al público casi enfrente a la escalera y junto a él, otro departamento ostentaba un rótulo sobre la puerta que anunciaba:

ELLERY MERRISMAN

INFORMES COMERCIALES

El departamento, reducido, pues se componía de un diminuto recibidor, el despacho del agente y una pequeña habitación destinada a la mecanógrafa, no parecía muy visitado, pues sólo de vez en cuando, acudía algún cliente a solicitar informes, sin que la clientela demostrase una inclinada preferencia por aquel despacho.

Un viernes por la tarde —al siguiente día de celebrarse el duelo entre el duque y Saúl— un caballero de cierta edad, con grandes y blancas patillas, levita muy ceñida y botines color gris perla, se presentó en la agencia de informes solicitando hablar reservadamente con el director.

Éste le recibió secretamente en su despacho situado al fondo de la agencia y durante dos horas se mantuvieron encerrados en él.

Cuando el caballero abandonó el departamento, el agenciero llamó a su mecanógrafa y advirtió:

—Nora, tengo necesidad absoluta de salir de Inglaterra durante un mes. Como el negocio es reducido, he pensado cerrar hasta el regreso. Le dejaré pagado un mes de vacaciones y otro de gratificación para que las pase usted alegremente y a mi regreso le

avisaré para que reanude sus actividades.

—¿Cuándo piensa usted marchar, señor Merrisman? —preguntó la mecanógrafa, sorprendida.

—Mañana por la mañana. Han venido a proponerme un trabajo de informes muy delicado que debo hacer personalmente y no puedo perder tiempo. Así es que aquí tiene el cheque para que cobre mañana y desde este momento puede empezar a disfrutar su permiso.

—Muchas gracias —dijo Nora, alegremente.

—Bien, recoja usted sus cosas. Pero oiga esto: nadie debe saber que me marcho. No hable con persona alguna, pues mi trabajo es muy delicado. Adiós y que se divierta mucho. Hasta la vuelta.

Aquella noche, el señor Merrisman se entrevistó con el misterioso sujeto de horas antes, en un café cerca de las oficinas, haciendo entrega de las llaves y el misterioso sujeto le dio a cambio un cheque, que el señor Merrisman guardó cuidadosamente en su cartera.

—¿Qué piensa usted hacer entretanto?

—Tengo un sobrino que se acaba de casar en Escocia y voy a aprovechar esta sorprendente vacación para visitarle.

—Muy bien. Puede usted irse tranquilo, que encontrará todo intacto a su regreso.

Al día siguiente, sábado, el anciano de las blancas patillas se aposentó en las oficinas, cuidando de colocar sobre la puerta un cartel que decía:

CERRADO HASTA EL PROXIMO MES,

POR VACACIONES

Aquella tarde, sus empleados se despidieron como de costumbre y Wallace cerró cuidadosamente la puerta, guardándose la llave.

Pero a altas horas de la noche, cuando los pisos permanecían en silencio, el viejo de las blancas patillas y un hombretón alto y fornido, de pelo rizado y anchas espaldas, que había quedado en el departamento de informes comerciales, salieron al pasillo y con buen número de aparatos extraños, probaron a forzar cautelosamente la puerta de la oficina, hasta conseguirlo.

Satisfechos de su éxito, regresaron a su departamento y

volvieron cargados con cables, unos pequeños aparatos y un maletín con herramientas y encerrándose en la oficina de Wallace, permanecieron en ella toda la noche del sábado y parte del domingo.

Cuando a la hora del almuerzo abandonaron el departamento, volvieron a la agencia de informes y permanecieron en ella hasta bien avanzada la noche, desapareciendo a dicha hora contentos de su actuación.

Aquella mañana; Wallace llamó al encargado de sus oficinas y le dijo:

—Jones, tengo un trabajo para ti.

—Bien, jefe, ya sabe que soy suyo en cuerpo y alma.

—Bien a pesar tuyo. Te ganarás cien libras con poco esfuerzo.

—¡Magnífico! Ya estaba deseando que surgiese algún trabajo extraordinario.

—Éste te irá muy bien. Es algo que te hará recordar tu antigua profesión.

Jones hizo una mueca de desagrado y Wallace, al observarlo, añadió:

—No creo que ahora sientas escrúpulos de conciencia. Si no supiste a su debido tiempo cumplir con tus deberes de pastor de almas, no creo que ahora...

—Dejemos eso, ¿quiere? ¿Qué debo hacer?

—¿Conoces Reigate?

—Sí. Está a pocas millas al sur de Londres.

—Bien. Allí existe una pequeña iglesia con un vicario de bastante edad, que vive completamente solo. Tienes que ir allí a estudiar sus costumbres y, sobre todo, debes familiarizarte con la capilla y conocerla como si la hubieses habitado varios años.

—¿Nada más?

—Sí. Hay más. Dentro de unos días, ya te avisaré le fecha, te enviaré dos hombres para que te ayuden. Vuestra misión será haceros cargo del vicario y llevarle a muchas millas de Reigate para que no pueda estorbarnos en unos días.

—¿Qué más?

—Tú, que además de ex pastor de almas, has sido actor de teatro, saltador de Bancos, falsificador de billetes y otras «nobles artes», procurarás «arreglarte» la cabeza de forma que te parezcas

todo lo posible al verdadero vicario de Reigate.

—¿Qué pretende usted con eso? —preguntó Jones, alarmado.

—Una cosa sencilla. Un día se ha de celebrar allí una boda y tú tienes que ser el que bendiga la unión.

—¡Pero si yo no puedo hacerlo! Me retiraron las licencias y el matrimonio será nulo.

—Ya lo sé y eso es lo que quiero. Me basta con que se extienda el acta del falso matrimonio y poseerla después. La arrancarás del libro y me la traerás aquí.

—Pero ¿qué pasará cuando el verdadero vicario aparezca? ¡Se descubrirá todo!

—No se sabrá más que el vicario desapareció raptado y volvió a aparecer. Como del falso matrimonio no quedará constancia, el asunto será un misterio y lo achacarán a un rapto de algún maniático.

—Pero ¿y los novios... y los testigos?

—De los primeros no te preocupes, y de los segundos, como serán los mismos que te ayudarán a raptar al vicario, nadie tendrá nunca noticias de ellos.

—¿Es eso todo lo que debo hacer?



Estaba presto a disparar.

—¿Quién es el novio?

—Allí lo sabrás, pero ten en cuenta esto; cómete la lengua antes de revelar una palabra de esto, o no tardarás en verte en un penal del Estado para muchos años. Ya sabes que tengo algo que te agarrota a mí.

Jones torció los labios agriamente ante el recordatorio y afirmó

con humildad:

—Usted sabe que puede tener confianza en mí. Siempre he sido hábil y discreto.

—Por eso has vivido bien a mi lado, no lo olvides.

Wallace despidió a su empleado con un gesto, enviándole a ocupar su puesto habitual.

* * *

Aquella mañana, Saúl apareció inopinadamente en las oficinas.

Wallace, que no le había mandado llamar, se mostró muy sorprendido de la visita y al observar en el rostro del joven, reflejada una gran preocupación, preguntó alarmado:

—¿Qué sucede?

—No lo sé, pero vengo a informarle. Estoy muy intranquilo porque hemos recibido la visita del inspector Graven de Scotland Yard.

Wallace palideció al oírle y preguntó ansiosamente:

—¿Qué quería ese maldito policía?

—Concretamente no lo sé, pero debe obedecer a algo que ha intentado el duque para librarse de esta trampa. Nos pidió la documentación, que examinó atentamente, y se mostró al parecer muy sorprendido al comprobar que estaba en regla.

—¿Qué esperaba ese pajarraco? —comentó con orgullo Wallace—. ¿Que yo hubiese hecho las cosas a medias?

—No sé. Yo me mostré muy indignado por la visita y la petición de documentos y le pregunté de qué se nos acusaba. Pareció muy contrariado y nos respondió que, concretamente y de momento, de nada, pero que existían ciertos informes dudosos sobre nosotros en Scotland Yard y debía comprobar nuestras personalidades.

—¿No fue más explícito?

—No. Se limitó a decir cuando se iba: «Señor Boyd, si de algo le sirve mi consejo, seleccione sus amistades y estudie bien con quién se reúne. Hay personas que le rodean a las que usted ha concedido demasiada amistad y un día pueden ocasionarle un serio disgusto. No olvide esta advertencia y vea si la considera de utilidad».

Wallace quedó silencioso. Comprendía que tarde o temprano la policía se pondría en movimiento para controlar sus actos y el instinto le advertía que no debía seguir jugando con fuego mucho

tiempo.

Pero reaccionando, tranquilizó a Saúl:

—No se alarme; ya sé que la advertencia va por mí, porque hace tiempo que me buscan las vueltas, pero andan a ciegas. Siempre he dejado cubierta mi retirada y jamás han podido encontrar lo más mínimo para aproximarles a mí.

—Sí, pero ¿y nosotros?

—¿Es usted idiota? ¿Cómo voy a dejar cabos libres para mis cómplices si sería dejarlos en contra mía? Podrán sospechar de ustedes lo que quieran, pero nunca acusarles concretamente de nada. Ésta es mi habilidad.

—¿Usted cree que el duque...?

—Quizá haya ido a denunciar que le hemos hecho víctima de un chantaje, pero no tiene pruebas. Cuando ha firmado un compromiso de boda, es porque lógicamente no tiene la conciencia tranquila y no puede evadirse de ello. Déjeles que olfateen; cuando llegue a su nariz el olor a guisado, ya nos lo habremos comido nosotros.

—Bien, no sabe usted el peso que me ha quitado de encima con sus palabras. Me alegro por Margarita, que se ha asustado enormemente y quería renunciar a consumir el último acto.

—¿Qué dice usted? —rugió Wallace—. Soy capaz de matarla si me estropea el plan cuando virtualmente está terminado. Saúl, si en algo estima su libertad y su dinero, cuide de que siga mostrándose tan actriz como fue aquella noche. Será la única forma de que los dos se libren de algo trágico.

—Lo procuraré. ¿Tiene usted alguna instrucción que darme?

—Sí. Dígale a la chica que dentro de ocho días será la ceremonia del enlace.

—¿Nada más?

—Algo más, porque ahora no conviene que le vean conmigo. Las instrucciones son las siguientes: Usted avisará al duque de que el miércoles de la próxima semana, se celebrará el enlace en la capilla de Reigate. A las ocho de la mañana deberá estar allí y puesto que ha exigido el secreto, que vaya completamente solo, ya que usted aportará los testigos. Ese día, de madrugada, saldrá usted en auto con la muchacha y se dirigirán directamente a la iglesia, donde se celebrará la ceremonia. Todo estará arreglado con el vicario para que no pierdan un solo minuto.

—¿Y después?

—Búsquense un hotel de segundo orden en un lugar retirado y vuelvan a él cuando termine el acto. Quiero que de momento desaparezcan de los lugares ostensibles hasta que el asunto quede terminado.

—Perfectamente. ¿Dónde debo verle?

—Yo le avisaré por teléfono y usted a mí cuando quede instalado en su nueva residencia. Buena suerte.

—Buena falta nos hace a todos —repuso Saúl con una sonrisa que era una mueca de amenaza.

Wallace sonrió también al ver marchar al joven. El último acto de su grandioso drama se iba a representar en breve y estaba seguro de que para él sería glorioso porque le iba a proporcionar muchos miles de libras. Después... abandonaría Londres por una larga temporada, o quizá para siempre. La visita hecha por Scotland Yard era una advertencia que él no podía desdeñar. Sabía que ciertos sucesos en los que se vio mezclado le habían señalado como dudoso en el famoso centro policíaco y no ignoraba que éste, cuando metía su larga nariz en asuntos sospechosos, solía poseer un olfato formidable para descubrir el guiso y no quería verse expuesto a perderlo todo por apurar sus planes hasta un límite en que la caldera podía estallar.

El duque debía ser su última y más codiciada presa. Cuando comprase su libertad a peso de oro, habría llegado el momento de dar un adiós a la ciudad de la bruma y, para hacerlo, ya tenía todos sus asuntos preparados, un buen pasaje para América y documentación en regla para esfumar de la circulación la misteriosa figura de Francis Wallace.

* * *

Margarita, a quien Saúl había tenido que sermonear largamente para convencerla de que debía seguir la farsa hasta el final, aceptó por fin resignada y se prometió hacer una visita a su padre unos días antes de la trágica boda.

Quería convencerse de que su mejoría iba en aumento, única cosa que le daría fuerzas para llegar al fin.

Pero la víspera de disponerse a marchar al sanatorio, recibió una carta de su padre que decía:

«Queridísima hija Margarita:

»Te envió estas líneas para rogarte que si, como supongo, pensabas venir a visitarme esta semana, no lo hagas.

»Se ha declarado un conato de gripe en el sanatorio y los médicos, para evitar contagios, han decidido suspender las visitas hasta nueva orden.

»Por ello, te ruego que no vengas, pues se mostrarían inflexibles y no te dejarían pasar.

»Me alegra decirte que estoy mucho mejor y que ya abandono el lecho y me paseo por las galerías sin fatiga ni tos. Tan bien estoy, que me dicen que quizá dentro de un mes podré salir de aquí completamente restablecido, para volver a nuestra casita a vivir juntos de nuevo.

»Cuídate mucho, sigue pensando en mí y recibe cariñosos abrazos de tu padre que te adora,

»Wall».

Margarita se sintió muy reconfortada con esta carta que le enviaba su padre, aunque sufrió una gran decepción por verse privada de verle en aquel momento crítico en que más necesitaba de sus abrazos y de sus palabras para no desmayar; pero resignándose, se dispuso a sufrir la última amargura que le llevase al final deseado, si en efecto no le habían engañado y aquél era el final.

CAPÍTULO XII

LA ÚLTIMA JUGADA

Serían las seis de la mañana, cuando Saúl, que apenas había dormido en toda la noche, salió al pasillo llamando discretamente a la puerta del departamento de Margarita.

—La hora, Margarita —advirtió el joven—. Hoy jugamos la última carta y hay que hacerlo con valentía.

—¡Ojalá no llegásemos nunca! —exclamó la muchacha con voz sorda.

—No diga esas cosas, señorita Belfin —advirtió él—. Dese prisa y no descuide su atuendo o llegaremos tarde.

Ella, indecisa, observó:

—Si al menos tuviese alguna seguridad del triunfo, me sentiría con ánimos para...

—¿Sigue usted teniendo fe en mí?

—Procuró tenerla o me moriría de angustia.

—En ese caso, yo le aseguro que la victoria será nuestra aunque en algún momento le parezca imposible. Dentro de tres cuartos de hora volveré en su busca.

Al volver, lo hizo vestido de frac.

—¿A dónde va tan de rigurosa etiqueta?

—¿Es que para asistir a la boda de un duque y de una futura duquesa, puede hacerse menos? A tal señor y señora tal honor —comentó él jovialmente.

Margarita no pudo por menos de sonreír al oírle y él, mirándola con admiración profunda, comentó:

—¿Y usted? ¿Se ha visto nunca una novia tan bella y tan ideal? Le juro que si de algo siento envidia en la vida, es de no ser en este momento el elegido de su corazón para llevarla al altar así de

hermosa.

—¿Quiere usted guardar los elogios para ocasión menos trágica? Si estuviese usted dentro de mí, comprendería el humor que tengo para bromas y alabanzas.

—Me hago cargo de ello, pero no debe acentuar los tonos sombríos de su alma... ¿Vamos?

Ella palideció al oír la invitación.

—¿Y tendré que pasar por delante de todo el mundo así vestida?

—No se asuste. Saldremos por la escalera de servicio en la que a estas horas no habrá nadie. Échese ese abrigo por encima y nadie tendrá ocasión de fijarse en usted. El auto nos está esperando.

Al momento de salir, un pobre se acercó a Saúl con la mano extendida.

El joven le observó y mientras fingía buscar dinero en sus bolsillos, cruzó algunas palabras con él. Luego, le socorrió y alegre y satisfecho subió al auto ordenando al chofer:

—A Reigate. Debemos estar a la puerta de la iglesia a las ocho en punto. Ni un minuto antes o después.

El vehículo emprendió la marcha y Margarita, que había observado el magnífico auto, preguntó:

—¿Dónde ha alquilado usted este hermoso automóvil?

—Se lo he pedido prestado a un amigo. Acaba de adquirirlo y me he comprometido a verificar la prueba con él.

Ambos guardaron un momento de silencio y Saúl, que luchaba por decir algo a la joven sin atreverse, hizo un gran esfuerzo y tomándola de la mano sin que ella hiciese esfuerzo alguno por retirarla, preguntó:

—Margarita, ¿quiere usted contestarme con el corazón en la mano a una pregunta que voy a hacerle?

—¿Le he engañado a usted en algo?

—No. Pero necesito que sea brutalmente sincera en la contestación. ¿Posee aún plena confianza en mí?

Ella ponderó un instante la pregunta para contestar:

—Tengo confianza en usted simplemente. Hasta ahora, no he tenido ocasión de comprobar si me ha engañado o no. Ésta es la justa contestación que puedo darle. Si le sirve...

—No —afirmó Saúl nervioso—. No me basta, porque sin esa confianza absoluta que necesito, quizá usted no esté dispuesta a

realizar lo que yo le pida y, sin embargo, es elemental que así sea. Por eso necesito una fe ciega.

—¿Con qué garantías, Saúl? Hasta ahora se ha limitado a pedirme fe y confianza, pero usted no ha tenido un rasgo humano para inyectarme esa fe que yo sola he tenido que crearme... ¿Por qué siendo así se muestra tan exigente y no corresponde a ello?

—En cierto, tiene usted toda la razón y... sin embargo, bien sabe Dios que no ha sido por falta de deseo, sino porque una necesidad imperiosa ha sellado mis labios y los sella aún... Sólo puedo hacer un juramento que mantengo y quisiera que se apoyase en él para complacerme.

—¿Qué es lo que va a exigir ahora de mí?

—Algo que puede parecerle absurdo y hasta doblemente perjudicial, porque se sale de lo que le ha pedido Wallace. No obstante, precisamente porque no es lo que él exige, es por lo que necesito que sea así.

—¿Quiere decirme ya lo que es? Está usted acabando con mis pocos nervios.

—Pues bien, óigalo. El duque no asistirá a la ceremonia del enlace.

—¿Qué dice usted? ¿Es que acaso...?

—Es simplemente que yo no le he avisado.

—Entonces, ¿qué pinto yo en este acto?

—Es que seré yo quien sustituya al duque.

—¿Cómo? —preguntó espantada.

—Óigame bien. Yo falsifiqué un día la firma del duque en un cheque y esto me valió caer en las garras de Wallace. Hoy voy a falsificar de nuevo su firma, porque así importa a nuestros intereses.

—Entonces... el duque... no se verá comprometido...

—A los ojos de Wallace, sí, y esto será mi arma principal. Él lo ignorará, pero así tiene que ser.

—¿Es eso todo?

—No. Hay algo más y esto es lo que no puedo explicarle en este momento. Yo voy a sustituir al duque, pero usted va a firmar el acta con su verdadero nombre y apellido.

—¿Qué dice usted? —preguntó aterrada la joven—. ¿Usted sabe lo que me pide y a lo que me comprometo?

—A todo y a nada. Si un día se demuestra que la firma del

duque se ha falsificado en la partida de casamiento, usted no se habrá casado con él, y, por lo tanto, la boda es nula. En cambio, nadie podrá acusarla de haberse casado con un nombre falso.

Ella ponderó las razones de Saúl y después de mirarle intensamente a los ojos, murmuró:

—Saúl... No sé por qué es en este momento cuando ha logrado inspirarme una ciega y absoluta confianza. No alcanzo a comprender las razones que le mueven a torcer las órdenes de Wallace y a exponerse y exponerme a sus represalias, pero quiero ver en esta acción un deseo noble de salvarme y lo acato. Seguiré sus instrucciones al pie de la letra y que Dios se lo tenga en cuenta si me engaña y si sus planes se quiebran y todo se hunde trágicamente.

—No lo creo, pero si algo fallase en este «puzzle», escuche bien esto: mataría a Wallace fríamente y no se reiría de nuestro fracaso.

Algunas viejas aldeanas penetraban perezosamente en el templo.

Saúl, tranquilo al no observar nada anormal, se apeó, ofreciendo su brazo a Margarita, quien más blanca que el vestido que realzaba su hermosura, descendió medio desfallecida, dejándose arrastrar por él.

Todo lo más rápidamente que pudieron, cruzaron el atrio dirigiéndose a la sacristía. El vicario, un viejecillo encorvado, de ojos azules y claros de sonrisa simpática, les esperaba en unión de dos individuos vestidos con artesana elegancia.

—Bien venido sea usted, señor duque —saludó el vicario—, y bien venida su futura esposa. Le esperábamos ya, excelencia.

—¿Todo preparado? —preguntó Saúl nervioso.

—Sí. Aquí tiene Su Excelencia a los testigos. Cuando quiera podemos empezar la ceremonia.

—Por nosotros no la retrase ni un minuto.

El acto ritual fue sencillo y todo lo breve posible.

El vicario hizo las preguntas de rigor, que fueron contestadas firmemente por él y con voz estrangulada por Margarita.

Cuando todo estuvo terminado y el acta firmada por los testigos, Saúl se dirigió al vicario preguntando:

—¿Podría obtener ahora mismo una copia del acta?

—¿Tan rápidamente, señor duque? Creo que mañana...

—No. Ha de ser ahora mismo. Partimos para un largo viaje y

necesitamos ese documento. Yo le daré una buena limosna para sus fieles por lo que signifique de molestia.

El vicario se resignó y aplazando sus obligaciones, procedió a entregar a Saúl una copia en regla del acta.

Cuando él la tuvo en su bolsillo, entregó un billete de cien libras al vicario, que le miraba con ojos de asombro y después de estrechar efusivamente la mano de los testigos, tomó del brazo a Margarita y medio la tuvo que arrastrar hasta el coche.

Cuando estuvieron dentro, ella se dejó caer desfallecida en el asiento, preguntando:

—¿Qué pretende con esas prisas para obtener la copia?

—Mucho y nada. Hay terremotos, huracanes e incendios que pueden arrasar un poblado y deshacer una iglesia tan caduca como ésta, sin que quede ni rastro y no quiero exponerme a que desaparezca este precioso documento. Wallace no me lo perdonaría.

—No le entiendo, Saúl. ¿Es que le va a presentar usted esa partida cuando no es la que él deseaba?

—Claro que se la voy a presentar y estoy seguro de que me lo agradecerá. ¿Qué sabe él si ha sido o no el verdadero duque el que se ha casado hoy con usted?

—Pero verá que no ha sido con Margarita Boyd sino con Margarita Belfin.

—Y yo le justificaré la causa.

—¿Cómo?

—¿Quiere no preguntarme? Esa firma es el puñal que se le va a clavar en la carne cuando crea que sólo era el mango el que le amenazaba inocentemente.

Ella no contestó. Le dolía horriblemente la cabeza y estaba deseando verse a solas para desahogar sus nervios y no tener que soportar más aquel martirio.

El coche regresó a Londres y Saúl se dirigió al nuevo alojamiento que había escogido para Margarita y para él. Se trataba de un limpio, pero modesto hotel en Whitenall, cerca de Trafalgar Square.

Dejó a la muchacha en sus habitaciones para que procediese a despojarse de sus galas de novia y él pasó a las suyas a realizar lo propio.

Cuando se encontró vestido con su ropa ordinaria, entró a despedirse de la muchacha.

—¿A dónde va usted? —preguntó ella.

—Voy a meterme en la jaula del león con un papel en la mano para vencerle. Si no lo logro..., bueno, si no lo logro... ¡Creo que va a arder Troya!

—Me asusta usted, Saúl... ¿Qué pretende hacer?

—¿No le dije que éste era el acto final? Pues ha llegado la hora de levantar el telón. No se asuste y esté tranquila, pues si algún riesgo existe corre de mi cuenta.

—Pero yo no puedo consentir que usted solo...

—Déjeme hacer, ¿quiere? Ha llegado la hora de que los hombres actúen y las mujeres se eclipsen. Cuando yo salga de aquí, empaquetará usted toda su ropa, incluso ese vestido y en un taxi se va a marchar a su casa de la que no saldrá para nada, ¿me entiende? Para nada.

—Pero...

—¡Silencio! Margarita Boyd ha muerto hoy y nadie debe saber que existió. Es usted Margarita Belfin y jamás ha sabido usted nada de mi supuesta hermana. Quiero moverme libremente sin esa cola detrás de mí.

—¿Qué va a adelantar, si Wallace sabe...?

—Déjele que sepa, eso no me inquieta. Usted haga lo que le pido y espere tranquila. ¡Ah!... Tome esta cartulina; como verá, tiene medio nombre mío escrito, el otro medio queda en mi poder. Si alguien se le presentase con esta otra mitad, sígale y vaya a donde le lleve sin vacilar, pero si no se la presenta, no acompañe a nadie.

Margarita quiso protestar, pedir más explicaciones, pero Saúl, sonriente, estrechó su mano conmovido, diciendo:

—Creo que se acerca la hora de que cambie usted de opinión respecto a mí. Yo no sé si usted tendrá deseos de ello, pero por mi parte, puedo jurarle que lo anhele con toda mi alma. ¡Adiós!

Saúl abandonó la estancia y antes de salir a la calle, llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón extrayendo de él una magnífica pistola que guardó displicente en el bolsillo de la americana. Luego, silbando alegremente, buscó un taxi y se dirigió a Richmore. Cuando penetró en el despacho de Wallace, éste, mirándole ansiosamente, preguntó:

—¿Arreglado?

—Sin incidentes.

—¿Se celebró la boda?

—¿Por qué no había de celebrarse?

—No sé... ¿Puede alguien predecir lo que va a suceder dentro de cinco minutos?

—Es cierto. Pero en esta ocasión, todo marchó como una seda.

—¿Se resistió el duque? ¿Lanzó alguna amenaza?

—Ni palabra. Firmó el acta, un poco nervioso —quizá debido a la emoción— y se ausentó sin hacer comentarios.

Wallace respiró satisfecho. En sus malignos ojos refulgió una chispa de brutal regocijo que no pudo evitar.

—Bien —exclamó—, no tengo queja de ustedes porque se han portado bastante bien y lo tendré en cuenta.

—¿Nos queda algo por hacer?

—En este asunto, nada. ¿Dónde está la muchacha?

—En el hotel —mintió con descaro Saúl—. Descansa de tantas emociones sufridas.

—Creo que convendría sacarla de Londres. Me agradaría saber que no constituye un peligro, aunque remoto, mientras doy cima a mis planes.

—Me preocuparé de ese asunto. ¿Algo más?

—Nada más.

—Bien. En ese caso, ¿cuándo cobramos y cuándo nos devuelve nuestros documentos?

Wallace vaciló brevemente y luego respondió:

—Pasado mañana por la mañana pueden venir los dos y dejaremos saldados nuestros asuntos. Un poco caro me ha costado, pero espero no salir mal librado.

—¡Ah! Se me olvidaba. Como usted no recordó decir nada sobre el caso, después de dudar me decidí y exigí una copia del acta matrimonial.

—¿Una copia? —preguntó asustado Wallace—. ¿Quién le dio a usted orden de pedirla?

—Nadie; pero tampoco se me dijo que no debía pedirla y como entendí que podía interesarle el documento lo exigí cuando el duque abandonó la iglesia. No creo haber cometido algo que le perjudique.

—No, claro que no, pero... ¿se la dieron?

—Cierto que me la dieron. El vicario se negó a ello pero cien

libras acallaron todos los pretextos que puso y me la entregó en el acto.

Wallace al oírle sintió arder en su sangre la ira y replicó:

—¿Con que por cien libras accedió a...? Bien, ya me ocuparé yo de ese asunto. Gracias, Saúl, creo que ha hecho usted muy bien y se lo agradezco. Le daré esas cien libras, pero haga el favor de darme la copia del acta.

Saúl sacó la cartera y extrayendo el documento se lo entregó. Wallace lo devoró con la vista quedando satisfecho. El documento estaba en regla con sellos y firma así como el membrete de la iglesia del lugar de la ceremonia.

Pero al examinar las firmas, abrió mucho los ojos y quedó atónito.

—¿Qué es esto? —bramó furioso.

—¿El qué?

—La firma de esa loca. ¿Cómo ha firmado?

Saúl puso cara de ingenuo y echando un vistazo a la partida, exclamó:

—¡Es verdad! Ha firmado con su verdadero apellido.

—¿No lo había advertido usted? —preguntó inquieto el usurero.

—No. Conste que yo no actué ni de testigo. ¿Cómo habrá podido hacer esto? No me lo explico más que de una manera.

—¿Cómo?

—A causa de los nervios. Tenga en cuenta que llamándose «Margarita Belfin» y habiendo firmado siempre así, no tiene nada de extraño que en su azoramiento no recordara su apellido imaginario. ¿Qué podemos hacer ahora?

Wallace quedó rígido pensando con rapidez, pero de repente, distensionó sus nervios y rompiendo a reír, exclamó:

—Nada, Saúl; no podemos ni debemos hacer nada. Déjelo así, que para el caso es lo mismo.

Y sin querer dar más explicaciones, despidió al joven alegando que tenía muchas cosas urgentes de que ocuparse.

Cuando quedó solo se dedicó a reflexionar. Dos hechos le intrigaban sobremanera y tenía que estudiarlos con detenimiento para obrar en consecuencia.

Uno era aquella copia que tenía delante de sus ojos. No se explicaba como Jones a quien había dado orden de arrancar la hoja

con la partida de casamiento, había cedido a la tentación de ganar cien libras entregando aquella copia comprometedora, ni se explicaba por qué Margarita había firmado con su propio nombre y apellido.

A Jones ya le arreglaría las cuentas cuando apareciese por el despacho, cosa que no debía tardar en hacer.

Pensó en la extraña conducta de Margarita.

Wallace, en el momento oportuno, demostraría que la joven había realizado un acto de suplantación de personalidad e intento consumado de chantaje con el duque al seducirle con nombre supuesto, para después casarse con él usando su apellido verdadero, que como se trataba además de la hija de un estafador y falsificador, o el duque pagaba a peso de oro la adquisición de la partida o él lo lanzaría a los cuatro vientos propagando por los centros aristocráticos, que además de dejarse engañar por dos chantajistas, se había casado con una aventurera de nombre y familia indignos, echando así un borrón infamante sobre sus claros y añejos blasones.

Wallace no podía tener queja de su suerte. Todo se le presentaba a pedir de boca y explotaría el momento propicio para sacar de él muchos miles de libras y después...

Satisfecho de esta solución esperó febril el regreso de Jones y escribió una carta al duque citándole en su despacho para el día siguiente, afirmando que se trataba de algo extraordinario y grave, que le afectaba en su honor y en su porvenir.

CAPÍTULO XIII

LA HECATOMBE

Wallace pasó la tarde más cruel de toda su vida.

Jones, que debía estar de vuelta poco después que Saúl, no apareció en todo el día, y cuando llegó la hora de cerrar, no había dado señales de vida.

Aquella noche, no durmió en su casa como medida de precaución y al día siguiente, antes de aparecer por la oficina a la hora justa en que había citado al duque, telefoneó preguntando si había alguna novedad.

Pero convencido de que nada sospechoso se descubriría, se armó de valor y a la hora en punto subió a las oficinas.

En ellas, todo estaba en orden y aunque Jones no había aparecido, se tranquilizó. Ya no le cabía duda de que su aliado había sentido miedo de presentarse ante él y como este detalle no le afectaba gran cosa, procuró olvidarlo, atento al gran negocio que debía resolver pasados pocos minutos.

Momentos después, el empleado anunciaba al duque y Wallace dio orden de recibirle y de que su empleado se ausentase hasta el mediodía.

El duque, impaciente, arrojó sobre la mesa la carta de citación diciendo:

—¿Puedo saber qué desea usted de mí para citarme de esta manera tan... espectacular?

—¿No se sienta Su Excelencia? —preguntó Wallace sin contestar a la pregunta.

—No. No quiero ensuciar mis ropas en esta casa. Dígame pronto lo que sea, aunque presiento que no será nada agradable ni decente.

Wallace replicó irónico:

—Se equivoca usted, señor duque, y si no me hace el honor de sentarse, no podré explicarle por qué le he llamado para hacerle un favor que no sospecha.

—¿Un favor «intasable» o «tasable»?

—Hay favores que aun pagándolos, no tienen precio y éste es uno. Siéntese, por favor.

El duque se resignó y, tomando asiento frente a él, encendió su pipa y con la mano derecha metida en el bolsillo de la americana, esperó.

Wallace, después de pensar cómo debía dar comienzo a la conversación, preguntó:

—Usted se casó ayer, ¿no es así?

—¿Puede importarle a usted mucho eso? Este asunto es particular mío y, por otra parte, no necesito corroborar lo que usted y el chantajista de su amigo Saúl tramaron contra mí.

—Ahí voy a parar para demostrarle que está usted equivocado, señor duque —afirmó Wallace—. Es cierto que yo intervine en el asunto, pero puedo asegurar que lo hice de buena fe y un poco sugestionado por Saúl. Éste me había hecho partícipe de los temores que sentía de que usted no se comportase como era debido con su hermana y la casualidad hizo que de un modo incidental fuese testigo de aquella escena edificante que ahora «sé» que fue un lazo para cazarle.

—¿Cómo? —preguntó el duque intrigado—. ¿Que ahora sabe usted que fue un lazo para cazarme?

—Sí. Lo he sabido por una serie de hechos incidentales que sería muy largo de explicar, pero que para el objeto son lo mismo.

—¿No puede usted ser más explícito?

—Sí. Por una verdadera casualidad, he sabido que Saúl es un aventurero que no tiene diez peniques y que su hermana no es tal hermana, sino una aventurera hija de un ladrón y falsificador, que siguiendo las artes de su padre, se ha aliado con él para tenderle ese lazo y explotarle inicuaamente.

—¿Puede usted demostrar eso?

—Poseo algo que puede demostrarlo en momento oportuno.

—¿Cuál es su intención entonces, señor Wallace?

—Ponerle a usted en antecedentes de lo que sucede y brindarle la ocasión de liberarse de ese lazo que le ha llevado a usted hasta el

trance de dar su apellido a una indigna aventurera.

—Se lo agradezco, pero no sé cómo va a evitarlo ya. La boda se ha llevado a efecto y eso no puedo evitarlo ni borrarlo.

—¿Usted cree? ¿Y si yo le dijese que no existen más pruebas del enlace que las que yo tengo en mi poder?

—¿Cómo?

—Sí. Yo he sabido todo con el tiempo justo para hacer desaparecer de la iglesia de Reigate la partida de casamiento. El libro aparece limpio de esa mancha en su honor, porque yo he pagado bien a alguien para que se apodere de ello.

—Demuéstrelo usted.

—Aquí está el acta firmada —dijo mostrándola a los ojos del duque—. ¿La reconoce usted?

Charles tomó el acta examinándola atentamente; luego la dejó sobre la mesa diciendo:

—Esto no dice nada. Es una copia.

—El original ha desaparecido de allí y, si lo duda, podemos ir a Reigate a comprobarlo.

—Admitido, pero ¿cómo me demuestra usted que Margarita Boyd no es la persona que fingía ser?

—¿No se ha fijado usted en la firma? ¿No ve que el apellido es el suyo verdadero? Firmó con él para hacer valer sus derechos en todo momento.

Charles volvió a examinar el acta y de nuevo la dejó sobre la mesa, siendo esta vez recogida por Wallace.

—Bien —exclamó el duque—. ¿Quiere usted dejarse de rodeos e ir derecho al asunto? No es usted persona capaz de albergar tales sentimientos y espero que me diga claramente a dónde va a parar con tantas explicaciones.

—Pues a que espero se dé cuenta del escándalo que se produciría en su mundo elegante si se divulgase que usted, no sólo se había dejado engañar vilmente, sino que se había casado con una aventurera hija de un ladrón y falsificador.

—Conforme. Siga con su idea...

—Mi idea es venderle esta acta. Desaparecida, usted se verá libre como antes de la boda y ellos se encontrarán burlados y a merced de usted que puede encarcelarlos.

—Ya... ¿Y cuánto pide por ese documento?

—Ciento cincuenta mil libras.

—¿Nada más? —preguntó sonriente el duque.

—¿Es que le parece excesivo el precio? Usted posee dos millones en metálico, más una hacienda considerable. Ciento cincuenta mil libras son un grano de arena para evitar ese grave escándalo y aún más, el tener que divorciarse y pasar una renta perpetua a su esposa, que a la larga sería más elevada aún. ¿No lo comprende?

—Sí. Es usted un magnífico tasador, pero no me interesa. No doy dos peniques por esa acta.

—¿Lo ha pensado usted bien?

—No lo he pensado siquiera, sino que he decidido no comprarla. Si he de tratar con granujas, prefiero hacerlo con los que se han expuesto a sufrir las consecuencias de sus actos.

—Bien —replicó Wallace perdido el control de sus nervios—, pero con eso no se librará usted del escándalo. Yo poseo todos los documentos precisos para un reportaje que más de un periódico me pagaría muy bien.

—¿Está usted seguro? —preguntó el duque irónico.

Wallace, inquieto, se dirigió a su caja de caudales y abriéndola extrajo una caja que mostró al descubierto.

—Vea —exclamó—, aquí hay un cheque que lleva su preciosa firma y que, sin embargo, no firmó usted sino Saúl, quien la imita muy bien. Me lo endosó en un momento trágico para él y luego me firmó esta carta en la que reconoce que él firmó ese cheque. A cambio de esto, le perdoné las ocho mil libras que le presté en el club. Aquí en este sobre tengo otra declaración firmada por el padre de Margarita, reconociendo que robó en la Casa de la Moneda un billete de cien libras y aquí en este otro, un billete falso y una declaración de Wall, reconociendo que él es el autor de la falsificación. Con todos estos documentos, irán a la cárcel y usted no podrá evitar que se sepa que se ha casado con una impostora, hija de un falsificador y ladrón.

El duque se levantó fríamente, advirtiéndole:

—Le falta a usted un documento y yo se lo brindo para que lo añada a esa preciosa colección.

—¿Cuál? —preguntó nervioso Wallace.

—Esa acta de matrimonio, que también es falsa.

—¿Cómo falsa? ¿Qué dice usted?

—Me explicaré. No sé si será falsa, acaso no, pero lo que sí puedo afirmar es que esa firma no es la mía.

—¿Podría usted demostrarlo ante un perito calígrafo?

—Podría demostrarlo ante mil. ¿Quiere usted una prueba rotunda?

Wallace, rojo de ira, y mirando en derredor como un gato acorralado, gritó:

—Entonces, ¿de quién es esta firma?

El duque no tuvo tiempo de contestar. En el despacho, se oyeron voces y pisadas y golpes en la puerta.

El duque se levantó diciendo:

—Como nuestra conversación ha terminado, puede usted abrir. Ya nada tenemos que tratar.

Wallace, con los ojos desorbitados y temblándole las manos, tartamudeó:

—No... No abriré... Presiento una traición y...

Hizo ademán de introducir la mano en el bolsillo de su levita, pero el duque, más rápido, sacó la suya y mostrando un magnífico revólver, ordenó amenazador:

—¡No haga ningún movimiento o dispararé sin preocupación por mi parte! Abra la puerta...

Wallace, aterrado, avanzó y con temblona mano recorrió el pasador bajo la vigilancia del duque.

Súbitamente, el agenciero retrocedió como una fiera acorralada.

En el vano de la puerta, habían aparecido Saúl, Margarita y el inspector Graven, que les acompañaba.

—Buenos días —dijo alegremente el joven—. ¿Qué hay, señor Wallace? ¿Ha dejado usted ya arreglado ese pequeño asunto con mi amigo el duque?

—¿Qué significa esto? —preguntó Wallace—. ¿Es que me ha hecho usted traición, cerdo?

—Casi podría afirmar que sí.

—¿Y ha sido usted tan insensato que no ha medido las consecuencias? Bien; usted podrá perderme a mí pero ¿y usted? ¿Cree que se va a librar de ir al presidio por su acción? No, amiguito, tengo un cheque falsificado por usted y endosado además, con una carta en la que reconoce que la firma que estampó en ese cheque es la del duque de Ascot.

—¿Y usted cree que voy a negarlo? No, señor Wallace. Ante cualquier tribunal, reconoceré que esa firma es mía porque da la casualidad de que el duque de Ascot... SOY YO MISMO.

Margarita que, toda temblorosa seguía con interés la intensa acción dramática, abrió los ojos enormemente al oír la sorprendente afirmación y emitiendo un agudo grito, cayó privada de conocimiento.

Saúl, verdadero duque de Ascot, volvió la cabeza, alarmado y dirigiéndose al inspector Graven, suplicó:

—Inspector, ¿quiere usted ordenar que atiendan a la joven? Nunca creí que la revelación pudiera producirle tan extraordinario efecto.

Graven llamó al sargento Will, que se hallaba fuera y le ordenó cuidarse de Margarita.

El duque más aliviado, avanzó sonriente y dirigiéndose a Wallace, que se había dejado caer medio deshecho sobre un asiento, continuó:

—Sí, señor Wallace, y usted, que es un hombre tan listo y tan malévolo, no ha podido sospechar que ha caído en uno de sus hábiles lazos.

»Yo soy el duque de Ascot, y aquí, y el que para el mundo lo ha sido durante unos meses, es mi íntimo amigo y compañero de armas en la Policía Montada, Arthur Clive. Nos hemos divertido jugando un poco a los detectives para cazar un pájaro de gran tamaño como es usted y no nos negará que el juego nos ha salido bastante redondo.

Luego, como observara que Wallace era incapaz de reaccionar, añadió:

—Usted fue tan cándido que supuso que yo era un provinciano capaz de dejarme envolver en sus argucias como picó el pobre Jenkins y cuando yo fingí falsificar mi propia firma en el club. Esto le perdió y desde aquel momento el cazador era yo y la pieza usted.

El viejo mordiendo los labios con rabia, gritó:

—Bien. He jugado con usted y he perdido, pero no todas las bazas. Usted podrá demostrar que era el duque y que no hubo falsificación, pero no podrá salvar a la chica ni a su padre. Usted ha sido aliado de una aventurera que actuó con nombre falso y que además es hija de un fuera de la Ley. Tengo ahí los documentos que

lo atestiguan; además, se ha casado usted legalmente con ella y no podrá evitar el escándalo, pues insto al inspector a que se haga cargo de esos documentos.

—Es usted un infeliz, Wallace, si cree que yo hago las cosas a medias. Ahora mismo puedo demostrarle que Margarita Boyd ha actuado con tal nombre, con anuencia de Scotland Yard, que le autorizó a fingirse quien usted quería, para secundar nuestros planes. Tengo en mi poder el documento que la acredita afiliada al departamento secreto de auxiliares femeninos.

—¿Y su padre también? —preguntó con ironía Wallace.

—Sobre su padre tengo algo más sabroso. Una declaración firmada por su auxiliar, el amigo Jones, que ha reconocido que fue él, siendo empleado en la Casa de la Moneda, el que puso el billete de cien libras en las ropas de Wall para que fuese expulsado y usted le cazase para sus planes monstruosos. En cuanto a ese documento en el que reconoce que actuó como falsificador, es tan nulo como el mío, porque es apócrifo.

—Demuéstremelo.

—Ya lo demostrarán los peritos calígrafos. Ahora voy a darle una noticia que usted ignora. El amigo Jones, encargado de secuestrar al vicario de Reigate, se encuentra hace dos días como huésped del Estado en una celda que le servirá de alojamiento durante muchos años. Le acompañan los dos testigos que usted me proporcionó para la boda y en cuanto al acta, esté tranquilo; consta legalmente en la iglesia y ésa es una copia legal que me extendió el auténtico vicario.

Wallace, aterrado, no pudo por menos de exclamar:

—¿Es que es usted el diablo para haber adivinado todos mis planes?

—No, querido señor Wallace, no soy adivino, sino un hombre muy previsor. Mire.

Se dirigió a la pared y levantó un gran mapa que había colgado en ella. A la vista del usurero, apareció un pequeño micrófono muy bien encajado en la pared.

—Este utilísimo aparato, nos ha servido para recoger por medio de un dictáfono todas sus conversaciones. Tenemos las cintas impresionadas y los testigos de sus conversaciones. Su vecino fue tan amable que nos prestó sus oficinas para este pequeño trabajo.

Wallace, dominando sus nervios, se levantó aparentando una gran tranquilidad. Se sabía cogido sin escape posible y sólo había para él un medio de salvación antes de que la policía se decidiese a apresarle.

Con aparente naturalidad se deslizó hacia la puerta del antedespacho mientras aseguraba:

—Es usted muy listo, señor duque; listísimo, lo reconozco y no me cabe más que rendirme a la evidencia y confesar que he sido vencido, pero...

De un salto formidable, cruzó la puerta y la cerró de golpe, dejando al otro lado a sus enemigos.

Arthur, sorprendido, hizo ademán de lanzarse sobre la puerta para derribarla, pero Charles lo impidió aferrándole el brazo.

—No te molestes, querido —dijo—. A lo mejor, te encuentras con un balazo sin saber cómo lo has recibido.

Wallace, comprendiendo que los momentos de que disponía para salvarse eran escasísimos, pues la puerta no podría resistir mucho tiempo la presión combinada de sus enemigos, se lanzó sobre el armario y, buscando con mano nerviosa el resorte, lo oprimió.

Si le daban tiempo a pasar al otro lado y cerrar, podría escapar por las oficinas de la parte posterior y dejar burlados a todos.

Pero apenas hizo ademán de penetrar, tuvo que retroceder lanzando un rugido de desesperación.

Dos robustos agentes y el padre de Margarita, con sendas pistolas en la mano, le apuntaban amenazadoramente.

El viejo grabador, bastante recuperado de su enfermedad, avanzó hacia él diciendo:

—Buenos días, señor Wallace. ¿No me pregunta usted por mi interesante salud? Vengo a darle las gracias por lo magnánimo que ha sido conmigo y con mi hija.

Wallace, aterrado, retrocedió e intentó sacar la pistola. Ya nada le cabía hacer más que abrirse paso a tiros o volver el arma contra sí.

Pero los dos agentes sin darle tiempo a usar el arma, se lanzaron sobre él desarmándole en una feroz pelea.

Cuando le tuvieron reducido a la impotencia, Wall se dirigió a la puerta y la abrió.

Todos se precipitaron al interior y al descubrir el cuerpo de

Wallace recién esposado, el duque le miró con desprecio y afirmó:

—Estaba seguro de que intentaría esto, pero quise darle la oportunidad de considerarse vencido y que él mismo se suprimiese del mundo castigándose debidamente. Siento que no haya sido así; de haber estado en el Canadá, mi actuación hubiese sido otra.

El duque rogó al inspector que se hiciese cargo del detenido y Wall, que se mostraba nervioso, se acercó al duque para estrechar conmovido su mano.

—Gracias, señor duque, ha sido usted tan magnánimo, que no sólo ha salvado usted a mi pobre hija, sino que me ha salvado a mí. No sé cómo...

—Cállese y no diga más. Yo tengo mis métodos propios y conseguí hacer violentar la caja de caudales y cambiar el documento auténtico por uno falso. Aquí tiene su declaración; quémela para que todo encaje a la perfección.

Wall tomó el documento con mano temblorosa y le aplicó una cerilla hasta verle convertido en cenizas.

—Gracias —murmuró con voz desfallecida.

—Bien —advirtió el duque—, ahora, haga el favor de marcharse con mi amigo Arthur y repóngase un poco de la emoción. Le ruego que se retire a su domicilio.

—¿Y mi hija? —preguntó el anciano al no verla.

—No se preocupe por ella. Yo mismo la acompañaré a su casa.

Cuando ambos salieron, Charles preguntó a un agente:

—¿Dónde está la señorita?

—En ese departamento. Ya se ha repuesto un poco.

El duque se dirigió a la agencia vecina, donde Will se obstinaba en retener a Margarita que quería a toda costa volver al despacho de su verdugo.

El duque hizo señas al sargento y le dijo:

—¿Sería usted tan amable que me dejase a solas un momento con la señorita?

Will hizo un guiño picaresco con los ojos y abandonó la estancia cerrando suavemente.

Ambos quedaron frente a frente. Ella arrebolada, desfallecida, con los ojos llenos de lágrimas y un temblor en todo su bello cuerpo.

—¡Oh! —murmuró—. Estoy como loca y no sé qué decir. Dudo

entre echarme a sus pies y besarlos por todo el bien que me ha hecho, o dejarme caer al suelo hundida de vergüenza al recordar las cosas que le he dicho y el concepto que tuve de usted durante algún tiempo.

—¿No le parece que el término medio sería que se sentase en ese sillón y me escuchase con calma? Se lo agradeceré y, si es preciso, se lo rogaré.

Ella obedeció y el duque, sentándose a su lado, añadió:

—Soy yo el que debo pedirla perdón por haberla hecho pasar ratos de terrible angustia y zozobra, pero confío en que admita las razones que tuve para ello. El secreto no era mío solo; yo actuaba en combinación con Scotland Yard en un proyecto planeado por dicho Centro y no podía exponerme a que por un momento de debilidad o sentimentalismo, este plan se derrumbase. Admito que es usted una mujer digna de haber participado en el secreto, pero estoy plenamente convencido de que si lo hubiese conocido, habría obrado tan falta de reacciones y vibraciones de nervios, que ese astuto villano hubiese sospechado algo. Por eso preferí violentarla y hacerla pasar tan malos ratos, seguro de que era la mejor manera de que todo saliese bien. ¿Me perdona?

—¿No le he de perdonar, si usted ha sido nuestro salvador? ¿Quién ha trabajado más por la libertad y el nombre de mi padre y por mí? ¿Usted o yo?

—Los dos por igual —afirmó seriamente el duque—. Sin su ayuda, yo nada habría conseguido.

—¡Oh! Ahora me explico algunas cosas —exclamó ella más calmada—. ¡Y yo que me había sentido angustiada por su duelo con el falso duque!

—¿De verdad? —preguntó él con emoción.

—Claro. Creí sinceramente que su herida...

—Eso formaba parte de la comedia. Había que suponer una vigilancia por parte de ese monstruo y el duelo se organizó con todas las garantías, pero cuando marchamos al campo, nos entretuvimos en ejercitarnos un poco con las espadas. Luego, me colocaron un vendaje, me hicieron un cabestrillo y la comedia quedó perfecta. Las cosas se sincronizaban como era debido y ya acabó todo.

Ella, angustiada, refutó:

—¡No!... No ha concluido todo, aún queda algo por arreglar. Usted se ha sacrificado hasta el punto de que por evitar que cometiese una falsedad en un documento público ha firmado un acta de matrimonio con su propio nombre y fue por esto —ahora lo comprendo— por lo que me hizo firmar con el mío. Yo ignoraba que usted era el duque verdadero y... espero que no supondrá que pienso aprovecharme de su hidalguía para nada indigno. Usted arreglará la manera de deshacer esa boda que por fortuna todos desconocen y espero que no se sienta inclinado a creer que me debe ninguna compensación porque sea anulada.

—¡Oh, Margarita! —repuso el duque emocionado—. ¿Recuerda que para infundirle una fe que no tenía, la juré hundir a Wallace apelando al amor que sentía por una persona?

—¿No he de recordarlo?

—¿Y no ha demostrado curiosidad por saber de quién se trataba?

—¿Es que tengo algún derecho para descubrir su secreto? Me bastó oírle jurar de aquella manera, para convencerme de su sinceridad y aquello fue lo que me animó a confiar en usted a pesar de todo. ¡Bendita sea esa persona que nos dio ánimos a los dos para luchar y salir vencedores!

—Sí, Margarita, usted lo ha dicho. ¡Bendita esa persona por ser mujer y porque esa mujer... es usted!

Ella al oírle, se irguió, muy pálida y llevándose las manos al pecho, balbució:

—¡Saúl!... No..., señor duque... ¿Se burla usted de mí?

—No, Margarita; estaba sinceramente enamorado de usted, pero no eran aquellos momentos de descubrirlo. Hoy que todo terminó, me atrevo a confesárselo y a decirle esto: ¿Cree usted que puede resultar una desgracia sentimental para usted el que esa boda quede como efectiva? Sea sincera y no lo haga por agradecimiento ni la rechace por escrúpulos tontos. Quiero saber la verdad de sus sentimientos simplemente.

Ella se quedó mirándole muy emocionada y balbució:

—Pues yo... Pero usted... ¿sería capaz de querer seguir unido a la hija de un...?

—¡Basta! —atajó Charles severo—. No siga por ese camino. Quiero a la hija de un hombre bueno, honrado y trabajador, víctima

de las maquinaciones de un monstruo y la quiero por buena, por amante de su padre y por heroica. ¿Qué más puedo desear en una mujer si no es que a tan bellas cualidades, una el que me quiera sinceramente? Lo demás, me sobra.

—Charles —musitó ella—. ¿De verdad que...?

—Sí, Margarita... ¿Me aceptas como tu esposo que soy?

Ella le rodeó el cuello con sus brazos y entre lágrimas de felicidad respondió:

—Sí, Charles y, ¿quieres que te diga un secreto que quería guardar en el fondo de mi alma?

—Dímelo. Claro que lo deseo.

—Pues voy a descubriértelo, porque te servirá de satisfacción seguramente. No es del duque de Ascot de quien yo estoy enamorada, sino de Saúl Boyd, de aquel que supo conquistar mi corazón antes de ascender a duque. ¿Lo crees?

—Sí, porque tú eres incapaz de mentir y no sabes lo que eso me alegra. Cuando viajemos de incógnito seré Saúl Boyd, porque eso me recordará que con ese nombre conquisté al corazón de la mujer más leal, más bella y más cariñosa de la tierra.

—¡Adulador!

—Te lo juro. Y ahora, ¿quieres completar mi felicidad descubriéndome todo el secreto?

—¿Por qué no? ¿Qué te falta saber para quedar satisfecho?

—¿Cuándo te sentiste inclinada hacia mí?

—El día que recibí de ti la ofensa más grande y que, sin embargo, fue el día que Dios tocó mi corazón para amarte en secreto y tener fe en ti. Fue el día que me diste aquellos dos besos en la estación.

—¡Ah, sí!... Pues espera, que a aquel acto le falta la segunda parte. Aquéllos fueron de hermano, pero éstos de ahora...

—Bien, pero cierra mejor la puerta. Anda por ahí ese sargento de fieros mostachos y, a lo mejor, se siente ofendido...

—O envidioso... Déjale, que ya lo ha adivinado todo.

Y la besó apasionadamente.



*Un auto había cruzado
velozmente, y en la
fracción de segundo que
tardó en pasar ante él,
alguien le había atra-
vesado el corazón de un
balazo...*

Donald Curtis

Es el autor que le ofrece otra de sus grandes obras
de suspense, que titula:

"MANHATTAN"

¡Tras la pista, sumamente peligrosa, de una banda
temible, los agentes federales tuvieron que enfren-
tarse con hombres que no vacilaban en asesinar a la
menor sospecha!

"MANHATTAN"

¡La novela que mantendrá tensos sus nervios y ab-
sorberá por completo su atención!

COLECCION SERVICIO SECRETO

Se la presentará la semana próxima

¡NO DEJE DE LEERLA!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"

524 — Silver Kane
EL VERDUGO

COL. "SERVICIO SECRETO"

388 — F. P. Duke
EL CHEQUE FALSIFICADO

COLECCION "BUFALO"

221 — Tex Taylor
TEJANOS EN NEVADA

COLEC. "Salvaje TEXAS"

89 — Fidel Prado
DEMASIADO PELIGROSO

COLECCION "CALIFORNIA"

68 — M. L. Estefanía
"SALOON" SOBRE RUEDAS

COLECCION "COLORADO"

13 — Rogers Kirby
TENNESSEE COLT

COLECCION "PIMPINELA"

583 — María Teresa Sese
MIEDO ANTE EL FUTURO

COLEC. "MADREPERLA"

179 — María Adela Durango
EL 13013 NO CONTESTA

COLECCION "ROSAURA"

423 — Javier Catá
YO SOY TU DESTINO

COLECCION "AMAPOLA"

310 — Josefina María Rivas
NOSOTROS DOS

COLECCION "ALONDRA"

262 — Edmundo Rey
APOLO MODERNO

COLECCION "CAMELIA"

204 — Isabel Saluena
ESTRELLA DE TU CORAZON

COLECCION "ORQUIDEA"

173 — Trini de Figueroa
VIVIRE PARA TI

COLECCION "CORAL"

52 — Corín Tellado
ERA EL AMOR

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona — Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires



Sus ojos parecieron perder la expresión que los animaba. Su cuerpo se puso tenso, dispuesto a entrar en acción...

Todos los presentes adivinaron que

INOCENTE JACK

iba a disparar

Este es el personaje que el famoso autor

M. DE SILVA

nos presenta en su última y más trepidante novela

INOCENTE JACK

¡Un torrente de emociones le aguarda en sus páginas!

¡No deje de adquirir tan trepidante título!

COLECCION BISONTE EXTRA

Se la ofrecerá en su próximo número

Precio de venta: 6 pías.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

Adams conocía sobradamente la trascendental importancia de la misión que allí le llevaba, pero lo que nunca imaginó es que aquella empresa repercutiera directamente en sus más íntimos sentimientos



Este es el argumento que el famoso autor

M. DE SILVA

ha desarrollado bajo el título de

HIENAS EN EL RANCHO "B"

¡Un cruel dilema debía presidir todos sus actos desde el instante en que conoció la identidad de uno de los cabecillas a quienes tenía que apresar!

HIENAS EN EL RANCHO "B"

es un relato apasionante, audaz y dramático como pocos

¡Adquiéralo sin vacilar!

COLECCION BUFALO EXTRA

Lo publicará en su próximo número

Precio de venta: 6 pts.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Roland Culver

N.º 607 Nació en Highgate (Londres), en agosto de 1900. De entre sus films ingleses y norteamericanos, destacan "El vals del Emperador", "Safari", "Las pelirrojas" y "El torbellino de la vida".

Foto. PARAMOUNT PICTURES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: \$4.



Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F.

P. Duke

con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».